



Cama ...y Comida

historias de pensión

por Víctor R. Kater

Ft. Lauderdale, Florida, EE.UU. — 2003

"Cama ...y Comida"

(historias de pensión)

por Víctor R. Kater

Capítulo I - Y Ahora con Ustedes, ...El Bocado

Allá por la década del sesenta residí en una pensión de la bella, perfumada y pintoresca ciudad de San Miguel de Tucumán, metrópolis azucarera del Norte Argentino. Cursaba entonces medio a las patadas, julepe va y susto viene y con una buena dosis de siesta, la carrera de Contador Público en la Facultad de Ciencias Económicas de su Universidad Nacional.

A través de esos años tuve la oportunidad de convivir con diversos personajes: amigos macanudos algunos, otros ni fu ni fa, y por ahí también unos cuantos canallitas, atorrantes e hinchabolas - que con el correr del tiempo la añoranza convirtió en locos lindos, dignos de una buena carcajada.

La pensión, conocida entre la muchachada como "El Bocado", quedaba en calle Monteagudo casi esquina Avenida Sarmiento. Su propietaria, Misia Tita, atendía a conciencia y sin remilgos sus funciones de administradora, cocinera, cobradora y consejera sentimental, manteniendo siempre la solemne y gallarda apostura que le permitían sus noventa y pico de kilos aglomerados en un metro y monedas de estatura. Su marido, el Maestro Pete, cumplía un rol secundario, por no decir pasivo. Hombre de muchas palabras y excesivo comer, se hizo punto favorito de nuestras bromas - livianas y no tanto - que aceptaba con aire de resignación y un rictus disfrazado de sonrisa.

A mí me dieron la pieza uno, que tenía la ventaja de estar cerquita de la calle - pero a remota distancia del primitivo y cuasi higiénico baño. Cada una de las cuatro habitaciones de la pensión alojaba a dos huéspedes; al fondo, colindando con baño y cocina, estaba la "suite presidencial", un lúgubre y ruinoso cuartucho para ocasionales moradores con espíritu de aventura.

La comida en El Bocado variaba entre mala y pésima, con eventuales excepciones en que alcanzaba las alturas de la mediocridad. La especialidad de la casa era el bocado horneado, vehículo para la inextinguible creatividad

gastronómica de Misia Tita - y para los estudios arqueológicos de los pensionistas. En efecto, con un poco de paciencia y bastante estómago, podíamos deducir la genealogía de estos manjares. Por ejemplo, en un “Bocadito a la Petit Escandinavia” - la imaginación de la Misia se hacía presente también en el colorido nombre de sus platos - localizamos trozos de un estofado de carne de animal no identificado (servido cuatro días antes), Huevos Grisette de Montmorency (seis días de antigüedad), Nabos Místicos del Oriente (por lo menos una semana) y Guisito de Intestino Grueso a la Jorobado de Notre Dame (casi un mes en la heladera).

El lema extraoficial del Bocadito era “Nada se pierde, todo se transforma”. La Misia pasaba buena parte del día en la cocina, rodeada de herrumbrados trastos múltiples y centenas de ingredientes, envuelta en el vaho de aceite rancio que rubricaba su producción culinaria.

En la medida que lo permitían nuestros raquíticos presupuestos, los pensionistas realizábamos excursiones al kiosco de Tranviarios para ingerir succulentos sandwiches de milanesas cortadas en cuadrados virtualmente perfectos, lo que les daba un cierto aire surrealista - o a lo del Gordo Arturo, reputado siervero conocido a través de la región por sus rumoreados atributos urogenitales en cuanto a forma y tamaño, a mandarnos unos locros picantes y grasosos o unos panchitos con asomo de Savora, y a discutir con toda pasión sobre fútbol, política y la estrategia y táctica del levante. Recibíamos de cuando en cuando un sermón erudito y maternal por parte de Misia Tita, instándonos a evitar la “comida de la calle”; aducía que por razones de higiene, economía y calidad gastronómica, debíamos siempre almorzar y cenar en El Bocadito. Escuchábamos su discurso con el debido respeto, pero luego hacíamos lo que se nos cantaba...

Una vez al mes, Misia Tita organizaba “Sociales Sabatinos”, que incluían reunión danzante en el patio principal y timba en una de las habitaciones del sector reservado a los propietarios. Como la Misia era flor de busca, cobraba entrada hasta a los pensionistas, que podíamos optar por permanecer enclaustrados en nuestras piezas o evacuar la casa hasta que terminara la fiesta. A estos Sociales asistían por lo general sirvientas del barrio, algunos misteriosos adolescentes suburbanos, uno que otro pensionista y un surtido de universitarios en la palmera.

El Maestro Pete oficiaba de disc-jockey, y, usando profusamente su notoria labia, hacía también de Maestro de Ceremonias (“a ver Don Perico si le da un descansito a su timidez y me la saca a bailar a una de esas duuuulces damiselas cuya gloriosa belleza realza nuestra estrellada fiesta...”, “...a continuación, respetados amigos, la noche tucumana se viste de gala con un programa de grabaciones de los monarcas del Cono Sur: Palito Ortega y Leo Dan”, “Misia Tita expende en la cocina sus portentosos sanguches de albóndigas - receta eeexclusiva de un restorán de Greenwich Village allá por el Lejano Oeste, y de chorizos importados de una isla ubicada en el centro mismo del Océano Indico”). Los patrones debían atender a menudo quejas de los vecinos, originadas por el brutal volumen de la música y el bochinche ambiente, que se prolongaba hasta las dos o tres de la madrugada.

Misia Tita y el Maestro tenían tres hijos: Ermelindo, Fructuoso, y Deodoro de las Mercedes (alias “el Mecha”). Los dos primeros estaban casados y vivían en Villa San Cayetano, donde tenían en sociedad un boliche de “panadería, facturería, masitería, pastelería, repostería y frutos del país”, cual constaba en su letrero multicolor. El Mecha, solterón empedernido, vivía en El Bocadoito compartiendo la habitación con los viejos. Era un tipo de unos cuarenta años, infantil, ingenuo y de una credulidad increíble. Solía pasearse chancleteando por los patios de la pensión con aire preocupado, mientras tarareaba bajito alguna canción romántica de moda y se hurgaba con esmero las fosas nasales.

Residí en El Bocadoito algo menos de seis años a partir de mis primeros, tambaleantes días de universitario, cuando me endilgaron de compañero de pieza al Tano Tollotti, estudiante de Derecho, charlatán, narcisista y chantapufi. El tipo era de San Salvador de Jujuy, y decía ser “de clase media bastante acomodada, tirando a alta”; su padre era dueño de una fábrica de colchones llamada “El Tollochón”. Este Tano tenía el maldito hábito de hablar en sueños, en forma ininteligible pero a un volumen que atentaba contra el reposo nocturno de aquellos que teníamos la mala pata de dormir en sus entornos.

Con el paso de los años fui perdiendo contacto con toda esta gente. Mas de tanto en tanto me ataca la nostalgia, y, mientras paladeo un vaso de aloja tucumana

recostado en un viejo sillón, me invade poquito a poco el recuerdo cálido de mis días en El Bocado...

Capítulo II - Aparición y Desaparición del Mago

El invierno de 1962 fue simplemente atroz: helado, gris, ventoso, con persistentes lloviznas. Los muchachos tiritábamos y puteábamos esperando con ansiedad la deliciosa primavera tucumana. Me encontraba en esos días preparando "Organización Contable de Empresas", y estudiaba a los remezones, por lo general en horas de la noche. A menudo compraba en el almacén de la esquina un anís o un curaço que, junto a la destartalada y fiel estufita eléctrica, me acompañaban en el odioso enfrentamiento con los libros de texto.

Mi compañero de pieza, el Tano Tollotti, estudiaba también de noche pero en casa de un condiscípulo de Facultad: el Tolo Regalado, tipo cachafacito y tirado a canchero. El Tano regresaba a eso de las cuatro de la madrugada e invariablemente me despertaba, si no con su ajetreo desconsiderado, con sus enfáticos soliloquios de dormido - que tenían quizás más sentido que su cháchara de despierto -, o, en particular desde que empezó su noviazgo con la Petisa Cazúa, con sus actos de "autopromiscuidad" (como el Tolo llamaba con toda delicadeza a la masturbación), que hacían gemir y sollozar a los elásticos de su cama.

Fue durante dicho invierno que un buen día se nos apareció por El Bocado un mozo de mala traza, a quien apodamos El Mago. Tras mucho negociar precios y condiciones con Misia Tita, pasó a ocupar la suite presidencial, el cuartucho lamentable y sin revoque ubicado al fondo de la casa.

Este Mago tendría unos treinta años. Su aspecto físico era tan deprimente como el de su habitación: pelambre oscura que parecía plumaje de gallo en violenta riña, pómulos prominentes y nariz ídem, ojos de mirar torvo y evasivo, flaco como infante de Biafra en época de sequía, dientes manchados y de a por medio que le daban un hablar ceceoso, postura encorvada, brazos largos y desproporcionados que recordaban los de un chimpancé, de afeitadas infrecuentes, olor sui géneris, y pilchas vistosas por lo harapientas. Pero chamuyador como él sólo, eso sí...

Su ocupación: Agente de Artistas de Variedades, según afirmaba. Su tarea diaria: dormir - comía tan solo la cena, pero con apetito digno de espectadores. A eso de las

nueve de la noche trocaba su pijama decorado con manchas misteriosas por un traje desbordante de hilachas y, arrastrando el paso cansino, se iba a laburar.

Sus clientes eran tanto o más pintorescos que él. Uno de los más notorios era Joel de Barrameda, un maricón afeminado en exceso que visitaba El Bocado con demasiada frecuencia. Nos decía el Mago que Joel cantaba música romántica de los trópicos en un night-club de la Ciudadela, bajo el apelativo de "El Jilguero del Jardín de la República".

A veces el Mago regresaba a altas horas de la noche con Joel, que se quedaba a dormir en la suite presidencial. Y en otras ocasiones, el Mago hacía entrar a la pensión, al amanecer y en forma cautelosa (no se vaya a enterar esa chupacirios moralista de Misia Tita), a una añosa damisela que era también su cliente: Madame Maravilla, "Hada Escultural de la Danza".

El Mago confesaba ser trisexual, aunque sin explicarlo. Entre los pensionistas circulaban las hipótesis más descabelladas, pero jamás pudimos develar la incógnita.

Cierta vez a la Misia se le dio por organizar uno de sus Sociales Sabatinos con la colaboración del Mago, dándole un toque especial: además del baile y la timba habituales, se realizaría un show artístico con la participación de varios clientes del susodicho Agente de Variedades.

Por cierto, Misia Tita no daba puntada sin hilo: el show era motivo para cobrar entrada al doble del precio normal, aún cuando el Mago estuviera proveyendo los artistas sin cargo alguno. Y como él tampoco daba puntada sin hilo, nos preguntábamos qué tejemaneje tendría con la Misia para hacerle tamaño favor...

Pese a mi habitual reticencia en asistir a los Sociales, decidí de puro curioso pagar la entrada y quedarme en el Bocado, como lo hizo también el resto de los pensionistas.

Para este "Social de Gala", la Misia puso a la venta en su cantina, además de los infaltables sanguches, una selección de bocaditos con nombres como "Hollywood en Tucumán", "Pete del Far West", "Jilguero Joel" y "Tita Merello" (en honor a su

tocaya y actriz predilecta). Todos estaban elaborados en base a sobras y desperdicios, y desprendían un vago aroma a grasa quemada.

La noche de este Social fue una de esas típicas noches tucumanas del Septiembre temprano: tibia, con una brisa suavcita portadora del perfume de azahares y naranja amarga de la arboleda callejera. Desde antes de las ocho comenzaron a llegar al Bocado algunas parejas adultas, núcleos de jovencitos con obvias ganas de joder, fámulas del vecindario que chismorreaban entusiasmadas, universitarios en tren de cacería y unos cuantos bichos raros. Los pensionistas nos ubicamos en patota en las sillas situadas alrededor del patio de ladrillos, apenas iluminado para facilitar el romance. El Maestro Pete vestía un llamativo saco de lamé color azul eléctrico con una gigantesca flor blanca en el ojal. Se paseaba con visible nerviosismo y daba los últimos toques a su instalación fonográfica y a los discos que, como siempre, organizaba en grupos homogéneos: programas de "caliente y picante cumbia de la exótica tierra de Colombia", de "suaves melodías para los enamorados y los que están en camino al amor", de "inolvidables pentagramas de la guardia vieja nacidos en el arrabal porteño", de "rocanrol estruendoso para la juventud impetuosa" - frases que eran su caballito de batalla al animar los Sociales.

Para el tan esperado show, el Mecha, con la ayuda de un par de comedidos, preparó un entarimado con tabloncitos apoyados sobre cajones vacíos de cerveza. El Mago iba y venía entre el patio y la suite presidencial, rascándose impudicamente y silbando con aire de circunstancias. Desde temprano, sus artistas fueron llegando a la pensión portando bolsos y valijas, y se encerraron en la suite presidencial a maquillarse y ponerse sus trajes de actuación.

A las nueve en punto el Maestro inició sus peroratas y ditirambos frente al micrófono, poniendo oficialmente en marcha el gran Social Sabatino. Algunos jóvenes respondieron de inmediato a la invitación del Maestro, sacando a bailar a "las rutilantes beldades que engalanan nuestra noche" y, como de costumbre, el Pelado Sartori (pensionista proveniente de San Juan, estudiante crónico de Derecho) entró rebotando. Este individuo tenía una increíble mala pata con las mujeres, pese a su merodear constante por reuniones sociales y a su característica insistencia - su frase favorita era "el burro no coge por hermoso sino por cargoso"... pero al pobre

Pelado ni el ser cargoso lo ayudaba. Y en cuanto a hermoso, bueno, tanto como hermoso no era: de ojos saltones, pelo y dientes de color herrumbre, granujiento, de orejas desmesuradas, rojiza nariz de boxeador, y dueño de un físico tan exiguo que lo habían apodado "C. Interruptus".

La Misia se había instalado al lado de la cocina, presidiendo un mesón rebosante de sus creaciones culinarias. Varios fuentones y la pileta de lavar habían sido debidamente llenados con botellas de cerveza y barras de hielo. Desde el vamos, un buen número de los asistentes empezó a darle en forma al trago, y en un rato el ambiente general reflejaba el efecto de los vapores alcohólicos. Se habían producido unas cuantas tiradas de bronca sin mayores consecuencias, y algunos pensionistas y "habitués" que por lo general eran tímidos y cortos de genio se comportaban en forma desenfadada, mostrándose locuaces y hartos decididos con las minas.

A eso de las once de la noche, el Mago tomó posesión del micrófono, e imitando el sonido de una trompeta taurina proclamó con toda ceremonia el comienzo del mentado "Show de las Estrellas".

La presentación de los "mundialmente consagrados astros de la canción, la danza y el entretenimiento en general" corrió por cuenta del Mago, que abrió el espectáculo anunciando la actuación del Dúo Quintanilla, "¡cómicos pa'descostillarse de risa y folkloristas de indiscutible talento!". En el marco de la expectativa general, subieron al entarimado dos ancianos de aspecto precario que intercambiaron bromas de color subido con los jovenzuelos jodones presentes y con el Tano Tollotti que, como siempre, gustaba de hacerse ver. Tras cantar "La López Pereira", "La Zamba del Grillo" y una o dos canciones más, en el típico estilo de los vetustos guitarreros de los bodegones del Bajo, finalizaron su actuación despedidos por dos o tres aplausos indiferentes del público - a excepción del Tano, que, con boludez agudizada por su ingestión de cerveza, aplaudió con brío, gritando "¡oooootra, ooooootra, que vivan los viejitos cantores y la puta que los parió!"

Empuñando otra vez el micrófono, el Mago imitó un tamborileo circense, y procedió a anunciar "¡...ahora, damas y caballeros, tendrán ustedes el privilegio de disfrutar del arrrrte y la sensssssualidad de la famosísima Madame Maravilla, que

acaba de regresar de su gira triunfal por la misteriosa Indochina, la costa occidental africana y toditos los Países Bajos!"

Con el fondo musical de unas grabaciones de mambo de Pérez Prado, la dama, cuya cara pintarrajeada no hacía más que ridiculizar su vejez, sacudió las caderas exhibiendo con generosidad sus piernas varicosas. Girando con desmaño por el entarimado, seguía a duras penas el compás de las melodías tropicales que emanaban del fonógrafo atendido por el Maestro Pete, quien le dedicaba con cierto disimulo unas miraditas por demás libidinosas.

De repente, la Madame cayó sentada en el escenario, emitiendo muy audibles quejidos. El Chacho Abeledo, pensionista y estudiante de medicina, subió al entarimado acompañado por Misia Tita a prestar auxilio a la artista, que se había torcido un tobillo y parecía a punto de desmayarse del dolor. La llevaron a la pieza tres, donde la alcoholizada Maravilla quedó de inmediato dormida y roncando sin que el alboroto general la despertara.

Durante este paréntesis, el Tano Tollotti se apoderó del micrófono, enunciando a los grandes alaridos: "¡... se ruega a los espectadores que mantengan la calma... que no cunda el pánico, el show se reanudará esta misma noche! ¡Tengan paciencia, carajo, les doy mi palabra de honor que nada ni nadie va a impedir que prosiga nuestra alegre tertulia!"

Luego de unos quince o veinte minutos de ocurrido el accidente, el Mago imitó el sonido de un trombón, extendiendo y encogiendo su brazo derecho como quien interpreta ese instrumento, y anunció a Joel de Barrameda, el Jilguero del Jardín de la República, "¡ ...que acaba de arribar colmado de laureles a su tierra natal tras ocho meses de éxitos rotundos en los casinos de Las Vegas y otras grandes metrópolis del orbe!"

¿Y por qué habíamos apodado El Mago al agente de variedades ocupante de la suite presidencial? Durante su estadía en El Bocadito, desde poco después de su llegada, diversas prendas y otros objetos fueron desapareciendo como por arte de magia de las habitaciones de los pensionistas. En mi caso particular, se volaron dos camisas, varios pares de medias y unas cuantas lapiceras. El Tano perdió un reloj despertador y una fina campera de cuero. Abeledo lamentaba la falta de su

novedosa radio a transistores. El Pelado Sartori no podía encontrar su imprescindible colección de fotos "¡...artísticas, viejito, artísticas...!" de mujeres desnudas que un amigo le trajera por encargo de Europa. Cuando el Mago salía, los pensionistas revisábamos palmo a palmo su habitación, con la esperanza de encontrar algunos artículos - pero siempre en vano.

Regresando a nuestro espectáculo: tras el respectivo anuncio del Mago, subió al escenario el afeminadísimo Joel. Para sorpresa mía, estaba luciendo una de las camisas que se habían evaporado de mi ropero. Se trataba de una prenda multicolor que había comprado presa de un repentino ataque de mal gusto en la tienda de un turco de la calle Maipú; la usé una vez y, tras recibir unas buenas cargadas, decidí archivarla - por lo que poco lamenté la pérdida.

El Jilguero cantó, por así decirlo, unos cuantos boleros pasados de moda, al tiempo que movía las ancas algo más que la Madame Maravilla y desafinaba a lo loco. El Mago lo contemplaba arrobado, mientras el resto de la audiencia le daba escasa pelota.

Luego de su quinta o sexta canción, Joel se despidió del "amoroso puuuuublicoooo" y empezó a descender del entarimado a los saltitos, pero de repente volvió a enfrentar el micrófono prometiendo entre sonrisas que interpretaría algunos boleros más "a pedido de esta bella y preciosa concurrencia" - todos nos mirábamos en duda, ponderando de qué carajo estaba hablando.

Por fin cesó esta prolongada tortura musical y, para alivio de los circunstantes, el Joel hizo mutis por el foro balanceando sus redondeces con loca coquetería.

En ese momento se inició una ardorosa discusión entre el Mago y uno de los hermanos Villarriestra (pensionistas riojanos, estudiantes de Ingeniería y ocupantes de la pieza cuatro), cuyo apodo de "El Pólvora" reflejaba su carácter explosivo. Sucedió que éste había reconocido el cinto de cuero repujado que usaba el Joel como el mismo que había desaparecido de su habitación y que tanto lamentaba por ser obsequio de su noviecita de turno. De inmediato interpeló al Mago, acusándolo de "ladrón, ratero, basurita, degenerado" y otros epítetos algo menos elegantes. Por ahí le dio un rodillazo "bajo"; el Joel salió en gritona defensa de su amante, y allí se armó la gorda: una verdadera batalla campal con participación de múltiples

asistentes, estimulados por la consumición alcohólica. Volaban botellas de cerveza, se prodigaban puñetazos al por mayor, había un constante intercambio de insultos, las mujeres corrían espantadas y dando alaridos. Un maremágnum de novela...

Alguien llamó a la policía y en pocos minutos aparecieron varios canas blandiendo cachiporras, que procedieron sin demora a arrestar al Mago, Joel, el Pólvora y unos cuantos tipos más.

Epílogo: días después del Social de Gala, vi en el matutino La Gaceta una foto del Mago, bajo la leyenda "Depravado entre rejas". Un breve artículo al pie decía: "Fue detenido y alojado en la Cárcel Penitenciaria de Villa Urquiza el individuo Froilán Mendoza (a) 'Cara i'Bruja', (a) 'Buscaporros', (a) 'Fray Milonga', (a) 'Esqueleto a Cuerda', (a) 'Sobrinito i'Drácula', quien cuenta con frondoso prontuario y captura recomendada por la policía de las Provincias de Formosa, Chaco, Entre Ríos y Córdoba por haber cometido numerosas defraudaciones, estafas, robo a mano armada, violación de menores, secuestro, escalamiento de muros, actos de exhibicionismo y obscenidad y otros delitos contra persona y propiedad".

Capítulo III - La Primavera del Pelado

Se acercaba la época de los exámenes parciales, y la mayor parte de los pensionistas estaba tragando a lo loco. Excepción notable era el Santiagueño Hugo, estudiante vitalicio de primer año de Filosofía y Letras - Facultad a la que fue a parar tras sucesivos fracasos en Ciencias Económicas, Bioquímica y Agronomía -, para quien el estudio era una actividad de segundo o tercer orden. Su prioridad absoluta, el gran amor de su vida, era la timba: jugaba en El Bocado durante las afamadas Noches de Casino (parte de los también afamados Sociales Sabatinos), se reunía a menudo con un grupo de ancianos con las mismas inclinaciones que frecuentaba la Sociedad Italiana, iba de vez en cuando al Casino Provincial, y en sus ratos de ocio jugaba al Solitario.

El Santiagueño era uno de esos personajes mansitos que no inspiran mayor respeto y que por lo general carecen de enemigos. Era un tipo inofensivo, pusilánime, bastante aburrido y con una gama de intereses harto limitada. Pese a su gran dedicación a los juegos de azar, en particular aquellos realizados con naipes, comentaban los que en alguna ocasión habían mantenido una tenida con él que, en esencia, era un tipo "pava" en los juegos que, como el truco o el loco, requerían de una cierta dosis de picardía.

Vivía este Hugo endeudado hasta las orejas, pues casi siempre perdía en la timba, y, como sus ingresos eran por demás limitados (una magra mensualidad que le enviaban sus padres y por ahí algunos centavos que le tiraba su hermano mayor), jugaba en general a crédito: las llamadas telefónicas que recibía el Santiagueño eran puras cobranzas. El muchacho terminaba pagando con objetos diversos, como afeitadora, radio, reloj pulsera, camisas, corbatas y frascos de perfume. Y vuelta a vuelta tenía dificultades en pagar la pensión, lo que daba lugar a presiones constantes por parte de Misia Tita, que hacía uso de un surtido de tácticas como la amenaza de contactar a sus padres, o la omisión de comidas - arma bastante efectiva, ya que el segundo gran amor del Santiagueño era la morfe (el tipo era un gourmet algo extraño, a juzgar por su manifiesta idolatría hacia los productos culinarios de la Misia).

El hecho de que el Santiagueño tendía a no despertar desconfianzas pues no era un tipo ladino y que fuera caldo propicio para el chamuyo, hizo que jugara un rol clave en uno de los memorables acontecimientos de la historia del Bocadito.

El Tolo Regalado, pierna de estudio del Tano Tollotti, era muy afecto a las bromas y tenía una calidad increíble para escoger sus puntos. Individuo sádico, con una imaginación desorbitada y febril, el Tolo gustaba de victimizar cada tanto al Pelado Sartori por sus carencias crónicas en cuanto a faldas, al Pólvora Villarriestra por su explosiva capacidad de engrane, y al Mecha por su fanatismo futbolístico - era hincha "a muerte" de Sportivo Guzmán.

El Pelado, sin duda, era una tentación a la cargada para quienes lo tratábamos con frecuencia - no tanto por su constante palmera en sí, sino porque era de lo más explícito y comunicativo al respecto.

Cuando el Tolo llegaba de visita al Bocadito, era casi un ritual para él dirigirse en primer lugar a la pieza dos, donde se alojaban el Pelado y el Chacho Abeledo, a tirarle de la lengua al Sanjuanino.

- "Pelado de mi alma, hoy se te ve feliz y sonriente. Para mí que te andás encamando con la Gina Lollobrígida, la Brigitte o algo por el estilo..."

- "¡Compadre, no te miento, hoy vi cerca de la Facultad una mina di-vi-na que no me sacaba los ojos de encima!"

- "Por supuesto, viejo, un *C. Interruptus* como vos es una verdadera curiosidad zoológica..."

O, en alguna otra ocasión:

- "¡Peladilla del demonio, me cuentan que te la estás pirovando a la María Sopa!" (popular fámula del vecindario, veterana y legendaria ninfómana, una verdadera institución entre los huéspedes del Bocadito).

- "Todavía no, hermano, pero ya me aceptó una invitación al Cine Metro para este fin de semana. Voy a tener que comprarme pilchas nuevas..."

O quizás:

- "¿Como anda esa autopromiscuidad, Gran Galán de Cuyo? A ver si te afeitás las palmas de las manos, viejo, no andés exhibiendo la historia de tu vida..."

- "No voy a negar que en los últimos meses me agarró la sequía en forma. Qué le vamo' a hacer, viejito, las necesidades son las necesidades..."

Ya el Tolo estaba empezando a aburrirse de sus torturas verbales al Sanjuanino cuando decidió cambiar de cariz a la joda, dándole un enfoque más práctico, para lo que puso a funcionar a todo vapor su malévola imaginación.

En combinación con Abeledo y el Espanto Villarriestra (hermano del Pólvora, no muy pintudo él...), Regalado ideó un esquema siniestro para divertirse a costa del Pelado Sartori. Pero para implementar este plan se requería la colaboración del Santiagueño Hugo.

En general, el Santiagueño no gustaba de ser cómplice en bromas, evitando participar en las ocasionales fechorías de los habitantes del Bocado. Sus diversiones comenzaban y terminaban con la timba y la comida: mujeres no se le conocían, y hasta había quien lo calificaba de asexual. Entre los pensionistas, sus mayores acreedores eran el Espanto y el Chacho Abeledo, que le ganaban a troche y moche en el juego y por ahí le prestaban unos mangos. El pobre Hugo estaba al borde de la bancarrota, agotando su stock de objetos personales en aras de la cancelación de deudas. Los tales acreedores se habían cansado ya de intentar cobrarle al Santiagueño... era como exprimir un trozo de cemento armado. Fue así que el Tolo los convenció sobre el uso de las deudas como palanca para lograr la participación del Hugo en su mefistofélico esquema.

El Espanto y el Chacho prometieron al Santiagueño una condonación del monto adeudado si él aceptaba contribuir su presencia de tipo ingenuo y digno de confianza en el marco del plan del Tolo.

Regalado tenía un primo de unos 15 años, apodado El Pimpollo por su aspecto delicado, bordeante en lo femenino. Como el Tolo, este adolescente era de gran afición a la broma y la cargada, y estaba dispuesto a hacer casi cualquier cosa con tal de joder al prójimo. Su primo no tuvo dificultad en alistar sus servicios para el "Operativo San Juan", como habían denominado a este chanchullo.

Un buen día, el Santiagueño solicitó al Pelado una charla confidencial, a solas, sobre un asunto importante. El Pelado se mostró algo reticente, pensando que el Hugo quería darle un tirón de mangas para ir de timba o a comerse unas empanadas en lo del Gordo Arturo, pero el Santiagueño insistió, invitando al Sanjuanino a conversar en su habitación, la lúgubre suite presidencial.

- "Pelado, sabrás que tengo una sobrina que estudia en la Normal de Maestros. Linda, liiiinda ella. Y me pidió que te dijera que gusta de ti y que quiere que te presente".

- "Hmmm... ¿y de donde me conoce, se puede saber?"

- "Te vio hace unas semanas, cuando andábamos caminando por la zona del Casino, ¿te acuerdas?"

- "Sí, sí, esa vez que nos agarró esa flor de tormenta al salir del bar San Remo Notte, cómo no me voy a acordar, viejo..."

- "Pues mira, Pelado, te lo voy a decir en confianza, y por favor que nadie se entere... la minita está simplemente metejoneada contigo. No sé que te ha visto porque, la verdad, un Tony Curtis no eres".

- "¡Me interesa, Santiagueño, me interesa! ¿Cuál es el próximo paso?"

- "Si te parece bien, le digo que te llame por teléfono".

A los pocos días, el Sanjuanino recibió la primera de una serie de llamadas de la jovencuela - por supuesto, se trataba del Pimpollo, quien además de su aspecto femenino aún no había cambiado la voz.

Esta súbita bajada de palmera puso a Sartori en estado de gracia. Sus conversaciones telefónicas con la juvenil "Adrianita" eran pura vainilla y almíbar, y las divulgaba con pelos y señales entre los pensionistas, orgulloso de su rotunda conquista.

El Sanjuanino quiso de entrada nomás arreglar un encuentro personal, pero "ella", coqueta y sagaz, adujo que sus padres la vigilaban de cerca y no querían que incurriera en amoríos siendo tan jovencita e inocente, así que habría que tener paciencia y esperar una circunstancia propicia.

Tras un número de conversaciones telefónicas, Adrianita sugirió una cita para el domingo siguiente, durante el tradicional baile que se hacía todas las semanas en el subsuelo del Hotel Premier. Ella le pediría al Tío Hugo que la llevara, y tendrían entonces su primer contacto personal.

En los días previos al gran encuentro, el Pelado se mostraba más parlanchín y comunicativo que de costumbre y se paseaba radiante y canchero por las habitaciones, contando a todos y cada uno de los huéspedes, con pretendido acento porteño, sobre sus éxitos donjuanescos.

Por fin llegó el domingo. El Tolo preguntó con cortesía al Pelado si no le resultaría incómodo que él, junto con unos cuantos amigos, asistiera también al Premier, cosa de presenciar el histórico evento y poder evaluar la tan ponderada belleza de Adrianita. El Pelado accedió, orgulloso del interés general que su romance estaba despertando.

A eso de las seis de la tarde, el Pelado empezó a emperifollarse. Se puso su mejor traje, una vistosa corbata roja y litros de perfume, y pasó un buen tiempo en el baño abocado a la tarea de maximizar su buena presencia.

A las nueve de la noche nuestro héroe llegó al Premier, tratando de inmediato de ubicar en la semipenumbra del subsuelo al Santiagueño y su sobrina.

Tras pasearse nervioso y acezante por el salón de baile repleto de jóvenes y señoritas que buscaban idilios en la atmósfera sofocante y humosa - con el fondo musical de guitarra eléctrica, bajo y batería - el Pelado se instaló, apoyado contra una columna, cerca de la entrada al local. Cada pocos segundos, dirigía una mirada ansiosa hacia la puerta y estudiaba con detenimiento a los grupos de circunstantes que iban arribando.

Rato después de su llegada, el Pelado vio entrar al Tolo acompañado por el Chacho, el Espanto y un par de secuaces, y minutos después, por fin, reconoció en la puerta la figura regordeta del Santiagueño Hugo, a quien seguía una niña de largos cabellos rubios, andar grácil y senos abundantes.

Para el Pelado fue amor a primera vista. Con las manos transpirándole, una erección que trataba en vano de disimular y un leve escalofrío recorriendo su

cuerpo, se encaminó hacia la mesita donde se habían sentado el Santiagueño y Adrianita. Y, decidido, la invitó a bailar.

El trío interpretaba "Cuando calienta el sol", un rock lento romántico y apropiado para ese crucial instante. El Pelado, haciendo gala de gran audacia, entró de inmediato a chapar. Adrianita se resistió al principio, pero poquito a poco fue cediendo.

- "No sabes con cuánta ansiedad esperé este momento", dijo ella con voz meliflua.

- "Y bueno, aquí me tienes. Soy todo tuyo, disfrútame..."

- "¿Sabes? Eres aun más buenmozo de lo que me pareciste cuando te vi en la zona del Casino".

- "Y tú, eres aun más bella de lo que me imaginaba..."

Noche de gloria para el Sanjuanino. Bailó programa tras programa, adherido a la jovenzuela como estampilla postal. En los intervalos se sentaba en la mesa del Tolo y compañía, narrando con el mayor énfasis y sin perder detalle los progresos de su idilio.

A eso de las once de la noche, Adrianita indicó su necesidad de regresar a casa pues sus padres no la dejaban salir hasta tarde, ni aun acompañada por su respetado Tío Hugo. El Pelado le pidió que lo llamara por teléfono al día siguiente, ya que ella no le quiso dar su número, temiendo que fueran a atender Papi o Mami, lo que sería un riesgo desastroso para la relación.

De regreso en El Bocado, el Pelado recorrió las habitaciones contando a todo el mundo los pormenores de su primer encuentro con Adrianita y, ya tarde, se fue a dormir, alegre y alzado. Es de suponer que incurrió en una larga y relajadora sesión de autopromiscuidad.

El lunes bien temprano, el Santiagueño, bajo estrictas instrucciones del Comandante Tolo, solicitó otra reunión confidencial con el Pelado.

- "Muchacho, mi sobrina está enloquecida contigo. Durante nuestra caminata de regreso no la podía hacer callar, tan excitada estaba. Te diré que con la Adrianita

tenemos gran amistad, y para ella soy su leal confidente. Con toda reserva te quiero informar que la pobre chica sufre de un problemita de índole sexual: es lo que los científicos llaman 'fiebre uterina', o sea, padece de una arrechera a la alta escuela. Con los apretujones que le diste al bailar, la dejaste en un estado tal que te la hubieras podido llevar al mueble anoche mismo".

El Pelado no podía creer lo que estaba oyendo, y su ansiedad de encame crecía a pasos agigantados.

- "¿Entonces, qué me sugerís, hermano...?"

- "Mira, Pelusa, tarde o temprano la cosa se va a concretar, así que por que no tomas la iniciativa cuanto antes, va a ser lo mejor. Cuenta desde ya con mi ayuda, varón".

Esa tarde, Adrianita llamó por teléfono y descargó en los oídos del Sanjuanino un aluvión de palabras amorosas y sensuales. El Pelado, alentado por la información confidencial que le proporcionara el Hugo, dio a su conversación un tono agresivamente íntimo - a lo que Adrianita respondió con creces. Convinieron en verse el sábado siguiente, al anochecer. El Tío Hugo la sacaría de la casa con el pretexto de llevarla al baile del Día del Estudiante en su Facultad y la entregaría servida al ardoroso Pelado. De allí, los enamorados se irían solitos a Mon Coeur, el chapadero de moda.

Y llegó el esperado sábado. El Pelado había comprado en una farmacia del vecindario, con gran discreción, una larga tira de preservativos. Además, el Santiagueño - pierna él - le había conseguido una pastilla de un legendario afrodisíaco para que deslizara con toda cautela en la copa de Adrianita, de modo de acelerar las cosas.

Se produjo el encuentro con Tío y Sobrina frente a la Central de la Universidad y, tras unos minutos de charla, el cooperativo Hugo dejó a Adrianita en manos del agitado, tembleque y tartamudeante Pelado.

De acuerdo a lo delineado en el plan, tomaron un taxi hasta Mon Coeur, ubicado bastante lejos del centro. Subieron al segundo piso, escogiendo una mesita en el extremo más oscuro del salón. Tras pedir una Cuba Libre, Adrianita indicó su deseo

de ir por un momento al baño, lo que el Pelado, ni lerdo ni perezoso, aprovechó para insertar en tal bebida la célebre pastilla que, con la sensualidad del fondo musical y su proverbial destreza, seguramente produciría el resultado que él tanto ansiaba.

Los amantes intercambiaron verbalizaciones afectivas y un par de caricias, y se dirigieron a la pista de baile. El saxo de Fausto Papetti, las voces del Trío Los Panchos, el piano de André, prestaban el necesario marco auditivo para la excitación tensa que crecía minuto a minuto.

Al sentarse otra vez frente a sus bebidas, el Pelado y Adrianita habían ya pasado a un nuevo nivel en su relación física. Ella al principio conservaba cierto pudor y no le permitía al Sanjuanino que pusiera sus transpiradas manos en algunas zonas clave, pero de repente Adrianita empezó a experimentar visibles alteraciones, que al parecer reflejaban la acción del afrodisíaco - el Pelado agradeció "in mente" al Santiagueño.

Alentado por la nueva permisividad, el Pelado procedió con más y más audacia. De pronto, ella le tomó la mano y la guió bajo su pollera, hasta sus bombachas. Y en ese momento "ella", con voz repentinamente distinta y al tiempo que el Pelado encontraba lo inesperado, enunció:

- "¡Que la inocencia te valga, boludo...!"

El Sanjuanino salió disparando, como alma que lleva el diablo. Esa misma noche, sin comunicarse con pensionista alguno, armó su equipaje a las apuradas, mantuvo una rápida conversación con Misia Tita y, desde entonces, nunca supimos más del Pelado Sartori.

Capítulo IV - Romeo y Julieta de la Plaza Urquiza

La enemistad de los Cazúa y los Tollotti databa de muy largo tiempo. Para ser precisos, se remontaba a dos generaciones anteriores a la de Don Horacio Cazúa y de Don Niceto Tollotti.

En el tranquilo medio ambiente de San Salvador de Jujuy, primero discrepancias de afiliación política y luego competencia comercial dieron lugar a una creciente antipatía entre el Colorado Cazúa y Don Rinaldo "Tutti quanti" Tollotti. Sus hijos, compañeros de colegio, no tardaron en acarrear la enemistad, que se tradujo en síntomas como bromas malintencionadas, comentarios hirientes y también unos cuantos episodios de violencia callejera.

Ambas familias eran bastante conocidas en la ciudad. Los Cazúa eran "de sociedad" y entre sus antepasados se contaban grandes terratenientes, altos oficiales del gobierno provincial y destacados militares de la época Sanmartiniana. Mientras que los Tollotti descendían de un inmigrante italiano que llegó a Jujuy, como quien dice, con una mano atrás y otra adelante — si bien con laboriosidad y algo de buena suerte consiguió hacerse de una pequeña fortuna, que generaciones posteriores fueron incrementando.

Don Horacio estaba empleado en el Ministerio de Gobierno provincial desde hacía muchas lunas, vegetando en su puesto de poca responsabilidad, múltiples bostezos y sueldo mediocre. No era lo que se diría un hombre de gran afición laboral, ni demasiado ambicioso. Dedicaba buena parte de su tiempo a sus dos grandes pasiones: la pesca y escuchar tango. Su mujer, Doña Ignacia, dama gorda al extremo y de facciones toscas, tenía un carácter podrido del que hacía víctima frecuente al pobre Don Horacio - alguno de sus amigos por ahí le sugirió candidatearse a la presidencia del Club de Maridos Oprimidos.

Los Tollotti disfrutaban de una posición holgada: el negocio familiar era la fábrica de colchones "El Tollochón", al frente de la cual estaba Don Niceto, hombre laborador pero un verdadero hijo de puta con sus empleados. Decían las malas lenguas que su mujer - pizpireta, empingorotada y adicta a los maquillajes - le

metía los cuernos con medio Jujuy; alguien le encajó el sobrenombre de "Colchoneta Colorinche".

El matrimonio Cazúa tenía dos hijos y una hija, María Diamela, alias la Petisa, heroína de nuestra historia. A su vez los Tollotti tenían como único hijo a mi compañero de pieza, el parlanchín Elmiro, alias El Tano.

Este Tano soñaba con ser abogado, pero su dedicación al estudio era, bueno, cuestionable. Sentía gran devoción por el cine, en particular por las películas del Lejano Oeste.

- "Viejo, hoy dan un programa doble de John Wayne en el Cine 9 de Julio ... así que perdoname pero yo la Facultad no piso ni loco..."

Pasaba asimismo buena parte de su tiempo jugando al billar en el Bar Reinés, conocido reducto de la Esquina Norte. Se había hecho íntimo amigo del tristemente célebre Tolo Regalado, rey de la broma pesada y el chiste de mal gusto, con quien preparaba de vez en cuando alguna materia. Las cualidades académicas de estos dos se reflejaban en sus abundantes aplazos y la extrema cronicidad de sus carreras.

La Petisa Cazúa vivía en una pensión de mujeres, a pocas cuadras del Bocadito, y estudiaba Ciencias Económicas. Llevaba ya como tres años tratando de aprobar Análisis Matemático, materia que la aterrorizaba, y cuyo recientemente fallecido y germánico Profesor Titular era personaje principal de sus pesadillas.

Quiso el destino que cumplierse en alguna medida el rol de Cupido al iniciarse el romance entre la Petisa y el Tano, ya que invité a Tollotti a asistir a la edición 1965 del Baile de Bautismo organizado por el Centro de Estudiantes de Ciencias Económicas, donde yo militaba con cierto entusiasmo. Y fue en dicho baile donde comenzó el idilio, que tanto diera que hablar en la capital jujeña.

Para este tradicional festejo, me asignaron diversas tareas: colaborar en la decoración del local, atender la boletería y, durante la "siniestra" ceremonia de bautismo - en la que se sometía a coloridos ritos de iniciación a los nuevos estudiantes que recién finalizaban con la tortura veraniega del Cursillo Básico - hube de imitar a un conocido profesor de la Facultad debido a que el pobre tipo tenía cierto parecido físico conmigo.

Otra de mis tareas fue chamuyar al Pólvora Villarriestra para que aceptara participar en el show post-bautismo zapateando uno de sus violentos malambos, que lo habían hecho tan famoso entre los habitués de la peña "El Alto de la Lechuza", donde competía con su eterno rival, el Tigre Jáuregui, por el aplauso del público y el corazón de la Flaca Insaurralde.

El Tano llegó al baile acompañado de su pierna habitual, el Tolo Regalado. Ambos llegaron en estado "alegre" y bastante mareaditos, ya que acababan de liquidarse unos buenos vasos de vermouth en la Confitería La Cosechera y un vinacho en el Bar Central.

Luego de mis dos aburridas horas en boletería, me dirigí al patio principal, donde decenas de parejas danzaba "al compás de los sabrrrrrosos éxitos del momento", como decía el locuaz maestro de ceremonias. Se destacaban allí el Tano y la Petisa, quienes bailaban un ridículo y exhibicionista twist en el medio de la pista, alentados por los gritos de la concurrencia. El Tolo se hacía oír con estentóreos comentarios de dudoso gusto y alguna gracia sobre las exageradas ondulaciones de los imponentes glúteos de la Petisa.

Quien también estaba dando espectáculo, si bien algo patético, era nuestro viejo amigo el Pelado Sartori. Como siempre, llegó al baile con la esperanza de encontrar la mujer de su vida, o al menos alguna que le diera bolilla. De entrada nomás se puso a caminar por las galerías que rodean el patio de la Facultad, observando en forma detallada, experta y lasciva a las damas asistentes. Y poco después empezó su constante e infructuoso invitar a la danza, provocando respuestas que iban desde lo cortés hasta lo creativo y jocoso, pasando por cortantes ¡NO!

- "Disculpe joven, pero estoy algo descompuesta... debe ser alergia otoñal"

- "... Hágame el favor, pero si soy como dos cabezas más alta que usted..."

- "¡Lárgate de aquí, mozalbete, tú no eres mi tipo...!"

Pero el Pelado no cejaba, y por último consiguió bailar un par de rumbas con la anciana esposa de un anciano profesor.

La fiesta terminó a eso de las tres de la madrugada. Hacia el final, la única pareja en la pista era la del Tano y la Petisa, que ahora se desplazaban infinitesimalmente en un espacio de medio metro cuadrado.

Desde esa noche inolvidable, el Tano manifestó un cambio rotundo de hábitos. Dejó de lado sus frecuentes tenidas de billar en el Bar Reinés y casi casi eliminó su asistencia a películas de "coboí". Se paseaba nervioso cuando esperaba una llamada de la Petisa, con la que se prendía al teléfono en romántico y cursi diálogo desafiando los indignados "¡colgá de una vez, carajo!" de otros pensionistas.

Los encuentros de Tollotti y su flamante conquista se producían en la cercana Plaza Urquiza donde, al amparo de las sombras y sentados en un banco de madera, se dejaban arrastrar por sus lúbdos juveniles en el marco de una franela loca, o al menos así lo decía el Tano. Y yo pagaba las consecuencias con largas noches de insomnio pues el Tano incurría a su regreso en interminables sesiones de autopromiscuidad caracterizadas por sus pocos pudorosos suspiros y gritillos de excitación, y por el temblequeo estrepitoso de su cama.

Las familias Cazúa y Tollotti no tardaron en enterarse del idilio y, como era de esperar, su reacción fue de pura bronca. Don Niceto y su mujer intentaron todo tipo de presiones para que Elmirito finiquitara el romance. Por una parte, le cortaron el subsidio mensual; para sobrevivir, el Tano debió buscar trabajo. Su amigo el Tolo le consiguió un puesto de auxiliar de vendedor en el negocio de su familia, "Regalos Regalado", con minúsculo local cerca de la Plazoleta Mitre. Era un espectáculo ver al Tolo levantarse a las seis de la mañana y dirigirse a la esquina de Monteagudo y Santa Fe a tomar el abarrotado ómnibus que lo llevaba al laburo. Milagros que hace el amor...

La Petisa debió enfrentar también las barreras familiares, si bien contó con el apoyo de una tía "piola" residente en Tucumán, Doña Remigia de Ortiz, mujer de carácter fuerte y mucha guita que afrontó el pago de la pensión cuando los Cazúa suspendieron el envío de su mensualidad.

Mientras tanto, el affaire continuaba contra viento y marea. El Tano estudiaba cada vez menos y hasta había dejado en gran medida de verse con su compadre el Tolo - quizás en parte por las constantes cargadas de que éste lo hacía objeto:

- "¡Tanito, la estás poniendo celosa a la María Sopa. Guarda que te vas a quedar de pura paja y franela...!"

- "Macho, escuchá con atención a este hombre de experiencia y sabiduría: pa'mí que al trasero ése tu novia no se lo hizo lavando ropa... no seás boludo, tenés que investigar bien su pasado si no querés llevarte un chasco con cuernos cuando sea demasiado tarde..."

- "Mirá jujeño, te lo digo como amigo fiel y observador imparcial: no te dejés estar demasiado. Encamate con la Petisa de una buena vez, porque si no cualquier otro carajo le va a terminar haciendo el favor..."

Al final, el Tano renunció a su trabajo en el bazar de regalos al conseguir un laburito mejor remunerado y menos activo como pinche de un abogado amigo de la tía de la Petisa.

En un tremendo arranque de romanticismo, el Tano decidió dar una serenata a su enamorada y reclutó los servicios guitarrísticos del Espanto Villarriestra. Para tormento de los bocaditenses, estos tipos se encerraban en una de las habitaciones a practicar hasta altas horas de la noche. Decía el Maestro Pete:

- "No es por alabarlo, Tanito, pero usted más que cantor parece gata en celo..."

Para peor, los artistas equivocaban con frecuencia la letra de las canciones:

- "Tú me acostumbraste... a noches más costosas... y me contagiaste... cuando te pedí..."

- "Mujer, si puedes tú mi amor robar, avísame si yo alguna vez, he dejado de gozar..."

Y cosas por el estilo. Para peor aún, desafinaban a ultranza.

Estas prácticas continuaron durante varias semanas, al cabo de las cuales el Tano seguía siendo tan malo como al principio.

Las cargadas, las indirectas, los comentarios sarcásticos de los demás pensionistas, y hasta los consejos diplomáticos de un viejo vecino ("Vea Don Tano, hagámé caso, su novia va a preferir un ramo de flores... las damiselas de hoy en día no entienden tres carajos de serenatas") cayeron en saco roto. Y fue así que un frío

lunes a la medianoche, el Tano y su fiel acompañante hicieron acto de presencia frente a la Pensión La Escupidera, en calle Marcos Paz, donde se alojaba desde hacía tiempo la Petisa.

Para empezar, el Tano se acercó sigilosamente a uno de los balcones y dio un golpecito nervioso con los nudillos en el vidrio de la ventana, a la vez que susurraba el tradicional "Permiso... serenata". Pero el bestia se equivocó de balcón, despertando a Doña Delicias, vieja flaca y amargada, propietaria de la pensión, que desató una ruidosa y desaforada sucesión de insultos que hubieran hecho ruborizar al mismísimo Marqués de Sade. Esto despertó a la Petisa, quien, curiosa, se asomó a su ventana, sorprendiéndose al ver al Tano y al Espanto. Estos de inmediato dieron comienzo a su concierto. Tras unas pocas estrofas, Doña Delicias emitió en voz aún más alta una tanda aún más abominable de puteadas. Perros y gatos del vecindario se agregaron al coro, al tiempo que de algunas casas de la cuadra empezaron a brotar enfáticas amenazas. Sin embargo el Tano y su guitarrista seguían impávidos, como si tal cosa.

Mientras tanto la Petisa, que al principio sonreía halagada, empezó a sentir vergüenza, en particular cuando algunos de los insultos de Doña Delicias empezaron a dirigirse a su persona. Entonces trató de disuadir al Tano: su voz aguda se destacaba en medio de la vorágine:

- "Elmirito, tus canciones me conmueven, pero por favor suspendelas hasta nuevo aviso..."

- "Escuchame mi cielo, es evidente que esta gente no entiende de arte. Otro día me cantarás a mí a solas..."

Pero Tollotti era un testarudo de marca mayor y proseguía con sus alaridos, que cada vez tenían menos que ver con música. La Petisa cerró de un golpe su ventana, al tiempo que, con desconcierto, humillación y rabia gritaba a los serenateros "¡rajen de aquí, so par de pelotudos!"

Lo que al fin logró convencer al Tano y al Espanto de que debían abandonar su empresa fue la acción expeditiva de un par de corpulentos vecinos, que les propinaron dos o tres sacudones y unos buenos puntapiés en el trasero.

Nadie se sorprendió cuando la Petisa cortó la relación, dejando al Tano en un estado más que lamentable. El infeliz dormía casi todo el día, vestía como el carajo, comía poco y nada, se afeitaba muy de vez en cuando, no iba a la Facultad ni al cine ni a los billares, y - para alivio mío - había disminuido la frecuencia e intensidad de los encuentros sexuales consigo mismo. Sus padres se enteraron del fin del idilio y reanudaron sus periódicos envíos de dinero, golosinas y revistas como el Patoruzito, Mundo Deportivo y Goles - por ende, el Tano renunció a su "trabajo" en el estudio jurídico del abogado Astorga.

Misia Tita se convirtió en confidente de nuestro enfermo de amores, prodigándole sesudos consejos y palabras de apoyo. Hasta creó un bocadito especial para el Tano, al que denominó "Serenata y lágrimas" - un menjunje infernal, grasiento y maloliente. Tollotti y la Misia se sentaban cada dos por tres en una mesita decrepita, frente a la cocina, y conversaban en voz baja hasta bien entrada la noche. El consejo fundamental fue el de no darse por vencido. El cargoso de Tollotti hacía intento tras intento de comunicarse con la Petisa, quien fue desde la negativa verbal hasta colgarle abruptamente el teléfono, evitar atenderlo y finalmente mudarse de su pensión, yendo a vivir a casa de una amiga.

Sin embargo, el Tano contó con una valiosa aliada en la Tía Remigia, que por alguna razón le tenía cierto cariño, y ejercía influencia acentuada sobre la Petisa. Aceptó interceder ante su sobrina, con quien mantuvo largas charlas. Mientras tanto, el Tano fue a ver a una "manosanta" que le recomendará Misia Tita como especialista en cuestiones del amor, quien le recetó beber una poción que ella misma preparaba y que debía ser ingerida únicamente en noches de cuarto menguante. No tengo evidencia en cuanto al efecto del "té de arbustos de la corrupta Pompeya" sobre los amores de Tollotti, pero era obvio que le daba incontinencia urinaria (dejaba un "reguerito" por donde andaba) y comezón en el área genital: era un espectáculo verlo rascarse desesperado, en cualquier compañía, en cualquier lugar y en cualquier circunstancia.

La cuestión fue que, después de tanto sufrimiento, el romance se reanudó - con franelas en la Plaza Urquiza y todo. Al cabo de varios meses, nuestros héroes decidieron casoriarse. Los Cazúa y los Tollotti llegaron a la conclusión de que su

enemistad por puras razones históricas ya no tenía razón de ser, y organizaron en conjunto una fiesta de bodas que fue el acontecimiento social del momento en San Salvador de Jujuy. Y todo concluyó en un final feliz, en particular para mí, pues desde entonces pude, en efecto, apoliyar como Dios manda.

Capítulo V - Misia Tita: Genio y Figura

Los tiempos eran difíciles: el costo de la vida crecía a pasos agigantados, no había sueldo que alcanzara y los pensionistas corríamos tremenda liebre.

La mensualidad en El Bocadito aumentaba vuelta a vuelta, y aún así la calidad de la comida iba en deterioro. Para peor, la "Ley de Barreneche" se cumplía religiosamente. Esta "ley", así llamada en honor de su descubridor, mi nuevo compañero de pieza Osvaldo Barreneche, establecía que cuanto más timbeaban los patrones, con mayor frecuencia se nos servían bocaditos elaborados a partir de remotos ancestros.

Algunos de los pensionistas no aguantaban este tormento y se iban en busca de mejores horizontes. Pero otros éramos de los que piensan que "más vale lo malo conocido..." o nos dejábamos arrastrar por la indolencia evitando las mudanzas, siempre tan hinchapelotas.

La Misia debía hacer malabarismos para estirar los magros ingresos que le quedaban luego de la prioritaria timba, y afrontaba en forma diaria las quejas de sus sufridos huéspedes.

- "¡No puede ser, señora... esta carne es tan fulera que ni los perros la tocarían!"

- "Dígame, al pan, ¿lo compra en la Casa Histórica?"

Además de los clásicos Sociales Sabatinos, Misia Tita tenía otros dos rebusques: el adivinar la suerte - echando las cartas y leyendo las palmas de las manos o la borra del café -, y servir de consejera en asuntos del amor a los ingenuos que caían atraídos por sus pequeños anuncios en Avisos Clasificados del Diario Noticias: "Parapsicóloga especializada en problemas sentimentales. Llamar al teléfono N°... en horas de la tarde".

De vez en cuando aparecía alguna solterona derramando lágrimas y arrugas, o alguna parejita con aspecto lamentable que, tras establecer cita por teléfono, llegaban al Bocadito buscando una mágica solución a sus vidas.

Cuando la visitaban los "pacientes", Misia Tita adoptaba un aire de circunstancias realzando su aspecto místico con un turbante rojo en el que lucía una estrella plateada, y una larga vestidura negra con signos del Zodíaco.

Las pobres víctimas eran guiadas hacia una de las piezas delanteras por el Maestro Pete, que para tales casos hacía de recepcionista y cobrador. Las sesiones de consulta duraban cosa de media hora y por lo general no podíamos enterarnos de sus detalles, ya que la Misia mantenía una estricta confidencialidad profesional.

En cierta ocasión apareció un hombre alto y narigón, de edad madura y un porte distinguido que divergía en forma notable con el de los pacientes rutinarios. El Maestro Pete actuó con más ceremonia que de costumbre, utilizando vocablos de rebuscado refinamiento en la breve charla que mantuvo con el caballero mientras lo acompañaba al consultorio.

La sesión esta vez demoró bastante más de lo habitual. Cuando concluyó, vimos al cliente retirarse con aire esperanzado que contrastaba con el aspecto alicaído que traía al llegar. La Misia y el Maestro, luego de esta consulta, mostraban un notable buen humor. Corría el rumor de que la Misia había logrado vender a este señor un tratamiento que ella habría de efectuar con su comadre Mademoiselle Efluvios, manosanta y curandera de Villa 9 de Julio - la que le había recetado el "té de arbustos de la corrupta Pompeya" al Tano Tollotti.

La curandera se presentó una tarde en El Bocadito, reuniéndose a conversar largamente con Misia Tita. A posteriori, las dos trabajaron unas buenas horas en la cocina, hirviendo yuyos y polvillos diversos para producir ciertas apestosas pociones que luego embotellaron mientras oraban en voz baja.

Estos acontecimientos azuzaron la curiosidad de los pensionistas. Sabíamos que la Misia era una busca de primera magnitud, pero esto ya excedía los cánones habituales. Como ella guardaba absoluto silencio sobre sus actividades de consultoría, decidimos sonsacarle los detalles al Maestro, que cuando tomaba unas copas perdía lo poco que tenía de reservado.

Tras la preparación de una reciente materia, me había sobrado un saldo de anís dulce - para mí era condición "sine-qua-non" paladear un buen licorcito durante el

estudio nocturno, así como otros universitarios recurrían al café o las anfetaminas. Concluí que sería bueno invertirlo para saber de las andanzas de Misia y Mademoiselle, e invité al Maestro a compartir unos tragos nocturnos con otros pensionistas.

Mientras el Maestro ingería copita tras copita de anís y se iba poniendo alegrecillo y dicharachero, nosotros lo guiábamos en forma sutil y cautelosa hacia el tema de nuestro interés.

- "Don Pete, la pucha que se lo ve contento... ¡Y eso que las cosas andan tan pero tan jodidas!"

- "¡Quien como usted, respetado Maestro... se nota que la vida le sonrío!"

- "¡Para mí que se ha ganado unos buenos mangos en la quiniela o le dio una reverenda cagada en el truco a sus compadres. ¡Y se la tiene bien callada, basurita!"

La cuestión es que el Maestro, ya mareadito y azuzado por nuestras púas, nos pasó el chimento que tanto esperábamos.

Resultó ser que el nuevo paciente, Don Pedro Pedrosa, era un agricultor fuerte de la zona de Trancas, "¡podrido en guita, mi amigo!", que enfrentaba una difícil situación sentimental: su idolatrada mujer lo había dejado meses atrás por un recio y moreno mozo del Bar Colón. El buen hombre había tratado en vano de lograr el regreso de su cónyuge. Desesperado y a punto de suicidarse, decidió visitar a Misia Tita "en busca de su valioso criterio profesional y la prodigiosa sabiduría que todo el mundo le reconoce", como enfatizó el Maestro.

Luego que Pedrosa expusiera en detalle su problema, la Misia le recomendó un tratamiento psico-mágico que efectuaría con la indispensable cooperación de Mademoiselle Efluvios.

Misia Tita garantizaba, sin dar fecha, el retorno de la fugitiva a su marido y prometía al caballero la pronta superación de su estado depresivo. Don Pedro aceptó someterse al tratamiento, que consistiría en sesiones de una hora, tres veces por semana.

El Maestro estaba tan aturdido por el exceso de anís, que hasta se prodigó con entusiasmo en los aspectos financieros. No había que asombrarse del buen humor de los patrones: ¡Don Pedrosa pagaría por cada visita más de lo que cada pensionista pagaba por mes!

El primer día del tratamiento, Mademoiselle Efluvios llegó bien temprano al Bocadito portando una enormidad de paquetes. Con ayuda del Maestro Pete y del Mecha, instaló en el hall de entrada desteñidas imágenes de santos de penúltima categoría, una colección de velas grisáceas que emitían un repulsivo olor dulzón, y viejos retratos de individuos de aspecto estrafalario.

Mademoiselle era una mujer cuarentona, alta y delgada, de aspecto lánguido y sobrecogedor. Usaba un par de anteojos oscuros de diseño pasado de moda y recogía su renegrido cabello en una trenza que le acariciaba estratégicamente la base del trasero. Caminaba en forma despaciosa y solemne, y su vestido habitual era una larga túnica amarilla con misteriosos bordados negros.

Don Pedrosa arribó muy de traje y corbata poco antes de las siete de la tarde en su enorme automóvil, que estacionó frente al Bocadito. Sin pérdida de tiempo, el Maestro lo condujo al consultorio donde esperaban ya la adivina-consejera y la curandera.

Por unos minutos se oyó la aguda voz de Mademoiselle Efluvios en una especie de invocación, pero pese a nuestros esfuerzos nos fue imposible captar más detalles de lo que acontecía en el místico ambiente. Sería cuestión de darle otras copitas de anís al Maestro para que soltara la lengua...

Durante varias semanas, el engañado marido vino al Bocadito, siempre puntual y siempre con aire ansioso. Este tratamiento trajo consigo una temporaria bonanza económica a los patrones, y nuestras condiciones mejoraron en cierta medida ya que nos cambiaron las sábanas con mayor frecuencia y la comida fue un poquito menos mala que la normal.

Era evidente que Don Pedro estaba sufriendo efectos secundarios de las pociones y los brebajes que le daban Misia y Mademoiselle como parte del tratamiento. Por ahí salía como una saeta del consultorio, dirigiéndose al baño con expresión de

angustia; una vuelta lo encontró ocupado y entró a golpear la puerta como maniático, al tiempo que con un hilo de voz rogaba que lo dejaran entrar. Y a veces comprometía su aspecto distinguido dejando el consabido "reguerito" de incontinenencia urinaria al andar por la casa.

El Maestro Pete nos comentaba diversos detalles del tratamiento, en medio de su euforia financiera o su concentración alcohólica. Nos enteramos así que Don Pedrosa estaba recibiendo una extensiva e intensiva administración de brebajes con nombres como "té de rocas del lejano y legendario Tibet", "poción para el malestar amoroso y sufrimientos afines", "caldo de lágrimas de la Magdalena", "extracto de cola de avestruz sagrado de la India" y otros por el estilo. A veces, las ceremonias mágicas requerían que Don Pedrosa se desvistiera por completo para ser sometido a un sahumero en sus partes íntimas. El pobre hombre se prestaba a todo, confiando ciegamente en las artes de la Misia y su socia.

Después de unas ocho semanas desde la iniciación del tratamiento, un día Mademoiselle Efluvios no apareció por el Bocadito a la hora acostumbrada. Se hicieron las siete y media de la tarde y el cliente aún no había llegado. Misia Tita se paseaba por el patio comiéndose las uñas, en particular luego que una llamada telefónica a lo de Mademoiselle no obtuvo respuesta. Trató en vano de comunicarse con la casa de Don Pedrosa y llamó un par de veces más a lo de la curandera. Nada de nada. Decidió entonces ir con el Maestro a la ruinoso y sombría casa que Mademoiselle habitaba con su veintena de perros, y la encontraron cerrada con candado.

Al día siguiente, Misia Tita se quedó en cama hasta tarde y el Maestro tuvo que prepararnos el café. Ambos andaban con la cara larga y con un humor que no tenía un corno que ver con el de las pasadas semanas.

Transcurrieron los días sin novedades de la curandera ni del "gran cornudo de Trancas", como el Maestro llamaba ahora al ex paciente. La sospecha de que ambos habían huido juntos se confirmó un mes después: el Chacho Abeledo estuvo de visita en su tierra natal de Salta y constató que Don Pedrosa había alquilado un departamento en el mismo edificio céntrico donde vivía su familia, sentando allí sus reales con la manosanta.

La Misia expresaba con frecuencia su rencor endilgando a Mademoiselle Efluvios adjetivos de gran intensidad y colorido. Y cómo iba a faltar la creación de un bocadito especial, que denominó "Alta Traición" - que por cierto caía como tal al estómago.

Pero nuestra patrona no era de las que se abandonan para siempre, aún en presencia de las mayores adversidades. Decidió convertirse ella misma en curandera, expandiendo sus servicios habituales de consejera sentimental para cubrir dolencias físicas y psíquicas en general.

Luego de poco tiempo, teníamos todas las tardes en El Bocadito un desfile de pacientes de las edades, aspectos y condiciones más variadas. La Misia había logrado acaparar la ex clientela de Mademoiselle, agregando también un número de clientes por medio de sus contactos en Villa San Cayetano y otros barrios de la ciudad.

La dedicación de la Misia a los asuntos del Bocadito decayó, pues ocupaba la mayor parte de su tiempo en la atención de pacientes o en la elaboración de brebajes. Por primera vez en la historia de la pensión, se vio forzada a tomar servicio doméstico. La suite presidencial pasó a ser el cuarto de la mucama, cuya contratación, a decir verdad, nos vino de maravillas. La limpieza de las habitaciones se hizo más frecuente y a conciencia, y, como la Reginalda cocinaba al menos tres o cuatro veces por semana, la comida mejoró en forma notable.

Por otra parte, esta niña, atractiva jovencuela de la zona del Ingenio Ñuñorco, era muy afecta a los placeres de la carne (se ganó con creces el apodo de "La Agujeritos"), y prodigaba con generosidad e imaginación sus favores entre los pensionistas - con la notable excepción del Espanto Villarriestra, que realizaba intento tras intento provocando situaciones escandalosas a las horas más inconvenientes.

Esta segunda bonanza duró unos seis meses. En un momento dado, la afluencia de clientes de Misia Tita de los Milagros, como ahora se hacía llamar, era tal que el hall de la pensión estaba abarrotado de gente esperando ansiosamente su turno. El Maestro Pete hacía de administrador y portero, contribuyendo a la vez su don para las relaciones públicas con el fin de obtener y mantener clientes. Al principio la

Misia atendía sólo de lunes a viernes, pero al incrementarse tanto la demanda por sus servicios y su sabiduría, debió atender también los fines de semana. El Mecha renunció a su trabajo de mecánico de medio pelo en el Taller El Pintudo para asumir su rol de farmacéutico: preparaba los menjunjes siguiendo en forma estricta y responsable las especificaciones de la Misia, y los expendía en un kioskito de madera multicolor que construyó en un baldío al lado de la casa.

Pero el destino jugó a la Misia una mala pasada, ya que algunos clientes se quejaron a la Policía ante la falta de resultados positivos en sus tratamientos. Un día llegó al consultorio un viejo detective que, simulando ser un paciente, agarró a la Misia in fraganti, obteniendo todo tipo de pruebas. La detención no tardó en producirse: una madrugada cargaron a Misia Tita en un camión celular y la alojaron en el Buen Pastor, un famoso presidio de mujeres.

Durante este penoso interín, El Bocado fue atendido con pocas ganas y menos eficacia por el Maestro y por el Mecha - la Reginalda había sido despedida sin más ni más. La detención de la Misia duró cosa de un par de meses, pero la casa siguió siendo vigilada por un tiempo prolongado. El negocio del curanderismo y la parapsicología se acabó para siempre, y El Bocado volvió a ser pura y exclusivamente una pensión para caballeros.

Capítulo VI - De Tertulia en lo del Gordo Arturo

Cuando la comida en el Bocado era incomible, la tabla de salvación de los pensionistas era ir a almorzar o cenar en lo del Gordo Arturo. Este singular personaje tenía un bar al paso en la Avenida Juan B. Justo, a pocos pasos de la Esquina Norte - cerquita de la pensión. El menú, sin ser amplio, ofrecía algunos platos que tenían su popularidad entre los parroquianos: un locro criollo que se pasaba de picante ("viejito... anoche anduve locreando y hoy tengo el ojete a la miseria", se solía escuchar por ahí en la pensión); empanadas fritas cuyo aroma se percibía, demoledor, en dos o tres cuadras a la redonda; sandwiches de chorizo colorado embadurnados de grasa; panchitos que pedían a gritos un poco de Savora; radicales (cuando el pan y/o la carne estaban duros, los llamábamos "conservadores"); humita en olla con sospechoso efecto laxante, y algunas otras exquisiteces.

No pasaba semana sin que yo visitara el notorio bar del Gordo, lo que también hacían los demás pensionistas - excepto aquellos casos de escopeta que gustaban de los bocaditos de la Misia, o los "cortados" crónicos.

El atractivo que ejercía sobre nosotros este "Bar Bellas Tucumanas" derivaba también de otro factor, además de la comida pasable y barata: era un verdadero Club Social - presidido por el inefable Gordo Arturo - para la juventud de la zona.

Como insinuía el nombre que le puso al bar, el Gordo tenía gran debilidad por el sexo débil. En realidad, era una obsesión. El tipo estaba en todo momento a la caza de sirvientas del vecindario, y al parecer tenía cierto éxito en sus levantes.

El Gordo era bastante grandote, a lo alto y a lo ancho. Se peinaba a la cachetada usando kilos de gomina y lucía largas patillas, rostro rubicundo poblado de gotitas de transpiración y un minúsculo delantal de cocina a cuadros multicolores ("mi delantalito sexy que apasiona a las minas", lo llamaba Arturo). De carácter jovial, gritón, chismoso, puteador, meterete, barsatero y exagerado, se había convertido en la prima donna del barrio Esquina Norte. Su bar se abarrotaba de gente, si bien muchos de los habitués iban allí a sentarse por un rato sin consumir un ápice—lo que daba motivo al Gordo para hacer comentarios como "¡mirá flaco i'mierda, ya

van esatamente dos horas que estás aquí meta hablar boludeces... o te morfás un sanguche en el plazo i-rre-vo-ca-ble de cinco minutos, o te doy una trompada en la jeta y te pongo de patitas en la calle!"

Pero, pese a sus violentas amenazas, el Gordo disfrutaba la sociabilidad de sus visitantes, ya que constituían un atento auditorio para las narraciones de sus hazañas románticas — reales o ficticias.

Cierta vez nos contó con expresión de congoja que una niña de la Villa de Burruyacu, perdidamente enamorada, había intentado suicidarse al darse cuenta que el Gordo no la llevaría al altar. La salvaron a gatas mediante lavajes estomacales - se había tomado medio frasco de cucarachicida mezclado con naranjada - pero él estaba de lo más preocupado pues sabía que ella iba a repetir sus intentos. Mas, luego de sus lamentaciones, el Gordo agregó:

- "Para este galán son gajes del oficio, querido... no es la primera ni será la última fémina que se enloquece con mis encantos".

La audiencia estalló en aplausos y comentarios como "¡bravo, Gorrrrdo, te pasaste!" o "¡dale, ídolo internacional del chiniterío, firmame un autógrafo!"

Se rumoreaba que el Gordo Arturo tenía un órgano genital con características equinas en su tamaño y porcinas en su configuración. Cuando se le hacían preguntas al respecto, el Gordo bajaba los ojos con pudor y modestia, esbozando a la vez una enigmática sonrisa.

El Pelado Sartori, que no escatimaba esfuerzos para bajar de su eterna y elevada palmera, apeló al Gordo para que lo ayudara en su afanosa búsqueda de faldas. El Gordo, cooperativo por naturaleza, se puso en campaña para conseguirle algoito al desesperado enamorado del amor.

Tras una serie de intentos infructuosos, el Gordo logró que la hermana menor de su novia de turno aceptara salir con el Pelado. La joven, una gordita petisona y feúcha de cara granujienta y notorio aroma corporal, se llamaba Romelia. Y para el Pelado era Venus.

Desubicado como de costumbre, el Pelado invitó a la damisela a ir a un baile organizado por un centro pro gira de estudiantes de la Escuela Sarmiento, a

realizarse en la Sociedad Sirio-Libanesa. Ella accedió entusiasmada, ante la oportunidad de ir a un baile urbano que no fuera en el Parque Bar o la Sociedad Argentina, siempre poblados de sierversos atorrantes.

El Pelado llegó al lugar de la cita, frente al bar del Gordo, acicalado y envuelto en un perfume que desafiaba la intensidad de las miasmas de su invitada. Traía un bouquet de rosas que entregó romántica y ceremoniosamente a la Romelia, ignorando las cargadas del Tolo Regalado y otros comensales del bar. Con aire de suficiencia hizo parar un taxi y, en voz alta, para lucirse ante los muchachos, le dijo al chófer: "A la Sociedad Sirio-Libanesa, por favor. Agarre hacia el oeste por Avenida Sarmiento y doble al sur en la Maipú..."

Como era habitual en sábados a la noche, los pensionistas que no estábamos en víspera de exámenes ni teníamos alguna partidita nos quedamos a charlar un rato en la amena compañía del Gordo. En esa ocasión, escuchamos su colorido informe sobre una reciente visita al mueble. Resulta que un amigo le había presentado a su cuñada, que, según el Gordo, era físicamente una bomba, una ametralladora conversando, un tanque en sus conocimientos de teoría y práctica del sexo, y un cohete en su diligencia para el encame. Tras prodigarse en estas descripciones armamentísticas, el inefable Arturo pasó a contar con lujo de detalles lo que aconteció en El Faro, así como sus picantes prolegómenos en el chapadero Briquet de la vecina Villa 9 de Julio, conocido por su slogan radial: "el que va a Briquet... vuelve a Briquet".

Nadie podía aseverar si lo que nos contaba el Gordo era cierto o si se trataba de una más de sus frecuentes fantasías. Pero el relato era tan jugoso y sensual, que mantenía la atención expectante de la concurrencia. "Me-menos mal que no está el Pe-ppelado", comentó un petiso tartancho e hinchabolas apodado "Cacarone" que visitaba el bar con demasiada frecuencia, "¡se-se-seguro que ya hubiera ra-rajado al ba-bbbaño pa' una pajita de e-e-e-emergencia!"

Luego de la ponencia apasionada y elocuente del Gordo, varios de los circunstantes nos esforzamos en competir con él contando nuestras propias aventurillas sentimentales. Yo describí los aspectos más escabrosos de mi preparación de una materia con Susanita la Húmeda, una compañera de Facultad

bastante rápida de bombachas (por supuesto, a los dos nos habían terminado metiendo flor de goma).

El Tolo Regalado nos hizo reír con los pormenores de su iniciación sexual. Tanto él como la sirvienta de su casa tendrían entonces unos 14 años. El Tolo había estado chamuyando durante meses a la chica, apodada Pepona. Ella actuaba en forma esquiva, pero dando por ahí una sutil entradita a su pretendiente. Poco a poco el Tolo había ido avanzando en sus toqueteos y caricias para excitar a la Pepona, que debía ese sobrenombre a su cara regordeta, sonrosada y de ojazos asombrados. Pero la chica no se animaba a dar el gran paso, amén de que faltaban las oportunidades propicias: no era cuestión de cruzarse a su habitación de noche ya que la casa era muy chica y se sentiría "todo". Una vez, los padres del Tolo se fueron a pasar el fin de semana en las Termas de Río Hondo, celebrando su aniversario de bodas. En la casa quedaron solos el Tolo, una hermanita de cinco años y la Pepona. Oportunidad de oro.

Al caer la noche y una vez convencido de que su hermana estaba bien dormida, el Tolo enfiló hacia la habitación de la doméstica. Tras larga, vibrante y romántica conversación, enmarcada por la música suave de la radio que el galán trajera consigo, la Pepona elevó en forma notoria el nivel de permisividad en cuanto a manoseos y pasó a jugar un rol activo. A eso de las una de la madrugada la pareja estaba lista para la concreción de sus esfuerzos, cuando sonó el teléfono. El Tolo se vistió a las apuradas y atendió - número equivocado. Y para peor, la hermanita se despertó lloriqueante. El Tolo esperó hasta que la pequeña volviera a dormirse y regresó refunfuñando a la habitación de la Pepona, quien estaba ahora remolona, bostezante y con la libido en baja. El Tolo debió apelar a todas sus artes verbales y manuales para retrotraer a su amante al estado apropiado.

El Tolo, muchacho prevenido y canchero, había traído a la cita un preservativo. Conocía su uso tan sólo en teoría y por ende debió trabajar como negro para colocárselo, tras haberlo desplegado totalmente al principio. Mientras tanto, la Pepona necesitaba ser reestimulada en forma constante, y estaba a punto de dormirse. Alrededor de las dos de la mañana se inició el gran intento y a las cuatro seguía siendo sólo eso. La ineptitud de la parejita era patética. Al llegar las cinco se

impusieron el cansancio y la frustración: el Tolo abandonó su empresa, arrojando con rabia el seco preservativo al inodoro.

La cuestión fue que al otro día la Pepona se opuso sin más ni más a los avances del Tolo, que rengueaba por erección constante. En las semanas siguientes no se presentaron oportunidades para un nuevo encuentro. Y luego de unos meses, la Pepona fue reemplazada por una anciana y hombruna mucama. Epílogo: el Tolo terminó haciendo su bautismo de fuego en la adiposidad sudorosa y criolla de una prostituta, sobre el ruinoso catre de un rancho del mentado Puente de los Suspiros.

Uno de los habitués del bar, apodado Penecilina pues recibía con frecuencia las visitas de doña Gonorra, contó con nauseabundos detalles su encuentro erótico en un hotel del Bajo con la Chata Felicia, mujer de edad avanzada y un aspecto que causaba pavor al chiquillaje del barrio. Este Penecilina, como decían los muchachos, era capaz de violarse un agujero en la pared...

Yo me había liquidado ya un plato de locro, dos sandwiches de chorizo y unas cuantas cervezas. Se estaba haciendo hora de ir al sobre cuando de pronto se hizo presente, en estado de gran excitación, el Pelado Sartori. Tenía los cabellos revueltos, la cara enrojecida, la corbata en cualquier lugar y jadeaba como perro santiagueño a la hora de la siesta.

Su relato fue el broche de oro para la tertulia sabatina. Para asombro de aquellos que no conocían sus peculiaridades, el Sanjuanino pasó a contar con pelos y señales su increíble partida con la Romelia.

Al llegar a "la Sirio", el Pelado y su dama se ubicaron en una mesita a orillas de la pista de baile. La concurrencia consistía en chicas bonitas de la Sarmiento y jóvenes del Gymnasium empilchados a la moda, sin faltar la eterna cuota de universitarios con ganas de levantarse una tierna colegiala. La Romelia parecía la proverbial mosca en la leche. Pero el Pelado, ensimismado en la contemplación de su pareja, no se daba cuenta de las miradas sarcásticas que les dirigían.

Cuando el disc-jockey puso un programa de la Orquesta Serenata Tropical, el Pelado y la niña salieron a bailar. El Pelado era un patadura de antología y la Romelia danzaba a los saltitos, en el estilo campestre de su Taco Ralo natal. Además

de sus presencias físicas, los desplazamientos ni ortodoxos ni gráciles de nuestros bailarines atraían más y más la curiosidad burlona de los circunstantes.

Al principio eran sólo miradas de reojo, risitas y cuchicheos. Pero luego de un rato, el ambiente de cargada se espesó en forma notable. En un momento dado todos dejaron de bailar, quedando el Pelado y la Romelia rodeados por numerosos jóvenes que palmoteaban, reían a carcajadas y les decían cosas como "che piba, ¿que te olvidaste de poner el Odorono?", o "felicitaciones por la conquista, flaco...", o "¿de qué cueva sacaste la cosa esa, macho?" El Pelado empezó a levantar presión, respondiendo con bronca a los comentarios, lo que a su vez provocaba otros aún más ofensivos.

La pobre Romelia estaría deseando que se la tragara allí mismo la tierra. Y en un momento dado, salió disparando hacia la puerta de entrada, alcanzó la calle y echó a correr. El Pelado salió tras ella, a los tropezones, en medio de los aplausos y silbidos de la juventud presente.

La Romelia corría como una saeta y el Pelado no lograba alcanzarla. Llegaron a la concurrida calle Mendoza, cerca de la zona de las galerías comerciales. El Pelado andaba a los tumbos, atropellando gente que se daba vuelta a verlo con curiosidad. Y para peor, empezó a gritar como un maniático, "esperame, Romelia, no te me escapes. Te llevo al Mon Coeur, al Restaurante del Lago, al Jockey Club o al Parque Bar, donde se te de la gana..."

La joven se alejaba más y más, hasta que por fin el Pelado la perdió de vista en medio de la muchedumbre que salía de los cines 25 de Mayo y Metro.

Entonces el Pelado tomó un ómnibus y se vino a lo del Gordo Arturo, agitado, furioso y despotricando contra la "manga de pendejitos inmaduros y maricones" que le habían arruinado los amores de esa noche.

Luego de contarnos sus desventuras, el Pelado se tomó una cerveza, a guisa de copa del olvido, y nos pidió a todos y cada uno de los parroquianos que, por favor, le presentáramos cuánto antes una mina.

Capítulo VII - Duelo Criollo en el Alto de la Lechuza

Desde que el Santiagueño Hugo, el Pelado Sartori y - en particular - el Mago se fueron del Bocadito, pasaron varios meses de relativa calma en que los pensionistas nos dedicamos más que nada a nuestras actividades de rutina.

De vez en cuando la Misia organizaba un Social Sabatino. Estas fiestas habían ido perdiendo poco a poco su vago matiz de encanto, pero su característico alboroto seguía como siempre engendrando la ira y las quejas de los vecinos.

Para frustración de Misia Tita, desde hacía poco tiempo el cercano Club Estudiantes realizaba todos los fines de semana concurrecidos bailes donde la entrada costaba menos que en nuestros notables Sociales. No tardé en hacerme habitué de las animadas reuniones danzantes de Estudiantes. La Misia nos instaba con argumentos maternales a evitar los bailes de clubes, pues corríamos el riesgo de ser seducidos por damiselas de baja moralidad y dudosa higiene. Por supuesto, las damas que asistían a los Sociales del Bocadito, como la María Sopa y la Chata Felicia, eran un dechado de limpieza de cuerpo y alma.

En uno de los bailes de Estudiantes conocí una piba simpática y de pocas vueltas. Se llamaba María Dolores y le decían Dolly. Trabajaba en la peluquería de damas que habían instalado hacía poco en la Avenida Sarmiento dos notorios maricones, que cayeron a la sofisticada y metropolitana Tucumán huyendo del opresivo y conservador ambiente mendocino. Esta peluquería llevaba el poético nombre de "L'Etoile de Paris", y atraía como imán a las damas del vecindario que buscaban realzar su belleza a través del toque mágico de los delicados peinadores.

Mi romance con la Dolly era más que satisfactorio dadas las pocas pretensiones y la actitud piola de esta peluquera. Estaba, como los boy-scouts, siempre lista, y no era mujer de complicarle la vida a uno ni de engendrar gastos desmedidos. Luego de conocerla en Estudiantes, una invitación al cine Moderno y otra al penumbroso Briquet precedieron lo que de ahí en más sería mueble, mueble y más mueble.

Mis apetitos carnales se hallaban bien saciados y podía estudiar con la cabeza fresca. Pese a mi habitual poca disciplina y escasa dedicación, tuve una racha de éxitos académicos y hasta conseguí una Ayudantía en la cátedra de Contabilidad de

Costos. Por ende, alcancé una cierta independencia económica, al no necesitar sino en forma suplementaria los cheques mensuales que me enviaban los viejos.

Así como yo andaba tranquilo y reposado, el Pólvora Villarriestra andaba inquieto y nervioso. El pobre tipo estaba pasando las de Caín en sus cursos de Ingeniería Mecánica. Su habitual carácter explosivo se veía más que exacerbado, así que nos cuidábamos de no herir susceptibilidades con nuestras bromas y cargadas. La Misia, curiosa y entrometida como de costumbre, interrogaba vuelta a vuelta al Pólvora sobre la causa de su malestar espiritual. Incluso ofreció servirle para el desayuno, en lugar de café, un brebaje denominado "Esencia de las remotas arenas del Sahara", que ella había desarrollado científicamente y tenía propiedades astringentes del sistema nervioso, según aseguraba el Maestro Pete.

El Pólvora no era de los de andar comentando sobre sus desventuras y en particular evitaba deschavarse ante la Misia. Pero su hermano el Espanto era un verdadero "estómago resfriado", y se encargó de divulgar a diestra y siniestra, con sumo detalle, los problemas que atormentaban al Pólvora.

Pasaba que el riojano tenía un metejón de marca mayor con una estudiante de Letras llamada Amelia Insaurralde y apodada La Flaca - en algún momento quizás lo había sido, pero al tiempo de estos acontecimientos tenía unas curvas fenomenales.

La conocía de la peña "El Alto de la Lechuza", situada junto a una de las veredas elevadas de la calle 24 de Septiembre, cerca del puente del Central Córdoba. La Flaca y el Pólvora eran habitués de esta peña, donde concurrían muchos adeptos al folklore, en particular estudiantes universitarios.

El Pólvora deleitaba a la concurrencia de la peña con sus espectaculares zapateadas de malambo, que a veces eran de tal intensidad que - juraban algunos asistentes - "hacían temblar al puente ferroviario". Tenía un competidor con similares habilidades, pero de un estilo más suave y refinado: el santiagueñísimo Tigre Jáuregui. Este precedía sus malambos con algún verso criollo o con picantes cuentos de su provincia. El Pólvora era más ortodoxo, un verdadero purista del zapateo.

La Flaca Insaurrealde asistía sin falta cada semana al Alto, y su especialidad era cantar folklore norteño de un modo que recordaba a la popular Julia Elena Dávalos. Su voz dulzona y su aspecto felino causaban un tremendo impacto entre los muchachos, que la aplaudían a rabiar. El Pólvora y el Tigre eran por demás susceptibles a los encantos de esta niña, que les prodigaba sus guiños y sonrisas con coqueta picardía.

Nuestro compañero el Pólvora se había dejado poco tiempo atrás con su novia de La Rioja, al enterarse que le metía los cuernos con un jovencuelo estudiante secundario ("¡...ni siquiera ha terminado de emplumar, querido!", informaba en tono confidencial el Espanto), y estaba ansioso de iniciar una nueva relación afectiva. La magia de la Flaca lo tenía a mal traer y él efectuaba avance tras avance, pero sin mayores resultados. La Flaca hacía un jueguito sádico con los dos malambistas, mostrándose más amable un día con el Tigre y otro día con el Pólvora, y tenía a los pobres muchachos en ascuas.

El Tigre era más piola en su proceder y no se mostraba alterado "cuando le tocaba el turno" al Pólvora. Pero no podía resistir la tentación de hacerle algunas cargaditas leves al riojano. Con su pintoresca tonada santiagueña, el Tigre le decía cosas como:

- "Oye Polvorita, qué malambo más desssspelotado el de hoy... ¡pa'mí que andas tomando demasiadas copas del olvido, chango!"

- "¿Sabes que cuando bailabas hace un rato la Flaca no te daba cinco de pelota, concentrada en morfarse su milanesita y en mirar pasar los autos? No te rompass el esqueleto, querido, es al puro pedo..."

Las respuestas del Pólvora a estas mini-púas eran de poca palabra y menos humor, puteando por lo bajo y prodigando a su rival miradas asesinas.

Un sábado frío y lluvioso en que el público del Alto disfrutaba a conciencia del vino, las canciones, la danza y la tibieza del local, la Flaca se mostró notablemente parcial hacia el Tigre, ignorando por completo a nuestro héroe, que andaba echando chispas.

Para peor, el Pólvara observó que la Flaca tenía al santiagueño tomado de la manito, lo que era novedad. Sus celos eran manifiestos y los malambos delataban este sentimiento. Era obvio que no estaba concentrado en la danza: el ritmo no era el acertado, y los guitarristas acompañantes le decían por lo bajo "No te crucés, Pólvara, ¿que no ves que estai' bailando pa'l orto?" o "¡Prestá un poco más de atención, che riojano tazudo!"

No era la noche del Pólvara. La concurrencia, al ver su baile desmañado le prodigaba comentarios sardónicos. El Pólvara no era de aceptar bromas y mucho menos en esta oportunidad. En un momento dado, el Pólvara detuvo intempestivamente su danza, bajó del entarimado, se puso el gabán y abandonó el local, ignorando el "¡esperá un momento, macho!" de su pierna, el Rubito Velazco.

Durante varias semanas, el Pólvara no fue al Alto, quedándose solo en su habitación todas las noches mientras su hermano el Espanto se iba al bar del Gordo Arturo o en excursiones de sierveo, y en alguna rara ocasión a estudiar.

Para complicar más las cosas, llegaron a oídos del Pólvara rumores sobre el éxito del Tigre en sus amoríos con la Flaca. Contaban que se los veía abrazaditos en el cine Capitol, o paseándose por la Plaza Independencia algún domingo a la tarde, o cenando y bailando a la alta escuela en el Restaurante del Lago.

El Pólvara se mostraba cada día más desapacible y malhumorado. No nos dirigía la palabra a los compañeros de pensión y no salía ni estudiaba, limitándose a comer, apoliar e ir al baño. La Misia, en su actitud habitual de Niña de Ayohuma, trataba de darle consejos sentimentales y le sugería tomar sus pociones milagrosas ("le voy a hacer un precio especial, Polvorita, no se preocupe"). Todo era inútil, y el riojano no se abría para nada con ella, como lo habían hecho oportunamente el Tano Tollotti, el Pelado Sartori y otros seres torturados por el amor.

El Rubito Velazco, fiel amigo y compañero de estudios del Pólvara, venía a la pensión a menudo encerrándose a charlar largo y tendido con el malambista. Y regresaba a su casa luciendo un aire de desencanto. Pero un buen día, la charla se prolongó más de lo habitual, participando también el Espanto. Se juntaron a eso de las ocho de la noche y la siguieron meta y ponga hasta la madrugada, cuando se fueron a tomar un café en los aledaños de la Terminal de Ómnibus.

Desde entonces veíamos al Pólvora bastante más animado. La Misia le dedicó el bocadito "Corazón ensangrentado de los Llanos de La Rioja", que agredía el olfato como la zanja de un ingenio azucarero en plena zafra.

Los pensionistas estábamos a la expectativa de que el Espanto nos dijera qué carajo había cambiado en la vida de su hermano. Nuestras suposiciones apuntaban a una posible relación en ciernes, o a que le habrían pasado el cuento del fin del romance Flaca-Tigre.

El Pólvora andaba más locuaz pero no decía ni jota sobre su reciente aflicción sentimental. Salía ahora noche a noche en compañía del Rubito. Y sus conferencias tripartitas en la pensión seguían haciéndose en forma frecuente. Nos llamaba la atención que el Pólvora practicara zapateo durante horas y horas, lo que antes hacía muy de vez en cuando. Por fin el Chacho Abeledo se decidió a interpelar al Espanto, que había estado raramente mudo sobre los nuevos acontecimientos, y con un leve esfuerzo lo hizo "cantar".

Resulta que el Rubito había convencido al Pólvora de una estrategia que, según él, debía de dar resultado infalible: se trataba de desafiar al Tigre a un "duelo" de malambo en el Alto de la Lechuza. El riojano debería pulir su estilo y aprenderse algunos pasos espectaculares, con los que habría de humillar al Tigre, e impresionar de tal modo a la "prienda" que caería de inmediato en sus brazos.

Este desafío se haría el 9 de Julio, Día de la Independencia, cuando el Alto se llenaba más de lo habitual en un glorioso ambiente de fiesta. El marco sería ideal para esta malambeada, predisponiendo a la Flaca para ceder ante el golpe maestro del riojano.

El Pólvora reclutó un par de guitarristas y un "bombisto", que aparecían los domingos a la mañana por El Bocadito y practicaban con él. Era lindo escuchar a estos músicos y sentir el ritmo atronador del malambo del enamorado en sus prácticas a puertas cerradas.

Llegó por fin el 9 de Julio. El día era tibio y los espíritus estaban animados entre los pensionistas, que fuimos en grupo a mandarnos una churrasqueada en la Pensión Lilí, tradicional fonda de camioneros, legendarios conocedores de la buena

morfe. Decidimos seguir la farra a la noche en el Alto de la Lechuza, para presenciar el histórico desafío y hacerle hinchada al Pólvora.

El Alto estaba atestado de gente cuando llegué con un par de amigos. El vino, la cerveza y las empanadas contribuían a la alegría ambiente que se expresaba en brindis, risotadas, palmoteos y canciones picarescas.

La Flaca Insaurrealde, aún más despampanante que de costumbre, subió al entarimado y entonó varias zambas, acompañada por un negrito petiso que "descosía" la guitarra. Un joven anteojado de aspecto intelectual tomó posesión del piano dándole en forma a las chacareras, gatos y cuecas y estimulando a la concurrencia hasta el delirio.

A eso de las once de la noche hizo su aparición el Pólvora, vestido en blanco atuendo de gaucho, con poncho rojo, sombrero negro y un gigantesco cinturón. Lo seguían sus tres músicos, con los que se dirigió de inmediato al entarimado en medio del silencio expectante del público, impresionado con su espectacular entrada. Los guitarristas hicieron unos rasgueos con suave acompañamiento de bombo. El Tigre tenía a la Flaca reclinada sobre su hombro y le acariciaba tiernamente los cabellos.

El Pólvora miró fijo a la pareja y en tono decidido interpeló a su rival:

- "Tigre, hoy he venido a desafiarte. Aquí, delante de todo este gentío, en el Día de la Patria, voy a probar que yo soy el verdadero malambista y tú no eres más que un principiante..."

Dio un par de instrucciones en voz baja a sus músicos, que esbozaron un movido malambo mientras el Pólvora daba un par de fogosos taconazos. Interpeló otra vez al Tigre:

- "Vení p'aquí, maula, vení nomás que te'stoy esperando..."

La Flaca y el Tigre se miraron sonrientes, y éste, tras breve carraspeo, contestó a su rival con voz jovial:

- "Oíme changuito, con todo gusto te aceptaría el desafío, pero ayer me quebré una pata jugando al rugby en el Parque... mirá el yeso si no me creís..."

El Pólvora se puso pálido, sin saber como reaccionar ante la inesperada variante. La elaborada estrategia se le venía al suelo. Su metejón con la Flaca era arrollador y estaba dispuesto a hacer lo que fuera para conquistarla.

Elevando la voz, y con un acento gauchesco que no le conocíamos, le contestó al Tigre:

- "Ahijuna, caray, so cobarde... te enterastes de mi desafío y te me estás achicando. Qué te has creído, ¿que soy un paisano caído del catre, que me voy a tragar tu artimaña? Sacate el disfraz, mascarita, y venite a esta tarima si soí macho..."

El Tigre y la Flaca se desternillaban de risa y la concurrencia seguía los acontecimientos con curiosidad irónica. El santiagueño, haciendo un vano esfuerzo por mantenerse serio, le aseguró al Pólvora que no se estaba achicando ante el desafío sino que su lesión deportiva era bien real.

El pobre Pólvora se sentía un payaso, parado en el entarimado ante montones de espectadores que reían a carcajadas. Por último privó la sensatez en el riojano: pidió a sus músicos que lo acompañaran y zapateó el mejor malambo que se vio en el Alto de la Lechuza en mucho tiempo. Entre el sudor de su cara me pareció distinguir unas lágrimas corriendo, despacito.

Capítulo VIII - Las Estrellas de L'Etoile

El barrio Esquina Norte, jurisdicción y área de influencia de los pensionistas del Bocadito, era un sector sumamente animado de la ciudad. Coexistían en él un buen número de casas de comercio (almacenes, ferreterías, tiendas de mala y mediana muerte, bazares, farmacias, un mercadito), bares, restaurantes modestos, un par de clubes deportivos, casas de familia y varias pensiones estudiantiles.

En noches tibias o de calorcito agradable, y más que nada los viernes y sábados, grupos de jóvenes y montones de parejas se paseaban por la legendaria intersección de las Avenidas Juan B. Justo y Sarmiento. Los bares se llenaban de parroquianos - el del Gordo Arturo era el más popular, seguido de cerca por el Reinés, donde las mesas de billar estaban generalmente ocupadas con jóvenes generalmente desocupados.

Era un placer especial sentarme al anochecer en un banco bien ubicado de la plazoleta del mercadito, desde el que miraba con ojo crítico a los transeúntes y paladeaba con pereza la música que surgía, estridente, de los altavoces del vecino club de básquetbol. Y a veces solía merodear por la zona con uno o dos compañeros de pensión o con algún eventual pierna de estudio, durante uno de nuestros frecuentes paréntesis en la preparación de materias. Mi regreso al Bocadito era siempre precedido por una visita al bar Bellas Tucumanas, aunque más no fuera que para tomarme una cervecita helada y escuchar las últimas hazañas del Gordo Arturo.

Una colorida adición al barrio fue la apertura de una peluquería para damas, en la Avenida Sarmiento entre Balcarce y Monteagudo. En realidad, más que a la peluquería en sí, el colorido se debía a los propietarios. Desde su llegada al barrio, los afeminadísimos mendocinos Minqui y Pupe despertaron la curiosidad del vecindario y se convirtieron en blanco de comentarios picantes y de chismes irrepetibles.

Estos jóvenes peluqueros se "exiliaron" en Tucumán tras haber tenido problema tras problema en practicar su controversial estilo de vida en su provincia de origen.

Suponían que en la cosmopolita San Miguel de Tucumán podrían ejercer sus preferencias en un marco más permisivo, con menos restricciones.

Dieron a su peluquería el nombre de “L’Etoile de París”, que lucía rutilante en un letrero luminoso colocado sobre el reducido local. Al principio trabajaban allí tan sólo los dos tragasables, pero después de unas semanas la gran afluencia de clientes los llevó a tomar dos empleados.

En primer lugar contrataron a una joven de la zona, nuestra conocida María Dolores, o “Dolly” quien, tras un memorable baile en el Club Estudiantes, se había constituido en mi amiguita íntima. Fue por ella que me enteré de casos y cosas sobre L’Etoile y de anécdotas sobre sus singulares patrones.

Un día, mientras esperaba el ómnibus tempranito a la mañana para ir a la Facultad, vi barriendo la vereda de la peluquería a otro viejo conocido: el incomparable artista de cabaret y hombre-pero-no-fanático Joel de Barrameda. Yo no había vuelto a ver a este personaje desde aquel violento Social de Gala en El Bocadito, que había culminado con el arresto de su tráfuga amante, el Mago.

El Joel no me reconoció de entrada por haber sido mínimo nuestro trato anterior, pero pronto adoptó la verbosa sociabilidad que lo caracterizaba, informándome sobre su reciente contratación en L’Etoile de París - que pronunció en exagerado francés, “letual de paguíí”.

Con entonación afeminada, ferviente entusiasmo y atropellando sus palabras, me contó que:

- “... me convertí de Jilguero en Tijereta. Dejé el mundo de la canción para volcarme de lleno a mi nuevo rol de Asistente de Coiffeur”.

Lo felicité, deseándole buena suerte y cascadas de éxito en su flamante carrera profesional.

Era todo un espectáculo ver a Minqui y Pupe circular por el área de la Esquina Norte. Minqui, jovenzuelo moreno, delgado y menudito, se vestía llamativamente (blusa multicolor, pantalón bombé cortón y ajustado, zapatitos de charol, pañuelo al cuello) y caminaba a paso ligero y precipitado. Pupe era regordete, lucía una abundante cabellera oxigenada y tenía un cutis de colegiala, sonrosado y sin asomo

de vello facial. Solía usar unos insólitos blue-jeans de color calypso que le daban un aire de cow-girl algo descocada.

La manera de caminar de Pupe era objeto de jocosa imitación por parte de chicuelos de la zona: se asemejaba al gallardo desplazamiento de un torero en el ruedo. Cuando pasaba frente al bar del Gordo y otros lugares de concentración popular, despertaba comentarios sarcásticos, silbidos y cargadas en forma de piropo que él pretendía ignorar con expresión enfurruñada.

El negocio de L'Etoile era, a todas luces, sumamente próspero. Sus dueños poseían un sentido comercial por demás creativo y habían logrado incorporar a su mercado a todos los grupos socio-económicos. Cobraban altos precios por sus servicios, a excepción de los Jueves Populares, cuando abarataban las tarifas de tal modo que atraían a la clientela de menos recursos: la pequeña pero primorosa sala de espera hervía con sirvientas del barrio, como la Chata Felicia, la María Sopa, la Gorda Afrodita, la Renga Desirée y la voluptuosa Agujeritos, cuyo paso por la pensión los bocaditenses recordábamos entre sonrisas y erecciones. Los sábados abrían bien temprano, trabajando a lleno completo hasta el anochecer con "clientas de rancia alcurnia y noble cuna", como enfatizaban los peluqueros.

Según la Dolly, a pesar de sus sólidos ingresos Minqui y Pupe andaban casi siempre cortados, ya que invertían un dineral en sus hombres. Por ejemplo, un conocido y croniquísimo alumno de la Facultad de Derecho, el Colorado Gordillo, financiaba sus estudios prestando sus exquisitos favores a los peluqueros. Este Colorado era un busca de primera magnitud, además de timbero consumado, calavera a ultranza y fiel devoto de la dulce vida.

Una anécdota de Gordillo lo pinta de cuerpo entero. Durante una época se había dedicado a vender rifas a pasajeros de ómnibus urbanos. En plena hora pico, cuando cerraba el comercio y regresaban a su casa los empleados de Gobierno, el Colorado se trepaba a un ómnibus, escurriéndose sinuoso entre la multitud y desafiando la ira y los insultos del exhausto chófer-boletero. Ofrecía a voz en cuello sus espectaculares rifas usando terminología grandilocuente.

Una vuelta fui a visitar a un amigo que vivía en la Avenida Mate de Luna, cerca de la Cruz, y este Colorado se metió en el ómnibus. Era un mediodía caluroso y los

pasajeros íbamos aglomerados, transpirando profusamente y aguantando posiciones incómodas y hedores varios. El Colorado, que lucía un extraño par de anteojos oscuros, una camisa de color inenarrable y un raído pantalón de corderoy, invocó la atención de los presentes usando un tono entre entusiasta y lastimero:

- "Por favor señores pasajeros, ayuden a este pobre estudiante que no tiene un centavo para comer... ¡y al mismo tiempo, participen en la fabulosa rifa que organiza el Centro de Residentes Neuquinos, donde podrán ganar un automóvil imporrtrrado último modelo, un viaje con todddddo pago a las Islas Canarias, o un deparrrrrtamento amueblado a todo lujo en el mismísimo centro de Mar del Plata!"

Varios de los pasajeros sucumbimos al poder de persuasión del Colorado y le compramos algunos números. Y bueno, resultó ser que esta rifa era una patraña: el mencionado Centro organizador ni siquiera existía. El Colorado hacía imprimir los números en papel ordinario, prometiendo fabulosos premios y mencionando misteriosas entidades patrocinadoras. Cierta vez, un estafado comprador lo enfrentó en calle muñecas, frente al comedor universitario. Tras darle una puteada de marca mayor le propinó un puñetazo y lo amenazó con romperle la crisma si lo volvía a encontrar vendiendo rifas. Y fue entonces que Gordillo decidió cambiar de carrera, dedicándose exclusivamente a vivir de maricas varios.

Amén del Colorado, Minqui y Pupe financiaban a otros amantes-buscas. Pese a tener hombres al por mayor, los mendocinos no escatimaban esfuerzos para conquistar al Gordo Arturo, del que estaban tiernamente prendados. Por supuesto, habían oído hablar de los ponderados atributos del Gordo, y una mezcla de curiosidad y lujuriosa ambición los motivaba a perseguirlo día y noche.

Los peluqueros iban a menudo al bar, mostrándose exageradamente amistosos con su propietario, a quien miraban con más apetito que al loco de ocote o a los chorizos criollos. No le sacaban los ensoñadores ojos de encima. Era obvio que el pobre Arturo se sentía de lo más incómodo, en particular ante las consecuentes cargadas de sus parroquianos:

- "¡Felicitaciones, Gordo, qué exitazo! Si parecés galán de fotonovela..."

- “No te conocía esas aficiones - para mí que tus historias de mujeres son puro cuento y sierveás pa' guardar las apariencias ...y por razones de prestigio”

A decir verdad, pese a los anzuelos que le tendían los mendocinos, el Gordo se mantenía incólume, irreductible. Los peluqueros, cansados de tantos lances, terminaron por abandonar su empresa dedicándose a cazar víctimas menos complicadas. Con el Penecilina, la cosa fue a la inversa - medio Tucumán sabía que era visitado vuelta a vuelta por los gonococos, por lo que Minqui y Pupe jamás quisieron agarrar viaje con este personaje, ignorando olímpicamente sus avances.

Yo aparecía de vez en cuando por L'Etoile cerca de la hora del cierre a buscar a Dolly para dar un paseíto por ahí, tomarnos un helado - y luego, bueno... Cada vez que los dos maricas y su asistente el Joel me veían, se acercaban a conversar conmigo, haciendo invariablemente comentarios sobre mi relación con Dolly:

- “¡Y para cuando los confites, buenmozo... no deje de invitarnos al casorio! ¿No quiere que sea su padrino ...o su madrina?”

- “¡Ay, pero que pareja más linda... bello él, bella ella...!”

- “¡Esta Dolly me hace poner celoso celoso celoso - que gusto tan exquisito que tieeeeene...!”

Como estos desvergonzados hacían sus exclamaciones a plena voz delante de sus clientas, provocando su risa, creaban situaciones por demás embarazosas - así que mi natural timidez me llevó a evitar los encuentros con Dolly en su lugar de trabajo.

La desordenada y viciosa vida de Minqui y Pupe los hizo meterse en situaciones difíciles en múltiples oportunidades. Fueron a veces detenidos por la policía en el contexto de orgiásticas fiestongas en Horco Molle, Yerba Buena, la Banda del Río Salí, Dique el Cadillal, y hasta en algún departamento céntrico. Al ser Dolly confidente de estos muchachos pudo enterarse de detalles diversos sobre las fiestas negras, de los que a su vez me hacía receptor.

Cierta vez, un conocido y vetusto maricón realizó una velada en su amplio chalet, donde vivía solo pero recibiendo a frecuentes visitantes. Asistió la crema de los marchatrases de Tucumán, así como un núcleo de sus amigos y mantenidos. En total habrían unos cincuenta invitados que comían, bebían, bailaban, etc. etc.,

celebrando el “matrimonio” del Colorado Gordillo con el Alcachofa Rébora, un marica rubicundo, gordísimo y entrado en años - pero podrido en guita, razón de sobra para su conquista del Colorado.

En el curso de la fiesta se realizó un show artístico con la actuación estelar de Joel de Barrameda, que atormentó a la audiencia con “íntimas canciones para el corazón y sonos melodiosos del Caribe para el romance”, según lo presentara el maestro de ceremonias Pupe. Minqui hizo una exhibición de zapateo americano, ataviado con smoking negro con solapas de terciopelo, camisa inundada de encajes, corbata de moño roja, botitas a media pierna y... nada más. El Negro Butifarra - colega del Colorado y Busca Emérito del Norte Argentino - cerró el espectáculo imitando a célebres personajes de la política, el cine y el ambiente homosexual, en medio del entusiasta aplauso de la concurrencia. Como broche de oro, entre las risotadas del público, adoptó una expresión mariconamente severa y con voz de mezzosoprano histérica dijo:

-“¡Prohibo terrrrminantemente que me toquen el culo...!”

A medianoche, Pupe invitó a los agasajados a bailar el “vals de los novios”. Pero el Alcachofa y el Colorado insistieron en romper con la tradición, pidiendo bailar en cambio un movido mambo. El disc-jockey accedió y puso el disco “Patricia mía”, versión de Dámaso Pérez Prado, y nuestra enamorada parejita danzó y danzó mientras el público vitoreaba y palmoteaba fascinado. El Alcachofa agitaba su enorme barriga y su inmenso trasero, poniendo los ojos en blanco y tirando besitos al aire. El Colorado se desplazaba suave y canchero en puntitas de pie, siguiendo con sutileza el compás.

El mambo de los recién casados impulsó a un buen grupo de parejas a participar de la fogosa danza, y el nivel escandaloso de la fiesta fue aumentando gradualmente. El disc-jockey, con gran sentido de la oportunidad, llevó el volumen de la música al máximo que le permitía su amplificador y eligió discos de ritmo más y más dinámico.

El dueño de casa encendió unas velas y apagó las luces, dando un ambiente fantasmagórico a la bacanal. El Negro Butifarra y su pareja, Curruquito del Solar (bailarín flamenco de cabaret), ocuparon el centro de la pista y procedieron a girar

alocadamente mientras se quitaban las ropas. El ejemplo cundió, y al cabo de pocos minutos todo el mundo estaba en rigurosas pelotas. Eran casi las dos de la madrugada y el ambiente había cobrado inusitada animación. Algunos circunstantes estaban alcoholizados, y las pocas barreras que podrían haber existido al principio fueron derribadas sin más ni más.

El escándalo y la naturaleza orgiástica de la reunión se acentuaban minuto a minuto. Varios asistentes salieron a la calle en ropa de Adán, siguiendo allí con su arrebatado baile y sus canciones picantes. El dueño de casa trató infructuosamente de devolver a la fiesta su carácter íntimo y discreto, pero ya era tarde. A todo esto, los vecinos se asomaron a sus ventanas a contemplar divertidos este carnaval, aunque algunos, poco tolerantes, pidieron a los maricas que pusieran punto final al asunto. Por último, llegó la policía y cargó en un camión celular a cada uno de los fiesteros - novios y todo.

El Jefe de Policía provincial era en esa época un incansable paladín de la moralidad pública que estaba librando denodadas luchas contra la prostitución, los juegos de azar y otros vicios sociales. Mantuvo a los maricones de la boda detenidos en la Comisaría Segunda por varios días, martirizándolos con sabios sermones. Antes de dejarlos en libertad, ordenó que raparan a todos. Uno de los diarios publicó la foto de los homosexuales exhibiendo sus flamantes y brillosas peladas, así como burlonas sonrisas desafiantes.

Cuando L'Etoile reabrió, tras la breve pero comentada prisión de sus factótums, tanto Minqui y Pupe como el Joel lucían vistosas pelucas de tonalidades poco ortodoxas.

El final de la pintoresca peluquería de damas se produjo como consecuencia de un incendio nocturno causado por el descuido de uno de los coiffeurs, que olvidó apagar un secador de cabello. Los mendocinos reabrieron su negocio en un nuevo local, pero en otro sector de la ciudad, bastante alejado de la Esquina Norte.

Y nuestro barrio perdió entonces un poquito de su encanto.

Capítulo IX - Motín en el Bastión de la Gorda

Verano en Tucumán. Mucho calor, calor pegajoso a toda hora. Y montones de lluvia: para peor, en nuestra Esquina Norte las calles se inundaban en un abrir y cerrar de ojos. A veces salía por la mañana en un día de sol radiante y, al regresar al Bocado un rato después, debía arremangarme los pantalones para cruzar de vereda a vereda.

Ahora bien, el verano tucumano tenía también sus cosas lindas para la muchachada de la pensión. Por supuesto, debíamos tragar y desvelarnos para los temibles exámenes de Marzo. Pero endulzábamos la vida mandándonos un picnic con minas, cerveza y sandía en San Javier o en La Aguadita. O nos íbamos de levante a los populares bailes de Carnaval en clubes de barrio, como Asociación Mitre, Belgrano o Estudiantes.

Luego de una breve vacación en Salta, en casa de mis viejos, regresé al Bocado a principios de Febrero de 1964 dispuesto a preparar Derecho Laboral - materia que, como las demás del ciclo jurídico de la carrera de Contador, me resultaba embolante y odiosa - y a agotar todo recurso que me permitiera aprobarla en la primera vuelta.

Decidí esta vez buscarme un pierna de estudio, de preferencia uno de esos traguitas conocidos en la Facultad por su voluntad de hierro y consecuente buen desempeño estudiantil. Tras múltiples averiguaciones, localicé el candidato ideal que, gracias al Altísimo, aceptó reunirse a preparar la materia conmigo.

Se trataba ni mas ni menos que de "Chupitegui" Porcone, renombrado ratón de biblioteca que estaba aprobando entre siete y ocho materias al año, con altas calificaciones. Este Chupitegui, así apodado por su increíble parecido con ese personaje de historietas de la revista Patoruzú (delgado, paliducho, petisón, con anteojos mínimos de un desmesurado aumento), se dedicaba, según las malas lenguas, pura y exclusivamente al estudio: corría el rumor de que no iba al cine ni a fiestas ni a bailes, manteniendo casi una vida de ermitaño.

Nardo María Porcone provenía de la ciudad de Rosario de la Frontera, provincia de Salta, y se alojaba en una pensión tristemente conocida en los medios

estudiantiles como “El Bastión de la Gorda”. Esta famosa residencia estaba ubicada en calle San Lorenzo, a la vuelta de la Casa Histórica. Y de por sí era también una casa histórica, tanto por su antigüedad como por las leyendas que alrededor de ella se habían tejido.

Tras encontrarnos en la biblioteca de la Facultad y sacar en préstamo algunos libros de texto, nos pusimos de acuerdo sobre horarios y metodología de la preparación de Laboral. Acordamos estudiar un día en su pensión y al día siguiente en El Bocado, siempre por períodos de siete horas empezando a las ocho y media de la mañana.

Haciendo un gran esfuerzo para vencer mi habitual pereza, el primer día de nuestras reuniones me levanté tempranito, tomé un café con leche y me dirigí al Bastión, llegando media hora antes de lo convenido. Lo hice ex-profeso, para impresionar de entrada a Chupitegui.

El aspecto exterior del Bastión era a la vez imponente y deprimente. En algún momento tal vez fue una mansión elegante - había sido construida a fines del siglo XIX para residencia de una de esas familias tucumanas de dos o tres apellidos, pioneras de la industria azucarera. Pero ahora se encontraba en franco estado de deterioro. Faltaban en su frente grandes trozos de revoque, y las puertas y ventanas pedían a gritos una buena mano de pintura.

Me paré, decidido, frente al gigantesco portal y di un entusiasta par de aldabonazos. Tras esperar unos minutos volví a insistir, y al cabo de un momento me atendió un mocito de pinta deplorable que empuñaba un desplumado plumero y vestía un guardapolvo gris, sucio y raído. En voz excesivamente baja y tras observarme con obvia desconfianza, me preguntó si buscaba a alguien. Indiqué tener cita con el joven Porcone. Me hizo entonces pasar al zaguán, donde esperé un buen rato hasta que apareció Chupitegui con la pelambre en desorden, un cepillo de dientes en la mano y luciendo pijamas y un desmesurado par de chancletas. Nervioso y vacilante, me dijo que en lo sucesivo, si quedábamos de acuerdo en encontrarnos a las ocho y media, no debería adelantarme. Esto me sorprendió, pero la explicación no tardó en concretarse.

Luego de un instante hizo su majestuosa entrada la célebre Gorda, propietaria y mandamás del no menos célebre Bastión. Su aspecto era impresionante por lo desagradable. Tendría unos sesenta años mal llevados, cabello desprolijo y entrecano, obesidad excesiva y abundante vello facial - para decirlo en criollo y sin vueltas: barba y bigote.

Sin siquiera darnos los buenos días, enfrentó a Chupitegui y en un vozarrón digno de matón del Abasto, al tiempo que le empapaba la cara con una tormenta de gotitas de saliva, le dijo:

- “Pero habrás visto semejante atrevimiento... ¿Es que no conoce o se olvidó de las reglas de esta residencia? ¿Qué cornos es eso de traer visitantes en horas de la madrugada, alterando mi descanso y el de sus compañeros? Y, después de todo, ¿quién es este señorito? ¿Por qué no me pidió el debido permiso para hacerlo entrar? ¡A usted le consta que yo soy la guardiana de la seguridad, de la moralidad y de la reputación de esta casa!”

El pobrecito Chupitegui se puso colorado y, cabizbajo, masculló algo que no oí pero que supuse sería un humilde pedido de disculpas. La Gorda me ordenó con aparatosos gestos abandonar de inmediato la pensión y regresar recién después de las ocho y media - no tuve más remedio que pegar la media vuelta y mandarme a mudar.

Con el ánimo alterado y la voluntad de estudiar hecha trizas, pasé ese día preparando la primera bolilla del programa con Chupitegui. Antes de regresar al Bocadito lo invité a tomar un café en un bar cercano, donde conseguí a duras penas derrotar su tímida reserva y hacer que me contara algunos detalles sobre la vida en El Bastión.

Se alojaban en tal residencia doce estudiantes, en su mayoría provenientes del interior de la provincia. Eran una pusilánime manga de nenes de mamá, cuyos padres los habían metido por la fuerza en El Bastión. La Gorda administraba y regía con puño de hierro, mientras que las tareas domésticas estaban en su mayor parte a cargo de un criadito-esclavo, de esos “bajados del cerro a ponchazos”, que respondía al apodo de Bubulucho. Este muchachito era una mezcla de tontulo e ignorante y por ahí tartamudeaba. Desde temprano estaba abocado a sus labores de

limpieza y ayudante de cocina de la Gorda. Según los comentarios de Chupitegui y mi verificación posterior, la comida en El Bastión era tan mala como la del Bocadito - y para peor la Gorda no tenía ni remotamente la creatividad culinaria de Misia Tita.

Una de las características de la morfe en El Bastión era su increíble monotonía. En efecto, todos, absolutamente todos los días, el almuerzo constaba de un magro puchero, ensalada de hojas de lechuga de aspecto aberrante y una sopa en la que a duras penas se podían rastrear algunas legumbres y donde era más fácil encontrar pelos que fideos. El desayuno consistía en una taza de café aguado y amargo, acompañado de una tostada y media sin manteca. Y la cena era la sopa del mediodía más un bife pequeño y duro, y un desabrido guiso de papas.

Se exigía como condición a los huéspedes del Bastión el contratar alojamiento y comida, por lo que no tenían la posibilidad de recurrir al Comedor Universitario o a alguna fonda económica y debían aguantar sin más ni más los atroces menús de la Gorda.

Por lo demás, la vida en El Bastión era cien por ciento regimentada: no se permitían actividades pasadas las once de la noche, cuando todos debían estar ya en cama - la Gorda hacía sonar un agudo silbato a esa hora, anunciando el "toque de queda". Ni siquiera en vísperas de examen la Gorda autorizaba luces encendidas luego del pitazo. Se permitía recibir visitas estrictamente entre ocho y media de la mañana y ocho y media de la noche. No se aceptaban visitantes del "sexo opuesto" - ni aún si fueran compañeras de Facultad que vinieran a hablar de estudios con algún pensionista.

De no haber sido por la insistencia de Chupitegui, hubiera preferido de ahí en más estudiar en El Bocadito, en la biblioteca de la Facultad o en cualquier otro lugar que no fuera el horripilante Bastión. Pero el arreglo era sagrado: debíamos estudiar allí día por medio - y para mí lo importante era la influencia del Chupi sobre mi tenue voluntad, cosa de dejarme de joder y aprobar Derecho Laboral de una buena vez.

Mis reuniones con Porcone consistían casi exclusivamente en nuestra lectura mutua de libros de texto y en la revisión de apuntes de clase - los de Chupitegui

eran una maravilla de prolijidad y parecía no faltar en ellos ni una palabra del profesor.

A veces interrumpíamos nuestra rutina por unos minutos para ir al mohoso baño o a charlar un rato con huéspedes diversos. Tuve así el gusto de conocer a personajes como Tarzán Villanueva, un flaquito mínimo - casi raquítrico - de Villa Alberdi, estudiante de Odontología; a Miguel Angel Argüello, un tipo de Acheral gordo, feo, desgarbado y granudo, y poseedor de una inercia tal que justificaba su sobrenombre de "El Pibe Velocidad" - estudiaba nada menos que Física Nuclear; el Petiso Fusilli, alumno de Arquitectura delicado al extremo, procedente de "los suburbios del Gran Monteros", según decía; y la estrella del Bastión - Luisito Lamarque, estudiante de Bellas Artes (pude admirar algunas de sus pinturas, que no tenían un carajo de bellas ni de artísticas) y físico-culturista, que contaba con cierta influencia sobre el resto de los pensionistas por alguna oscura razón que preferí no averiguar.

De acuerdo a lo que contaban los bastionenses durante nuestros breves parloteos, sus pocas diversiones consistían en ocasionales juego de naipes, o en ir a algún bar de las cercanías a tomar una naranjada, o en leer revistas que les enviaban los viejos tales como Intervalo, Patoruzito e incluso el infantil Billiken. Ah, y los domingos por la mañana la Gorda organizaba la Actividad Recreativa de la Semana - una carrera de embolsados o cosas por el estilo, cuyo premio era un paquete de pastillas de menta, o un pan con grasa untado con manteca medio rancia, o una tacita extra de café, o un viejo y ajado ejemplar de la revista Vosotras (la predilecta del Petiso Fusilli).

La rutina de esta gente era, sin lugar a dudas, patética y al comparar nuestras respectivas experiencias me alegraba de ser bocaditense - corríamos la liebre en forma, pero al menos gozábamos de libertad y de días quizás demasiado excitantes.

Solía divertir a mis compañeros del Bocadito relatándoles mis observaciones sobre la vida en El Bastión. La Gorda se había convertido en odiada celebridad — y sus huéspedes contaban con nuestra conmiseración y lástima. Quien se tomaba más a pecho mis narraciones era el Pólvora Villarriestra, quijotesco por naturaleza y hombre de impulsos violentos.

Este riojano me pedía con insistencia que lo llevara al Bastión con alguna excusa, cosa de comprobar con sus propios ojos lo que allí acontecía. Conociendo a la Gorda y para evitar su ira tempestuosa, debía yo inventar miles de pretextos para impedir la visita del Pólvara. Pero un día me agarró con la guardia baja y logró convencerme.

Una mañana de lluvia atroz llegué con Villarriestra al Bastión, a las ocho y media reglamentaria. El Pólvara se había puesto un cinturón con gigantesca hebilla de bronce que mostraba la efigie de Facundo Quiroga, el Tigre de los Llanos - su comprovinciano e ídolo histórico - y un par de ruidosas botas marrones. Llevaba su habitual melena larga en cierto desarreglo y había adoptado un estudiado gesto desafiante. Su mirada furibunda y sus bigotazos negros inspiraban, si no temor y respeto, al menos cierta incomodidad.

Yo le había advertido:

- "Portate bien, carajo, y no me hagás pasar pavura con esa gente. Para mí lo prioritario es aprobar Derecho Laboral y si llego a perder la ayuda de Chupitegui, estoy frito..."

Con tono poco convincente, me contestó:

- "No te aflijás, salteñito cagón: este riojano es un tipo prudente y sabe muy pero muy bien lo que hace".

Luego de unos minutos de conversar con Chupitegui en su habitación, la infame Gorda entró cual torbellino. Enfrentó sin remilgos al Pólvara, y, descortés y ruda, le preguntó quién era y qué demonios hacía allí. El Pólvara la miró de arriba abajo en silencio durante un espacio de tiempo que me pareció un siglo, y le contestó secamente: "qué le importa".

La Gorda se infló como escuerzo en celo y, con voz estentórea, al tiempo que Chupitegui retrocedía avergonzado, le dijo:

- "Señor, usted se me retira de aquí ya mismo. Aquí mando yo, y no tolero insolencias".

Mientras tanto y atraídos por el despelote, se habían hecho presentes en la puerta del cuarto varios de los pensionistas, que contemplaban azorados al rebelde Pólvara. Se destacaba entre ellos, por su medio torso descubierto de físico exuberante y vellosidad boscosa, el tal Luisito Lamarque.

Al dirigirse al Pólvara, la Gorda le mojó la cara con su característico rocío de saliva, que el riojano se limpió como al descuido con el revés de la mano mientras la contemplaba sin amedrentarse. Por supuesto, ignoró la orden de abandonar el local y se recostó en la cama del atemorizado Chupitegui mientras mantenía su firme mirada clavada en los ojos de la mujer.

La repugnante patrona dio un puñetazo en la mesa de Chupitegui, haciendo saltar libros y cuadernos y una taza que cayó al suelo quebrándose ruidosamente. La atmósfera estaba cargada de singular violencia. Mi natural pasividad comenzó a alterarse; la fogosidad del Pólvara, su magnetismo de líder natural, ejercieron también su efecto sobre los pusilánimes pensionistas que se habían apelotonado en el cuarto de Porcone.

Luisito Lamarque enfrentó de repente a la Gorda y en voz calma pero decidida le dijo que los pensionistas estaban hartos de su tiranía, y que no le tenían ya temor alguno. La Gorda miraba en todas direcciones, totalmente desorientada por esta rebelión. Varios de los bastionenses, en débil voz, esbozaron también sus quejas mientras se aproximaban a la patrona, que quedó rodeada por un círculo de subversivos.

La mujerota apeló a su único aliado posible, llamándolo a grito pelado:

- “¡Bubuluuuuchoooo, venga para aquí, ya, ya, ya, de inmediato ...y traiga lo que usted sabe!”

El ridículo criadito se hizo presente, empuñando amenazante su desvaído plumero. La Gorda le ordenó que la ayudara a sacar de allí a “esta manga de mocosos rebeldes”, lo que dio motivo a una carcajada general iniciada por el Pólvara. Luisito Lamarque empujó levemente al Bubulucho, que trastabilló confundido y se mandó a mudar. Tarzán Villanueva cerró de un golpe la puerta del

cuarto. Se hizo el silencio, y la Gorda trastocó su habitual actitud prepotente por un patético rictus de frustración y desconcierto.

Luisito la increpó, mientras la sacudía con total desparpajo:

- “Señora, hoy, ya y para siempre se ha acabado su dictadura. De ahora en más ésta será una pensión normal, sin sus imposiciones absurdas y su disciplina enfermiza. ¡Le exigimos una firme promesa de que así será!”

La Gorda permanecía vacilante, mirando de izquierda a derecha, de abajo hacia arriba, sin decir palabra. El Pólvora se le aproximaba, respirando ruidosamente, aletas nasales vibrando, cara enrojecida, con manifiesto talante agresivo. Sus pasos reverberaban en la habitación, acentuando más y más la tensión ambiente.

Chupitegui, cosa increíble, se había contagiado de la actitud general de los amotinados y, agitando teatralmente los puños, miraba a la amedrentada patrona con ferocidad a través de sus lentes culo i' sifón.

El Petiso Fusilli forzaba cierta masculinidad en su vocecita maricona y, golpeando rítmicamente el piso con sus pies descalzos, decía:

- “Pero señora... se acabó... no se da cuenta, dése por vencida, sino lo va a lamentar. ¡No se imagina lo que le pueden hacer estos machotes bestiales...!”

Por fin la Gorda bajó la cabeza y, en un poco característico murmullo, esbozó un toque de humor histórico, usando la famosa frase del Virrey Cisneros durante la Revolución de Mayo de 1810:

- “...ya que el pueblo no me quiere y el ejército me abandona...”

Y de ahí en adelante, la vida en el Bastión cambió en forma radical. Gracias al pintoresco Pólvora, los hasta entonces oprimidos pensionistas gozaron de una democrática libertad y de una comida más pasable.

De paso: rendí Laboral en el primer turno de Marzo, me tocaron las bolillas cinco y seis ...y aprobé con siete.

Capítulo X - La Leyenda del Cobrador y el Fugitivo

Las relaciones conyugales entre la Misia y el Maestro Pete estaban atravesando por un período de tensión. Había con frecuencia una frialdad entre ellos que no pasaba desapercibida para los pensionistas. De vez en cuando se producían reyertas de dormitorio que alteraban la calma nocturna y que a la vez provocaban la curiosidad de los bocaditenses, ansiosos de ser testigos de la atmósfera de escándalo - que era luego inflada y coloreada con el chimento y el rumor.

El Espanto Villarriestra era el campeón de los lenguaraces de la pensión, por lo que lo apodamos "María Gaceta", en honor al diario matutino tucumano. Para él, la colisión Misia-Maestro era el acontecimiento del año y vivía pendiente de la misma, elaborando sus propias teorías y pronósticos que compartía generosamente con quien se cruzara en su camino con un oído ávido o al menos tolerante.

- "Viejo, anoche los patrones se pasaron... vos me conocés, yo soy un tipo más o menos liberado, pero juro por los chiches de tu prima que me da vergoña repetir lo que dijeron..."

- "Tengo la leve impresión que el Maestro le anda arrastrando el ala a la Chata Felicia - vos sabés, sobre gustos no hay nada escrito. Y es por eso que la Misia anda que echa chispas y con carita de celos".

- "Pero, por otra parte, hay un desacuerdo de fondo en la estrategia de conducción de la Pensión El Bocadito... una profunda divergencia filosófica ¿capichás?"

- "Me corto las que te dije que en un par de meses este matrimonio será cosa del pasado... ¿querés apostar algo, profe?"

A veces la Misia se abocaba a la preparación concienzuda de pociones mágicas que ella misma consumía - y que sospechábamos también agregaba, a escondidas, a la sopa o al café del Maestro. En las proximidades de la cocina podían detectarse aromas extraños, que por lo general constituían un insulto para el olfato. La Misia había resucitado sustancias varias sobrantes de la época de oro del negocio curanderístico, así como un número de velas y de retratos místicos que había

heredado de su ex socia y comadre Mademoiselle Efluvios. Uno de los huéspedes comentó cierta vez en tono misterioso:

- "¡No sé porqué me parece que nuestra querida patrona va a salir en cualquier momento volando en una escoba!"

Ambos miembros de la conflictuada pareja mantenían una lóbrega capa de silencio sobre la situación, para explicar la cual nos veíamos limitados a la conjetura y la observación paciente e inquisitiva.

Fue en esos días negros que se agregó a las huestes del Bocadito una nueva "adquisición": procedente de Corrientes, un metro cuarenta de estatura, narigón, chueco, esmirriado y enclenque, hizo su entrada en nuestras vidas el inigualable Boris Kififa.

Mi primer contacto con este personaje se produjo una noche fría del mes de Junio, cuando estaba tratando de concentrarme con limitado éxito en la preparación de Economía II, materia en la que ya me habían metido un par de gomas. Entre bostezos, suspiros de frustración y traguitos de aguardiente procuraba memorizar algunas oscuras definiciones sobre componentes de la Balanza de Pagos, cuando se abrió repentinamente la puerta de mi cuarto.

- "Buenas noches, permítame que me presente. Soy Boris Kififa: puede llamarme Señor Kififa, Caballero Kififa, Mister Kififa o Don Boris, como le plazca. Me pongo a sus órdenes para lo que mande. ¿No le hace frío? Pero si esta pieza parece una heladera... ¿Para qué carajo tiene la estufa? No lo voy a desairar si me convida una copita de aguardiente, es una de mis bebidas predilectas ...y mire que en lo que respecta a tragos soy todo un conocedor. ¿Fuma? Pero qué bien... Permítame que le colée un cigarrillo. O dos. O mejor dicho tres, uno para mí y otro para cada oreja. Gracias desde ya, es usted un filántropo. Oiga... pero que es eso de estudiar a estas horas de la noche, nada menos que en día sábado. Acompáñeme a comer un sanguchito. Eso sí ...me va a tener que prestar unos mangos porque, se lo digo con la mayor reserva, estoy al borde mismo de la bancarrota".

Una vez repuesto de este bombardeo inicial que me dejó mudo por un instante, cumplí con las requisiciones alcohólico-tabacales de Boris. Pero me excusé de

acompañarlo a comer el financiado sanguchito, aduciendo la proximidad de un examen.

Al día siguiente, me despertó un vozarrón atronador que decía cositas como:

- "¡Pague, so hijo de puta, pague o le vamos a quitar el auto, le vamos a incendiar la casa, nos violaremos a su mujer y sodomizaremos a todas y cada una de sus hijas. Y en una de esas le vamo' a pegar una soberana cagada. Pague, infeliz del carajo. Y más vale que se apure porque mi pandilla le tiene hambre. Por si no me oyó, se lo repito: ham-bre!"

Semidormido, me asomé a la puerta de la habitación y con gran sorpresa constaté que el vozarrón pertenecía nada menos que al microbio de Boris, que estaba sentado en uno de los maltrechos sillones del hall y empuñaba y sacudía el teléfono al tiempo que hacía rápidas anotaciones en un cuaderno. Su semblante se veía enrojecido y sudoroso, y sus ojos parecían a punto de desorbitarse. A medida que progresaba la conversación telefónica, aumentaban tanto el volumen de su voz como el calibre de sus insultos, que se volvían irreproducibles. Echando una mirada hacia el fondo de la casa vi a otros pensionistas que, desde la puerta de sus cuartos, observaban este inusitado y temprano acontecimiento.

Boris ignoraba a los asombrados espectadores y proseguía con sus alaridos y sus espeluznantes amenazas. Tras unos minutos colgó el teléfono, se pasó despaciosamente un peine por los alborotados cabellos rojizos, se acomodó la corbata con prolijidad y recuperó el color normal de su cara. Esbozó entonces una amistosa sonrisa, guiñó un ojo, saludó a los anonadados pensionistas con un "...que tal muchachos, lindo día, ¿no?", y se dirigió con paso suelto hacia la calle.

De ahí en más, Boris Kififa se convirtió en el centro de atención de los bocaditenses, que dejamos por un tiempo de chismorrear sobre el affaire Misia vs. Maestro.

Tras la cena, los pensionistas acostumbábamos a reunirnos en una de las habitaciones para tomar un cafecito y charlar de bueyes perdidos. Desde la llegada de Boris, estas conversaciones se centraron en hipótesis y presunciones sobre su persona y actividades. Su extraña sociabilidad era un catalizador para nuestra

curiosidad: a pesar de lo parlanchín y entrador que era, raramente hacía comentarios sobre su propia vida y milagros - pero trataba de averiguar lo que podía sobre cada uno de nosotros.

Poco a poco habíamos ido armando el rompecabezas, en gran medida gracias a los chismes que nos pasaba el Mecha, y a nuestra propia cosecha de datos.

Boris era teóricamente estudiante de Derecho, si bien pocas veces hacía acto de presencia en su Facultad y no rendía materias desde tiempo inmemorial. Tenía unos cuarenta y tantos años, y estaba registrado en la Universidad de Tucumán desde hacían veinte o más. Por su extraordinaria cronicidad, sus amigos le endilgaron el sobrenombre de "Rector Paralelo".

Había residido en un montón de pensiones, inquilinatos y conventillos de la ciudad. La calidad de su alojamiento dependía de los ingresos que derivaba de sus variadas y exóticas ocupaciones. En un momento u otro había sido jockey en el hipódromo provincial, vendedor de billetes de lotería frente al Bar Colón, portero de un tétrico edificio de departamentos, agente de artistas de cabaret, mozo de un vetusto bodegón del Bajo, cadete de una zapatería céntrica, aprendiz de tornero en un taller de Villa 9 de Julio, vendedor callejero de baratijas inútiles (con viborita alrededor del cuello y todo), payaso de circo de mala muerte, e inspector de aguas servidas. Y hasta hizo un breve intento de ganarse la vida como cafishio, especializándose en "damas de edad madura y experiencia incuestionable".

Al tiempo de llegar al Bocadito, tenía una agencia de cobranzas con un grupo de lúmpenes y matoncillos suburbanos. Su especialidad era el cobro de deudas de juego y de préstamos de usureros menores. Además de ser eminencia gris y administrador de la agencia, Boris empleaba su talento actoral así como su voz estremecedora y su extenso pero poco refinado vocabulario en atemorizar por teléfono a los deudores de sus clientes.

Vuelta a vuelta venían a visitarlo en la pensión algunos de sus asociados, que constituían una verdadera Corte de los Milagros. Boris había hecho un sinnúmero de valiosas amistades en el submundo tucumano, por lo que pudo reclutar sin dificultad los colaboradores ideales para su organización.

Para deleite de los pensionistas, teníamos en El Bocadito un desfile frecuente de personajes de lo más pintorescos, inusitados y coloridos, que venían a recoger instrucciones del "Taita", como llamaban a Boris:

El Gavilán Otero era un anciano ochentón que vestía trajes raídos de un estilo propio de la década del veinte. Fumaba unos gigantescos y apestosos habanos, y se podía olfatear su presencia en leguas a la redonda. Caminaba despacito pues sufría de callos plantares crónicos, y tartamudeaba notablemente - a veces llamaba por teléfono a la pensión y pedía hablar con el "Tatatatatataita".

Carucha tendría unos treinta años, era altísimo y microcefálico, y sus rasgos faciales dejaban bastante que desear - al punto que si una persona impresionable lo veía de súbito a altas horas de la noche, podría, por lo menos, desmayarse. Su voz era extrañamente chillona y su risa, la propia de un enajenado mental. Carecía de inteligencia, educación, modales, simpatía o cualquier otro atributo favorable.

Los hermanos Visozo eran tirabroncas profesionales de la zona de Villa Luján que poseían un envidiable prontuario policial, involucrando frecuentes robos a mano armada, agresión patoteril y carterismo.

Boris tenía varios otros secuaces entre los que se contaban nuestros viejos conocidos Penecilina y el Negro Butifarra, siempre dispuestos a hacer cualquier cosa por un mango o dos.

Poco después de su llegada, Boris se ganó la admiración de Misia Tita al comentarle que era descendiente directo por vía materna del célebre Capitán Stinkfoot, quien había desertado de las fuerzas británicas durante las Invasiones Inglesas tras enamorarse de una joven aristócrata rioplatense, a la que luego desposó. La Misia comentaba a medio mundo:

- "... así como usted lo ve, Don Kififa es tataratataranieta del Capitán Estinfú, ese patriota inglés que estudiábamos en las clases de historia en la escuela primaria, ¿no se acuerdaaaaa?"

De allí en más, Misia Tita hizo al correntino objeto de atenciones especiales: alguna botellita de vino con el almuerzo, bollos con chicharrón para el desayuno, y hasta por ahí un plato rebosante de duraznos al natural. En una ocasión en que

Boris realizó una jugosa cobranza, le dedicó un bocadito denominado "Astuto Mago de las Finanzas".

La brecha Misia-Maestro se expandía día tras día y cuando dejaron de hablarse, el Mecha pasó a servir de intermediario en las comunicaciones indispensables - lo que creó frecuentes situaciones jocosas pues el muchacho tenía poca cancha y no era lo que se dice un hombre de mundo.

Por fin logramos enterarnos que la razón para este doloroso asunto conyugal era el metejón casi adolescente que el Maestro Pete se había agarrado con una mujer de Villa San Cayetano, Doña Crisanta Graciela, vecina de la panadería de los hijos mayores de la Misia y el Maestro. Esta señora, tres veces viuda y cuatro veces separada, era una vampiresa cincuentona fuerte de caderas y agresiva de pechuga.

El idilio empezó con fugaces intercambios de miradas apasionadas y continuó con piropitos cargados del romanticismo típico del Maestro ("¡Doña Crisanta, cuando la veo mi piel se eriza, mis coyunturas se estremecen, mis pies vacilan, mi mente se nubla... y se enciende una lumbre en el interior de mi ser que me retrotrae a esos días febriles de la pubertad!", o "Su sonrisa es un arco iris que brinda calma a las tormentas de mi espíritu... sus ojos son como faros que me impiden naufragar en el agitado y tenebroso mar de mi existencia" - otra que Gustavo Adolfo Bécquer...). Con el correr del tiempo, el "festejo" se fue consolidando en furtivos encuentros entre los árboles de la plazoleta de la Villa, y se afianzó definitivamente con visitas a un decrepito hotel por horas ubicado frente a la Terminal de Ómnibus.

Una tibia noche de verano, el Maestro abandonó a su desesperada esposa estableciendo residencia con la coqueta multiviuda. Comenzó entonces un período de sufrimiento para los habitantes del Bocadito. La Misia dormía o lloriqueaba en todo momento. El Mecha trataba - con resultados desastrosos - de atender los quehaceres domésticos. El café frío, las sopas aguadas y desabridas, los guisos quemados, hicieron mella en los huéspedes y aumentaron exponencialmente los negocios del bar del Gordo Arturo.

La Misia se paseaba por el patio cabizbaja, pálida y desarreglada, musitando comentarios ininteligibles. Era un espectáculo patético verla preparar sus tisanas y

pociones, que ingería interrumpiéndose para canturrear invocaciones a los santos o demonios más variados.

Boris Kififa era el único pensionista que mantenía una comunicación fluida con la patrona. Este farsante ponía cara de circunstancias y conversaba en voz baja con la pobre mujer, rodeando sus hombros en un abrazo protector y paternal. Con el transcurso del tiempo, la influencia de Boris sobre la Misia fue incrementándose paulatinamente. Una versión que circulaba entre los pensionistas, iniciada por el lengualarga del Espanto Villarriestra, daba a la relación un cariz romántico:

- "No te miento, querido. Anoche los vi a los dos bien escondidos detrás de un armario en la cocina, mirándose a los ojos, tomados de la manito... ¡cada tanto se daban un jetazo que te la voglio dire!"

Lo cierto es que la patrona seguía lamentándose por el galán que la abandonara. A veces nos hacía receptores de sus temores, sus ansiedades y sus frustraciones. Nuestros corazoncillos sangraban al oír estas letanías y nos indignábamos ante el cobarde acto del Maestro.

En un momento dado, Boris decidió tomar un rol activo: con la cooperación de sus asociados de la Agencia de Cobranzas, habría de intentar el rescate del Maestro de las "garras" de Doña Crisanta Graciela. Misia Tita depositó sus esperanzas en el plan y las promesas del genial Kififa y los pensionistas decidimos apoyar el esfuerzo, al menos moralmente.

Durante varios días se produjeron largos cónclaves en El Bocadito: Boris se encerraba con sus secuaces a discutir estrategia y táctica, mientras se despachaban taza tras taza de café acompañado con tostadas, bollos y facturas. De vez en cuando, la Misia invitaba a la pandilla a quedarse a almorzar - los muchachos, por supuesto, no se hacían de rogar.

El Gavilán Otero aportaba al grupo descabelladas ideas de índole militar o guerrillera. Era un hombrecito esencialmente violento, pese - o debido - a su decrepitud física, su reblandecimiento mental y sus callos plantares. Los demás agentes de cobranza debían a menudo apaciguar su ímpetu, actuando como fuerza moderadora para salvar sus propios pellejos.

Cuando la planificación estuvo elaborada, Kififa mantuvo una reunión con la Misia y obtuvo compromisos concretos de recompensa si el operativo alcanzaba el éxito.

Boris inició el procedimiento con algunas llamadas telefónicas de "ablande", en las que, con sutil habilidad, fue creando dudas en la mente del Maestro. Simulaba en cada ocasión voces diferentes, y variaba sus argumentos desde chismes sobre supuestos engaños por parte de Misia Tita y de Doña Crisanta Graciela, hasta veladas amenazas de violencia física. El Maestro, informaba Boris, iba poco a poco reaccionando con más terror y desaliento.

La segunda etapa del plan consistió en phoneadas a Doña Crisanta Graciela, también cargadas de amenazas, y siguió con el merodeo ostensible en la zona de Villa San Cayetano por parte de aquellos miembros de la pandilla - como Carucha y el Gavilán Otero - capaces de engendrar mayor inquietud.

Cierta vez varios de los agentes efectuaron, a altas horas de la noche, una sesión de embadurnamiento en la que pintaron en las paredes exteriores, puertas y ventanas de la casa de los amantes una variedad de dibujos pornográficos y frases obscenas que hacían referencia directa al Maestro y a Doña Crisanta Graciela.

El asedio duró varias semanas culminando con un ataque relámpago por parte de los hermanos Visozo, que penetraron al domicilio de los enamorados escalando una tapia del fondo a eso de las cuatro de la madrugada. Tras deslizarse sigilosamente invadieron el dormitorio cuasi-conyugal y, en medio de la oscuridad ambiente, sacudieron la cama, patearon los muebles, dispararon algunos cohetes rompeportón y balas de fogueo, e intimaron al Maestro a regresar al Bocado en el plazo de veinticuatro horas, pues de lo contrario, afirmaron, tanto él como su amante serían ejecutados en el acto y a sangre fría.

Una calurosa tarde de verano estacionó frente a nuestra pensión un viejo taxi, del que bajó el Maestro Pete portando en una mano una destartada valija y en la otra un ramo de rosas rojas. Atravesó con paso decidido el patio principal y cayó de rodillas frente a la Misia, que estaba tomando un brebaje en la mesa de la cocina. Con voz ansiosa y lacrimógena imploró el perdón de su mujer. Ella lo contempló en

silencio por un largo instante, lloriqueó unos minutos, dio una breve caminata por el patio, se sonó ruidosamente la nariz y por último lo abrazó con ternura.

Y desde entonces, Boris Kififa pasó a ser pensionista vitalicio y ad-honorem del Bocadito.

Capítulo XI - Las Desventuras de un Cosaco

Corría el mes de noviembre y estaba haciendo un bochorno de novela. Los bocaditenses, al menos los más desprejuiciados, nos paseábamos por la casa en ropa interior y chancletas, ignorando las indirectas - y no tanto - de Misia Tita. Mi asistencia a las clases y prácticos de la Facultad se estaba resintiendo, pues prefería dejarme estar durante horas y horas disfrutando del agradable fresco del Bar Central, tomando cervezas y licuados mientras fumaba cigarrillo tras cigarrillo y contemplaba golosamente a los núcleos de vistosas, parlanchinas futuras abogadas - y una que otra futura contadora - que rodeaban las mesas del popular caedero de 25 de Mayo y Córdoba. Deporte veraniego, que le dicen...

Fue durante ese mes que se produjo la inolvidable noche de lluvia, inolvidable tanto para mí como para mis cosufrientes del Bocadito. Desde temprano al anochecer el cielo comenzó a cargarse de apabullantes nubarrones, mientras silbaba un viento amenazador. Yo acostumbraba regresar del centro a pie. Pero en esa ocasión, la posibilidad de enfrentar desprotegido la tormenta y enchastrarme de agua hasta las intimidades más recónditas me decidió por la pesadilla de un viaje en ómnibus urbano que, como era natural a esa hora, iba abarrotado de nerviosos, transpirados y puteantes pasajeros.

Con el físico maltrecho y las ropas y el humor en desarreglo, hice mi ansiosa entrada en El Bocadito mientras caían los primeros, sonoros, goterones. Me sorprendió ver a un grupo de jovenzuelos mal trazados y al plantel completo de sirvientas del vecindario arremolinados frente a la puerta de la pensión, observando algo con evidente interés y haciendo comentarios en voz baja.

Mi sorpresa aumentó al ver en el hall de entrada a un extrañísimo personaje, viejo, alto y robusto, de largos y escasos cabellos grises, que estaba bailando una también extrañísima danza mientras tarareaba y desafinaba una melodía que me era totalmente desconocida. Lo rodeaban Misia Tita y el Maestro Pete que palmoteaban siguiendo el compás; el Mecha, que hacía gestos propios de nenito visitando una juguetería; y varios de los pensionistas, cuyas expresiones variaban entre el asombro y la hilaridad.

Olvidé entonces mi cansancio, la humedad y el calor, uniéndome a la atenta audiencia. Con discreción me arrimé al Pólvora Villarriestra y le pregunté en pocas palabras qué carajo era este festival. Me respondió con voz entusiasmada que el añejo bailarín era un ruso "¡ ...auténtico, pibe, auténtico!" que desde esa noche pasaría a ser huésped del Bocadito, y nada menos que compañero de pieza mío.

Tras unos minutos de observar la frenética danza del ruso, cuya cara estaba totalmente enrojecida y tenía los ralos cabellos dispersos por cualquier lado y su camisa teñida de sudor, me dirigí a la habitación. Encontré allí tres viejas maletas de imitación cuero y una jaula conteniendo algo que semejava una laucha de color negro, que emitía cada tanto un desagradable chillido.

Mi mente estaba desorientada y mis sentimientos oscilaban entre la curiosidad, la ansiedad y la bronca. Estuve a punto de armar mi equipaje y dar por terminada mi estadía en El Bocadito, oliendo desde ya lo que me esperaba con este nuevo compañero de cuarto y su enjaulado compinche. Pero al final, tras tomar un cafecito, mojarme la cara y reposar por unos instantes en la cama, privó la sensatez y decidí darle tiempo al tiempo.

A eso de las once de la noche, Misia Tita entró a la habitación acompañada del insólito ruso, que al ser oficialmente presentado me hizo una elaborada reverencia e intentó sin éxito besarme en las mejillas, mientras decía con voz agitada y potente:

- "Soy un señor Igor Fedorovich Balakirieff yo, tengo los sesenta ocho años de edad, nacido hace tiempo mucho bajo las estepas de Rusia Blanca, me orgullo por siendo cosaco de la pura cepa, y ahora convierto poquito en poco de tucumano en la mismísimo Jardín República".

Respondí con cierta timidez dando mi nombre y extendiendo la mano, que Igor sacudió y estrechó con desmedida fuerza.

Durante las tres horas siguientes, mi nuevo compañero fue acomodando en el ropero el contenido de sus maletas mientras aportaba aburridos detalles sobre su vida. Este hombre parlaba sin parar, dándome poca ocasión a meter la cuchara. Y para peor su rotunda voz retumbaba en la habitación, provocando chistidos y comentarios desde las piezas vecinas ("a ver si se callan de una buena vez, so

charlatanes del carajo, que no dejan apoliyar", "¡puta che que les gusta darle a la lengua a ustedes dos... si no la finishilan ya mismo les voy a clausurar las respectivas jetas de una buena trompada!").

Yo me caía de sueño, pero por pura diplomacia aguanté un buen rato la verborrea del veterano inflabolas. Por fin el hombretón decidió acostarse a dormir, lo que hizo tras desvestirse casi totalmente y sacarse las maltrechas botas, que arrojó con estrépito al suelo de madera.

Fue una noche de lo más desasosegada, una verdadera tortura china. Tan es así que añoré las épocas del Tano Tollotti y sus espectaculares cabriolas autosexuales nocturnas. Igor tosía y escupía con frecuencia, canturreaba y hablaba en sueños, y roncaba como una manada de hipopótamos. El bicho raro que tenía en la jaula emitía, exactamente cada cuatro segundos, una sucesión de agudos y ensordecedores chillidos. Y yo daba vueltas y más vueltas en la cama, maldiciendo la hora en que estos exóticos personajes aparecieron por El Bocadito. A la mañana siguiente me levanté bien salió el sol, agotado por la insomne experiencia. El vejete y su mascota dormían a pierna suelta...

A la hora del almuerzo, Balakirieff insistió en convidarme un trago de vodka. El se mandó vaso tras vaso, al tiempo que cerraba los párpados y sonreía expresando un indecible deleite. Mirándome fijo con sus ojuelos enrojecidos me contó historias de su Rusia natal, explayándose en infinito detalle sobre anécdotas de sus antecesores.

- "Vea don jovencito, mi abuelo es famoso y célebre cosaco al servicio de Zar. Ahora son estos comunachos aburridos que no entienden puta idea de hacer un buen pogrom... Yo debo nacer cien años antes ¡juro por usted que siendo jefe cosaco lo más violento y malévolo!"

Mi paciencia se estaba agotando y había dejado de disimular mis frecuentes bostezos. Estábamos en eso cuando Boris Kififa entró al cuarto. Con su habitual prepotente buen humor se arrojó en mi cama tras darle un estrecho abrazo al ruso, que lo retribuyó con unas vivaces palmadas en su minúsculo trasero.

- "Sabrá usted, compadre, que Don Igor es mi socio. Hace unos cuantos días que llegó a Tucumán y ya conoce el ambiente en forma. Qué cobrador más hábil, capaz de aterrorizar a cualquiera... Y pese a ser un vejestorio, puede darle flor de paliza a muchos que están en la flor de la edad. ¿Quiere probar de hacer un roundcito de boxeo con este ruso único en su género?"

Agradecí la invitación pero rehusé el "roundcito" aduciendo falta de estado físico, lo que sin duda me llevaría a ser fácil presa del contundente cosaco.

Don Igor escupió hacia un costado y, esbozando un rictus despectivo, se echó al garguero otro vaso de vodka:

- "¡ ...y este vasito bien llenito por memoria del Zar Nikolai último, señores muchachos!"

Con esfuerzo y resignación fui poco a poco aceptando la presencia de Don Igor en mi cuarto. Los pensionistas lo llamaban "Don Bala", abreviando su apellido - yo le decía "Don Bala Perdida". El coso éste poseía un impresionante cúmulo de virtudes en adición a su notable afición por el vodka: ideología oscurantista y medieval, evidente desaliño y ausencia de higiene, y una holgazanería pronunciada.

En cierta ocasión, Don Bala desafió a su compadre Boris Kififa, tampoco muy amigo de romperse trabajando, a un Concurso Internacional de Apoliyo. Se acostaron ambos en la misma habitación un jueves por la noche tras breve ceremonia con inspirada oratoria del Espanto Villarriestra, quien hacía a la sazón de árbitro tomándose muy a pecho la responsabilidad al realizar frecuentes y concienzudas verificaciones. Fue declarado ganador "por knockout" el talentoso ruso, que se despertó entre ruidosos bostezos tras sesenta y dos horas de sueño ininterrumpido. Boris a duras penas logró alcanzar cuarenta y ocho; y, como perdedor, según la cláusula contractual, terminó pagándole a Balakirieff un par de botellas de vodka.

Fue en esa época que mi corazoncito empezó a palpar entusiasmado por una joven compañera de Facultad. Se trataba nada menos que de la Vasquita Ugarte, la

delicadeza personificada, cuya voz, modales y aspecto eran el súpum de la femineidad.

El idilio tardó en desarrollarse, debido en parte a mi gran cautela - estaba esforzándome en hacerle un trabajito fino, digno de su etérea belleza. Por cierto, me venía bien ser Ayudante de la cátedra de Contabilidad de Costos ya que ella se encontraba cursando esa materia. A veces me le arrimaba, después de una clase o un práctico, a explicarle galantemente "costos standard" y otros misteriosos conceptos que tenían a mal traer su bella cabecita rubia.

La Vasquita respondía con gentileza y sutil coquetería a mis avances, aceptando un día sí y un día no mis invitaciones. A veces íbamos a tomar una banana split en Blue Bell, o a mandarnos un denso chocolate con churros en el Bar Candy, o a cenar y bailar al compás del conjunto "Los Jokers" en el restaurante Punto y Banca de la zona del Casino. Por ahí nos metíamos a un cine céntrico a ver un lacrimógeno largometraje - de acuerdo a sus preferencias - o una película italiana: en particular yo elegía aquellas con ciertos tintes eróticos, con la esperanza de agitar sus dulces hormonas y predisponerla a mis inconfesables designios.

Una tibia tarde de abril fuimos a ver "Parliamo di Donne", película que estaba de moda entre la muchachada estudiantil. Salimos del Cine Rex tomados de la manito, comentando con excitación los detalles del filme. Íbamos en dirección a su casa, cuando ella me dijo que al día siguiente tenía un parcial de Matemática Financiera y le preocupaba no entender el uso de algunas fórmulas. Ni lerdo ni perezoso, le sugerí venirse conmigo al Bocado para facilitarle "un regio juego de apuntes".

Al entrar en la pensión hice los mayores esfuerzos para que todos me vieran acompañado de la tierna beldad, a quien llevaba abrazada mientras acariciaba sus largos cabellos dorados con la puntita de los dedos. Me halagaban profundamente las miradas expertas que el Espanto, el Pólvora, Kififa y otros bocaditenses propinaban sin mayor disimulo a la damisela.

Una vez en mi habitación, la invité a sentarse a mi lado y le ofrecí una copita de licor dulce. Tras unos minutos de charla general, nos metimos de lleno en las fórmulas financieras que tanto perturbaban a la Vasquita y que para mí eran ni más ni menos que un regalo de Cupido.

Estábamos en eso cuando de repente se abrió la puerta y Don Bala hizo su estentórea entrada. Tras rápida observación de su aspecto - cabello en desarreglo total, ropa transpirada, ojos rojizos y reducidos a su mínima expresión - concluí que cargaba más alcohol que de costumbre.

La Vasquita esbozó un tímido y respetuoso "buenas noches, señor..." que el ruso no contestó. Se limitó a contemplarnos con detenimiento y, tras un largo silencio, dejó escapar una sonora ventosidad, arrugó su gigantesca y bulbosa nariz y, aspirando con fruición el horrendo gas, dijo solemnemente:

- "¡Balakirieff... como en tus mejores días!"

La Vasquita y yo quedamos anonadados ante la acción del viejo terrorista, que procedió de inmediato a sacarse las botas y arrojarse a su cama, donde sin pérdida de tiempo comenzó a roncar grotescamente. La Vasquita enfrentó la incómoda situación sugiriendo que la acompañase a su casa pues se hacía tarde. Salimos del Bocadito y caminamos cuadra tras cuadra en un avergonzado silencio.

Al día siguiente, luego que Don Bala durmiera su mona y cuando tomábamos el desayuno, lo interpele indignado:

- "¡Usted es un bestia, sus modales son lamentables y su desconsideración es digna de un monumento!"

Mientras me explayaba en peroratas e insultos, el viejo me observaba rascándose la panza por debajo de la camisa y sin decir palabra.

Le pedí enfáticamente a Misia Tita que autorizara mi cambio de habitación - estaba hasta dispuesto a ocupar la suite presidencial con tal de no soportar más la compañía de Balakirieff y su desagradable mascota. La patrona adoptó un aire preocupado y tras pensar durante un largo instante sugirió que me mudase a la pieza tres, donde había una cama desocupada. Mi compañero sería un joven catamarqueño jugador de fútbol, huésped de la casa desde hacía unas pocas semanas. "Eso sí", aclaró, "lamentándolo mucho deberé cobrarle un Derecho de Transferencia, según consta en el tercer párrafo de la cuarta página de los reglamentos de esta institución". Asqueado por la viveza materialista de la Misia,

acepté el trato a regañadientes y sin perder un minuto trasladé mis trastos al nuevo aposento.

Durante varios días ignoré totalmente a Don Bala, que a todo esto tenía ya un nuevo compañero de pieza: Amado "El Turco" Ahbut, estudiante de psicología procedente de Frías, Santiago del Estero. Compadecí "in mente" al Turco por lo que sin duda iba a tener que aguantar.

Y en efecto, se nos hizo patente que la compañía nocturna de Don Bala afectó desde el primer momento al Turco, que se levantaba todas las mañanas ojeroso, puteando por lo bajo y con cara de pocos amigos. Mientras que yo ahora, por fin, me echaba unas dormidas civilizadas.

Un frío anochecer de Junio regresé al Bocadito tras un avergonzante examen de Derecho Privado III, que logré pasar raspando - había ido a rendir de lance y me tocaron bolillas apenas leídas: lo peor fue el inolvidable sermón que me encajó a la salida uno de los profesores examinadores. Con la cara larga y el humor corto, llegué a la pensión listo a tomarme unas copitas de licor cosa de poder volver a enfrentar la vida.

Al entrar a la casa tuve inmediata evidencia de que se estaba desarrollando una batahola descomunal. En la pieza de Don Bala y el Turco había un bochinche ensordecedor: insultos a granel, golpes de puño contra los muebles, ruido de vidrios rotos, puteadas irrepetibles. Me asomé al campo de batalla, donde vi a los dos compañeros de pieza intercambiando trompadas y adjetivos, mientras Boris Kififa intentaba separarlos, ligando uno que otro puñetazo y algún insultillo menor. Adopté también un rol pacificador, apelando al buen sentido del Turco:

- "Amado, chango, dejalo ya a ese pobre hombre, ¿no te das cuenta que es un anciano alcohólico que no sabe lo que hace?"

Pero a decir verdad, el "pobre hombre" era el que llevaba las de ganar, teniendo al Turco acorralado contra la pared y con un ojo en compota. Al parecer, las ponderadas cualidades boxísticas del ruinoso cosaco eran ciertas...

El Turco, casi "groggy", pidió la toalla - o más bien la escupidera - ofreciendo a su contendiente, con débil vocecita, su rendimiento incondicional.

Pude enterarme que el motivo de la pelea había sido la ejecución de la laucha negra de Don Bala por parte del Turco, quien tras múltiples noches de insomnio provocado en gran medida por los chillidos del extraño animal, optó por ahorcarlo: lo colgó en la ducha con una vieja corbata, atando a sus patas un cartelito que decía "AJUSTICIADO POR SU DISTINGUIDA TRAYECTORIA DE HINCHAPELOTAS".

Esa misma noche, el Turco arregló con la Misia - tras previo pago del consabido Derecho de Transferencia - su cambio de habitación. Pasó a ser mi compañero de pieza, ya que el futbolista catamarqueño aceptó a su vez mudarse con Don Bala: para convencerlo, la patrona debió darle el cincuenta por ciento de tal Derecho.

Luego de pocos días, las peculiaridades de Don Bala, en particular sus estrepitosos hábitos nocturnos, acabaron por agotar la proverbial paciencia del futbolista. Este se jactaba de su sueño pesado: "Compadre, yo no me despierto ni aunque pase un enjambre i' locomotoras por el medio 'e la pieza..." Pero los ruidos generados por Don Bala eran palabras mayores - así que sucumbió también al insomnio. Luego de dos domingos en los que, demolido por la falta de sueño, jugó partidos lamentables (dando motivo a la publicación de un artículo especial en la sección Deportes del diario "La Gaceta"), nuestro futbolista decidió gestionar el cambio de habitación. Pero las opciones ya se habían agotado: no quedaba pensionista dispuesto a compartir la pieza con Don Bala.

En solidaridad con el catamarqueño, los bocaditenses - con la singular excepción de Boris Kififa - interpelamos a Misia Tita solicitando la inmediata expulsión del cosaco. Para dar mayor palanca a nuestro pedido, amenazamos con renunciar en masa al Bocadito. La patrona no tuvo mas remedio que ceder: un domingo a la mañana de sol radiante, el exótico Balakirieff alzó sus tres viejas maletas y una jaula vacía y se fue con la música a otra parte.

Capítulo XII - Había una Vez un Neurótico

Después de mi leve y breve noviazgo con la Vasquita Ugarte, quedé en estado lamentable. Durante un largo tiempo me costó resignarme al hecho de que la angelical muchachita de los cabellos rubios con quien me había hecho tantas ilusiones, me hubiera dejado, seducida por los encantos académicos de un maduro profesor de la Licenciatura en Economía.

Para peor, sufrí una larga sequía: estuve en la palmera por lo menos un par de meses. Y para mal de males, tuve que aguantarlo como compañero de pieza al inefable "Turco" Amado Ahbut.

Durante esta etapa de martirio, en la que se deterioró notablemente mi desempeño en la Facultad, conté con el apoyo de unos cuantos amigos. La patrona, siempre alerta a los malestares románticos de sus huéspedes, me tendió una mano... pero sin dejar de lado su codicia buscoide. En efecto, un sábado al anochecer entró a mi habitación mientras terminaba de acicalarme para ir de cacería al Area del Dólar, como le decían ahora a la zona del Casino. Tras romper el hielo con un par de pavaditas, me propuso con voz meliflua y en tono confidencial someterme a un tratamiento a base de una hierba recién descubierta:

- "Vea m'hijo, le voy a preparar unos tecitos milagrosos... y por unos pocos cientos de pesos le devolveré con creces su felicidad".

Mi respuesta no se hizo esperar:

- "Misia Tita, ni ebrio ni dormido voy a tomarle sus brujerías. Por favor, no insista y retírese ya mismo de mi pieza".

La curandera retrocedió sorprendida y, encogiéndose de hombros, salió del cuarto entre suspiros y balbuceos.

Con el correr del tiempo fui sobreponiéndome a la pérdida de la Vasquita y de a poco retomé mi rutina habitual. En cuanto a lo de la palmera, decidí agarrar el toro por las astas y remover cielo y tierra para levantarme una nueva minita. Finalmente tuve suerte: conocí en un baile de carnaval en el club Asociación Mitre a la dulce

Zulema, que pasó a llenar mis horas de soledad y se convirtió en substituta, hasta cierto punto, de la añorada señorita Ugarte.

No puedo dejar de sonreírme al evocar mi romance con la Zulema, nuestras caminatas nocturnas por las áreas más tenebrosas del Parque Avellaneda, que culminaban con sendos cucuruchos de helado en el bar Paralelo 38. Y mis primeros tanteos físicos, que invariablemente encontraban la resistencia pudorosa de la niña - y el intenso chamuyo que debí hacer para ir abatiendo barreras mojigatas.

La Zulema era bastante gordita, usaba el cabello peinado a la croquiñol, tenía un cierto aire de ingenua, pestañeaba constantemente y hablaba con la zeta. Su rango de intereses se extendía desde las radionovelas hasta las fotonovelas, lo que inundaba su espíritu con un pronunciado romanticismo. Solía ruborizarse y poner los ojos en blanco al escuchar mis letanías amorosas, que la hacían también transpirar en forma profusa. Durante los meses de nuestro "festejo", mi cultura general se enriqueció con un erudito conocimiento de los radioteatros en boga y de los idilios en el ambiente cinematográfico tanto argentino como extranjero. En las etapas iniciales de la relación, deleitaba a Zulema con obsequios tales como grandes y coloridos afiches de artistas de la pantalla, ejemplares de la revista "El Alma que Canta" y empalagosos discos de bolero.

Al tener cierta evidencia de que la cosa estaba madura, decidí buscar agresivamente el encame. Un anochecer tibio y perfumado, tras una intensa franela en la Plaza Belgrano que me dejó rengueante y con dolores "bajos", sugerí:

- "¿Que tal si tomamos un taxi y nos vamos a visitar otra zona de la ciudad?"

Tras el vacilante sí, detuve un automóvil de alquiler. Cuando el chófer me preguntó adonde iríamos, contesté:

- "Siga derecho nomás, mi amigo..."

El perspicaz taximetrista nos llevó directamente al popular mueble "El Faro".

Al llegar, Zulema hizo un escandaleta, provocando la intervención de un ético camarero, quizás presbítero frustrado, que me dijo en tono firme y notable acento gallego:

- "Si la dama no apetece de entrar al recinto, señor mío, usted no debe en modo alguno forzar su voluntad. Imagínese que se trata de su hija en las mismas circunstancias. ¿No se vería usted indignado al enterarse? ¿No buscaría usted hasta en los confines del universo al responsable de esa prepotencia, de ese ultraje, de esa cobardía, de esa afrenta?"

Por suerte la gordita se apioló al oír el discurso, evitando hacer más incómoda la situación. Una vez en el cuarto, Zulema lloriqueó y moqueó, al tiempo que decía cosas como:

- "¡Qué bajo hemoz caído, zomoz unoz verdaderos pecadorez, eztoy a punto de dezvanerme ante tamaña atrocidad...!"

- "Nunca hubiera penzado que fueraz tan traizionero, que albergaraz en tu mente eztoz dezignioz impíoiz, que engañaraz dezcaradamente a una humilde e inozente donzellita de barrio..."

Creí reconocer en estos ditirambos trozos de los melodramas siesteros de LV12 Radio Independencia de San Miguel de Tucumán, la Primera Emisora del Noroeste Argentino, que Transmite en la Banda de No Se Cuántos Kilociclos. Pero ahora me sentía un depravado y mi conciencia me atormentaba. Estuve a punto de sugerir que saliéramos inmediatamente de ese antro de perdición y fuéramos a la iglesia más próxima a lavar nuestras almas pecaminosas. Pero al encender la luz vi a la robusta criatura tendida en la cama, en traje de Eva y en clásica posición de esperar el avance. En fin...

Las cosas en El Bocadoito seguían su curso normal, es decir que siempre contábamos con una cuota de personajes extraños. Pero mi compañero de pieza se llevaba los laureles en este sentido - y en perspectiva me cuesta racionalizar cómo carajo pude aguantarlo durante tanto tiempo.

Lo más embromado de todo era el cúmulo de obsesiones y compulsiones que padecía Amado. Practicaba casi constantemente toda suerte de rituales abracadabrantés, y sus miedos y supersticiones eran increíbles. Tenía ideas muy peculiares sobre las posibles cualidades de "jettatore" - o sea, de dar mala suerte a otros - de algunas personas. Un caso concreto: estaba convencido de que el Maestro

Pete poseía poderes ocultos que dirigía en forma malévola a sus congéneres, en particular a los pensionistas y muy en particular al Turco mismo.

Para protegerse de los efectos del "yeta", el Turco había desarrollado algunos ritos bastante sofisticados. Uno de los más notables consistía en darse dos palmaditas en el testículo izquierdo con la mano derecha - a vista y paciencia de quien fuera - toda vez que veía al Maestro Pete. Y no tenía reparos en exponer en detalle sus teorías:

- "... eso sí, hay que tener sumo cuidado con las equivocaciones. Si te tocás el huevo derecho con la mano izquierda, los efectos del yeta terminan acentuándose ¡y ...cagaste!"

Obviamente, un individuo tan supersticioso brindaba a Misia Tita una oportunidad de oro para mercadear sus pociones: había convencido al Turco de que debía desayunarse con tisanas varias, en lugar de café como el resto de nosotros los mortales. Tomaba un té especial para que le tocaran bolillas fáciles en los exámenes, otro para que no lo atropellara un auto al cruzar la calle, otro para no aterrorizarse con pesadillas, otro para que las chicas le dieran pelota, etc. Se rumoreaba en El Bocadito que el Turco pagaba mensualmente más del doble que los demás pensionistas, debido a las tisanas mágicas...

En especial, consumía cantidades industriales de los tés con efectos sobre el amor, ya que padecía de una crónica falta de éxito con las mujeres. Decían los conocedores que el Turco era la única persona en todo Tucumán que había rebotado con la super-promiscua María Sopa, quien no quería saber nada de agarrar viaje con el pobre muchacho.

Otro asunto jodido relacionado con el Turco era la frecuente presencia en El Bocadito de sus dos íntimos amigos y piernas de estudio: Rudecindo y Jaibulo. Resultaba difícil determinar cual de los tres era más peculiar, y lo eran por razones muy diferentes.

Rudecindo era alto, flaco y desgarbado, y sus alicaídas facciones no denotaban mayor inteligencia. Un día, el Pólvora Villarriestra comentó con aire serio y pensativo:

- "A este tipo... habría que decirle El Sincero. Tiene cara de pelotudo, y ES pelotudo".

Acoté:

- "Me parece que cuando vinieron los boludos a la Tierra, este individuo llegó de abanderado".

El maldito del Espanto intervino:

- "Si al menos fuera un boludo alegre, vaya y pase. Pero este fulanito es el prototípico bolas tristes, y no hay duda que las arrastra".

Jaibulo, como Amado, procedía de la ciudad de Frías, donde su padre, Monsieur Acaroina, era un reputado tráfugo y almacenero de ramos generales. Bajito y gordo, cuando caminaba junto a Rudecindo parecían Don Quijote y Sancho Panza. Tenía una debilidad extrema por la comida y no recuerdo haberlo visto jamás sin que estuviese ingiriendo algo. Era también uno de esos notorios "guitarreros" que saben de todo un poco y nada de nada, lo que demostraba a menudo en el marco de su charlatanería.

A menudo el siniestro trío se reunía a estudiar en nuestra habitación, casi siempre de noche, haciendo caso omiso de mis insinuaciones e indirectas. Resultaba un verdadero desafío el tratar de conciliar el sueño mientras se desarrollaba a pocos pasos una acalorada discusión científica sobre "gestalt", "ego, super ego y ello", "complejo de Electra" y cosas por el estilo. Tengo serias dudas de que estos cosos hayan llegado a recibirse de psicólogos - pero si lo hicieron, compadezco de veras a sus pacientes.

Mientras tanto, mi relación con la Zulema seguía viento en popa: me gastaba la mitad del sueldo de Ayudante Estudiantil en mueble y taxi, y estaba empezando a considerar la posibilidad de alquilar un departamento. Cada visita al mueble comenzaba con un lloriqueo de unos cinco minutos a cargo de la gordita, que repetía lo de "qué bajo hemoz caído...", agregando siempre la yapa de otras frasecitas cosechadas en alguna fotonovela de moda ("zoy una inozente víctima de mi amor por tí", "zé que en tu fuero íntimo no me rezpetaz..."). Luego de tales

sesiones, la Zule se entregaba con gran generosidad y pericia - ¡hasta me hizo experimentar variantes del sexo que yo ni siquiera sabía que existían...!

Pero por otra parte me estaba empezando a hastiar de la chanchita, amén de que mi palanca de Ayudante de Contabilidad de Costos servía para relacionarme con algunas atractivas compañeras de Facultad. Mi mente empezó a elaborar planes para sacármela de encima a la Zulema de una forma, digamos, elegante.

Se me ocurrió traerla a visitar la pensión, a ver si por ahí se enamoraba de alguno de los bocaditenses. Y para mi gran sorpresa, el agraciado fue el Turco.

En efecto, la Zulema y el neurótico estudiante de psicología experimentaron un verdadero amor a primera vista. La tarde en que la traje por primera vez, noté que Amado la observaba con insistencia, agasajándola de vez en cuando con un guiño o una sonrisita significativa, a lo que ella respondía de forma similar. Lo que es yo, me hacía el desentendido...

Cuando regresé tras acompañarla hasta la esquina de su casa, el Turco me apabulló a preguntas de tono indiscreto sobre la gordita y mi relación con ella:

- "¿Estás de novio en serio, viejo, ...o estás solamente jugando con esa preciosura?"

- "Se nota que es una chica de buena familia - no sé que carajo hace con un atorrante como vos. ¿Cómo lograste conquistarla, salteño i'mierda, qué buzones le has vendido?"

El plan empezaba a funcionar, y mis respuestas eran elaboradas con cuidado para motivar al Turco, que corrió un día a la cocina a solicitar a la Misia la preparación de una tisana especial para los sentimientos íntimos. Ella respondió:

- "Déjelo en mis manos, Amadito. Mañana para el desayuno le tendré lista una humeante taza de Caldo de las Diosas del Olimpo, la última palabra en la farmacología del romance..."

Con la cautela de un equilibrista fui trabajándola a la Zulema para predisponerla más y más en favor del Turco. Ella me bombardeaba con "sutiles" preguntas sobre mi compañero de cuarto, que yo contestaba con la mejor expresión de ingenuo. Se

hacía cada vez mas patente que la Zulema se había agarrado un metejón de órdago con Amado. Lo que, pese a todo, me dio un poquitín de celos.

Un día invernal de fina garúa, decidí dar el gran paso. Con aire casual me dirigí al Turco pidiéndole como gauchada especial que esa noche fuera a encontrarse con la Zulema cerca de la Plaza Yrigoyen, a la salida de su clase de declamación, y le diera una cartita indicando que yo no podría ir a la cita convenida pues me había pescado un flor de resfrío. El Turco adoptó un aire de circunstancias y pensó por unos segundos, contestando que, si bien tenía otros planes, no podía de dejar de hacer un sacrificio por un buen amigo.

Y, de acuerdo a mis previsiones, ese encuentro fue el inicio de un tórrido romance entre mi compañero de pieza y mi robusta ex-amante. Mi relación con ella se cortó por lo sano. De ahí en más, el Turco exhibió un aspecto radiante y adquirió una nueva serie de rituales que seguramente tenían que ver con su flamante noviazgo. En uno de los más inolvidables, se despertaba todas las noches justo a la medianoche, encendía la luz de nuestra habitación y daba nueve vueltas alrededor de la mesa a paso lento y silbando una extraña melodía, tras lo cual contaba de uno a noventa en voz alta, acompañando sus palabras con un rítmico palmoteo; al finalizar esta ceremonia, se acostaba a dormir - y mi insomnio de varias horas se ponía en marcha.

Al parecer, el Turco sentía cierta culpabilidad por "haberme hecho la mina" pues me comentaba poco y nada de su romance. Sin embargo, yo me enteraba de detalles diversos a partir de sus entusiastas relatos durante las reuniones de estudio en El Bocadito con Rudecindo y Jaibulo. Pude por ejemplo saber que el Turco se estaba agarrando un metejón violento ("hermano, te aseguro que en mi puta vida he alcanzado una profundidad así en mis sentimientos amorosos"), que la gorda le dejaba tan solo efectuar un manoseo muy restringido ("hoy le tantí las gambas, viejito, pero hasta medio muslo nomás...") y que había sido invitado a una raviolada dominical para ser presentado a los papis. La cosa se estaba poniendo bien seria...

A veces el Turco regresaba de sus citas y se echaba inmediatamente en la cama, respirando agitado al tiempo que se toqueteaba con disimulo, tras lo cual se dirigía

al baño a las corridas, aduciendo no sentirse bien - supongo que se trataba de los típicos dolores post-franela.

Después de un tiempo, comenzó a contarme algunos aspectos de su noviazgo. Tenía a la gorda en un pedestal, la consideraba pura e inocente y admiraba su "gran sensibilidad y profundo intelecto". Amado había incorporado ahora a su vocabulario una serie de novedosas expresiones poético-románticas, que usaba profusamente al hablar con los bocaditenses. Misia Tita expresó su satisfacción por el éxito amoroso del Turco - que ella atribuía a su nueva poción mágica - y le dedicó un bocadito denominado "Amado, amador apasionado", que tenía una hedentina a cebolla podrida que volteaba.

Tras unos cuatro meses de idilio, el Turco anunció orgulloso su próxima boda con Zulema - yo tanto, tanto no esperaba. Nos informó amplios detalles sobre los preparativos: los padres de la novia tenían la intención de tirar la casa por la ventana, invitando a medio Tucumán y a medio Frías para la fiesta. Ya recibido oficialmente de novio, Amado adoptó un aire de estudiada seriedad, consciente de sus nuevas, graves responsabilidades - ésto dio lugar a frecuentes cargadas por parte de los bocaditenses y sus piernas de estudio, que él aceptaba con gesto inescrutable.

Una noche, el Turco llegó a la pensión portando una mayúscula caja de cartón de la que fue extrayendo metódicamente invitaciones que entregó a los patrones y a todos y cada uno de los huéspedes ("Luego de concluir la ceremonia religiosa, hónrenos con su distinguida presencia en los salones de la Sociedad Argentina. No deje de enviar su regalo a dicho local").

La noche de la boda, El Bocadito en pleno se hizo presente. El Maestro Pete, encabezando la delegación, se dirigió de inmediato a felicitar y estrechar la mano al novio. El Turco no olvidó realizar su testicular ritual "anti yeta" al verlo, algo de particular importancia en ese crucial momento.

El amplio salón de la Sociedad Argentina estaba colmado de gente. Se había contratado una ruidosa publicidad a cargo del legendario disc-jockey/animador Apuleyo Chancaca, que intercalaba sus comentarios cursis y medianamente obscenos entre grabaciones del Cuarteto Leo, Sandro, Bovea y sus Vallenatos y los

Embajadores del Trópico. Un buen número de parejas danzaba en la decorada pista. La bebida alcohólica circulaba en forma y sus efectos eran evidentes entre la muchedumbre. Reconocí la voz de Jaibulo en un largo y floreado brindis, que culminó con el consabido "¡... y que vivan los novios!" Rudeciendo se agarró una borrachera espantosa que acentuaba su boba expresión facial y sus verbalizaciones sin sentido. El Señor y la Señora Zepeda, padres de la novia, paseaban su rechoncha presencia entre las diversas mesas, sociabilizando ceceosamente con los invitados. Los padres del Turco, a su vez, bailaban programa tras programa con breves interrupciones para comer y echarse un trago - a pesar de su edad avanzada, esta pareja chapaba a lo loco, dando lugar a sarcásticos comentarios de los asistentes.

Cervecita va y cervecita viene, yo había logrado borrar todo vestigio de mi timidez, y me sentía desinhibido y con grandes ganas de joder. En un momento dado no pude controlar mis instintos malévolos y me acerqué a la novia, que vestía un largo y virginal traje blanco. Tras un formal beso en la mejilla, y mientras le daba con cierto disimulo un chirrito en el trasero, le dije al oído:

- "Zulema, qué bajo hemoz caído..."

Capítulo XIII - Salvador de la Patria

El día de mi graduación como Contador Público Nacional se iba aproximando poco a poco. Me faltaban cinco materias para obtener el anhelado diploma, y mis sentimientos eran confusos: por una parte, tenía gran entusiasmo por lanzarme a la vida profesional, en la que esperaba con mucha confianza llenarme de oro; pero por otro lado, me resistía a dejar para siempre la dulzura de los días de estudiante-no-muy-dedicado.

Se me hacía cada vez más difícil luchar contra la falta de disciplina. Dormía demasiado y había adoptado una tendencia a racionalizar mi creciente inclinación a visitar bares, cinematógrafos, locales bailables y prostíbulos (me decía: "...pibe, la Escuela de la Vida es prioritaria, no podés en modo alguno descuidarla"). Hasta fracasé espectacularmente en un par de exámenes parciales de Quiebras y Práctica Jurídica, lo que dio motivo a un tirón de orejas por parte del anciano, pintoresco y malhablado profesor titular.

Por recomendación de un compañero de Facultad visité a un psicólogo especializado en problemas del aprendizaje, que hacía uso extensivo de las técnicas hipnóticas. Cada "hora de cincuenta minutos" me costaba un ojo de la cara - mis finanzas tambaleaban. Tras varios meses de esta terapia seguía tan vago e irresponsable como al comienzo, lo que me llevó a abandonarla.

Otra de mis flamantes tácticas de escapismo consistía en la actividad política universitaria. Me incorporé al Núcleo de Estudiantes Desarrollistas, la agrupación que estaban organizando mis condiscípulos Kater y Sabaté. Este gran interés por la política era sospechosamente nuevo en mí. Leía panfletos y más panfletos de Doctrina Frondizi-Frigerista, y en mis conversaciones con quien fuera intercalaba coloridos "slogans" - memorizados o inventados.

Lo de las visitas a prostíbulos se fue acentuando día tras día, y llegó un momento en que iba tres o cuatro veces por semana. Tenía uno que otro romance con compañeras de Facultad o con "chicas de enfrente", es decir, alumnas de Derecho. Pero ello no pasaba a mayores y le daba poca importancia. El virus del prostíbulo, por el contrario, me atacó en forma, llevándome a una dependencia tanto física

como psicológica así como a una semibancarrotita. Gastaba en estas visitas al menos la tercera parte de mis ingresos. Al cobrar mi sueldo de Ayudante Estudiantil de Segunda Categoría - Cátedra de Contabilidad de Costos, y durante unos pocos días subsiguientes, iba a los mejores quilombos, tales como la celeberrima "Mariposa" de la calle Suipacha y el bulín de la Turca Irma. La segunda semana, visitaba a la popular y anciana Francesa, dama muy respetada en su especialísima especialidad. Cuando los mangos empezaban a escasear, caía a un siniestro hotel de la zona del Central Córdoba, donde nunca faltaba un par de profesionales de la cama. Y al finalizar el mes, gastaba mis últimos centavos en el legendario Puente de los Suspiros.

Este Puente merece un párrafo aparte. Quedaba en el sector noroeste de la ciudad, en un barrio polvoriento y paupérrimo que de noche cobraba una cualidad fantasmagórica. El área del placer estaba constituida por unos cinco o seis ranchitos que eran frecuentados por estudiantes secundarios y universitarios de escasos recursos - financieros y otros. Las "locas", en su mayoría, eran mujeres ya jamonas, de abundantes y flácidas carnes y caras lamentablemente pintarrajeadas. De vez en cuando había alguna jovencita que compensaba su inexperiencia técnica con una cierta frescura adolescente, lo que motivaba la afluencia de numerosos, excitados parroquianos a su choza.

- "¿La viste, viejo? ...es fla-quiiiiii-ta. No sabe tres carajos, pero yo le voy a dar unas cuantas lecciones..."

Dependiendo de la autoridad policial de turno, solían producirse redadas que culminaban con la detención de todas las prostitutas y algunos clientes con mala pata. El negocio cerraba, pero indefectiblemente reabría a la brevedad.

Mi actividad estudiantil iba barranca abajo, y a paso acelerado. Pasaron ocho meses en los que no aprobé materia alguna. A veces, antes de dormir, la conciencia me daba un potente sacudón. Entonces me hacía el firme propósito de volver al día siguiente a la disciplina de los libros - pero siempre surgía algún pretexto que daba lugar a otra postergación y otra más.

Se me ocurrió por ahí repetir la experiencia de la preparación de Derecho Laboral, cuando conseguí un dedicado pierna de estudio, Chupitegui Porcone. Tras

averiguar entre mis compañeros, me enteré que ya se había graduado. ¡Este traga había cumplido los requisitos universitarios en tan sólo tres años! Y ahora tenía grandes dificultades en conseguir alguien que quisiera estudiar conmigo, seguramente debido a mi creciente fama de tipo holgazán, hedonista, putaño y despreocupado.

Un día conocí en Biblioteca a un tipo de aspecto algo raro con el que entablé conversación al ver que estaba sacando prestado un texto de Auditoría y Análisis de Balances, exactamente la materia que yo planeaba preparar. Dada la feliz coincidencia de que él también andaba a la caza de un pierna, acordamos reunirnos diariamente a estudiar.

Mi nueva adquisición se llamaba Salvador Sanjurjo, procedía de Jujuy, usaba una larga y desarreglada barba y vestía a menudo ropa militar de fajina. Compartía un tétrico departamento en Villa 9 de Julio con un inmenso, cordobés y pintoresco estudiante de Odontología, de nombre Ganimedes Dell'Orto - al enterarme de sus inclinaciones, supuse que su apellido era en realidad un seudónimo.

Cuando visité por primera vez el sucucho de Salvador, me sorprendí al ver las paredes de su habitación cubiertas con retratos de héroes militares argentinos, de caudillos como Quiroga y Ramírez, y en particular uno enorme del controversial dictador Juan Manuel de Rosas. En la cabecera de su cama había una cruz esvástica - por lo que me hice el firme propósito de esconder mi tibio judaísmo. Confiaba en que mi aspecto y apellido no me habrían de delatar, pero luego de unos minutos de conversación, el perceptivo Salvador me dijo:

- "Vos sos judío, ¿no? Algunos de mis mejores amigos son judíos. Individualmente, ustedes no me molestan, pero el Judaísmo Internacional es nefasto. Vuestra organización, y a esto vos lo sabés mejor que yo, controla las finanzas y la prensa en todos y cada uno de los países del mundo - hasta trata de infiltrarse en el Vaticano. Te recomiendo que leás los libros del Padre Julio Meinvielle, en una de esas no es tarde para que cambiés de orientación".

Este tenso momento fue interrumpido por una serie de gemidos y sollozos femeninos, provenientes de una habitación cercana. Salvador sonrió, diciéndome en tono confidencial:

- "No te asustés, judío del carajo... Es el Ganimedes, nomás, que le está preservando la virginidad a alguna nueva minita".

No quise discutir de política con Salvador, ni defender a mis paisanos. En parte porque pensaba que sería inútil tratar de hacer cambiar de ideas a un antisemita, y también temiendo que nuestra relación de piernas de estudio se viera deteriorada por discusiones de esta índole. En definitiva, me hice el tonto. Y posiblemente pasé por cobarde.

Tras un par de horas de estudio, Ganimedes entreabrió la puerta del cuarto asomando su rubicunda cabezota rapada. Pasándose oblicuamente la lengua por los labios en gesto procaz y obsceno, dijo con entusiasta vozarrón y tonada cordobesa disfrazada a medias:

- "¡Bocato di cardinale, bocato di cardinale! La ragazza fue frangamente una delizzia. El chamuggio prolongato que le hice y el indenso lavoro físgo... se vieron ampiamente recompensati. Sigán tragando, muchachi, no sean irresponsabili e no perdan el tempo. Lo que es ío, me voy a reposar tutti tutti las extremitatti. Sono agotado, chertamente. Adío e buona notte, bersaglieri... ¡que los chame el ventre!"

Salvador encogió los hombros en un gesto de resignación, comentando con mal disimulada envidia que Ganimedes era un tipo incorregible. Propuso luego que hiciéramos un paréntesis en nuestras lecturas de Auditoría y no me hice de rogar. Fuimos a tomar un café aguachento en un lúgubre bar de la Avenida Juan B. Justo, caracterizado por un penetrante olor a moho, mesitas herrumbradas y trastabillantes, y trastabillantes y herrumbrados parroquianos.

Desafiando el bochinche cuasi musical proveniente del tocadiscos tragamonedas, Salvador me preguntó si seguía militando en el Núcleo de Estudiantes Desarrollistas. Asentí tímidamente, y entonces el nacionalista pasó a sermonearme en forma vehemente:

- "Mirá Jacoibito, no me sorprende el rumbo político que has escogido. Tu mentor Arturo Frondizi es un vendepatria - y no es para menos, en realidad es un judío disfrazado. Su verdadero nombre es Arón Frondiski. De no haber sido depuesto por nuestros ilustres y valientes militares, a estas horas Israel sería dueña de la mitad de

la República Argentina. Sabrás que él es también responsable por entregar el patriota germano-argentino Adolfo Eichmann a los sionistas. En una típica maniobra de la sinarquía judeo-masónico-marxista, Frondiski y sus siniestros cómplices secuestraron a ese gran prohombre y avasallaron la soberanía nacional".

Apabullado por la retórica del extremista, no supe qué demonios responder. Sorbí pensativo mi café, tras lo cual descargué una lluvia de slogans desarrollistas, culminando con una pusilánime negación del pretendido judaísmo de Frondizi.

Salvador continuó su enardecido discurso, atrayendo la atención de varios de los circunstantes, uno de los cuales comentó con pestilente aliento a vino barato:

- "Sí señor, la culpa de todo lo que anda mal en el país es de los judíos. Tenemos que reanudar la misión del Führer y liquidarlos uno por uno. ¡Heil Hitler!"

Sentí el impulso de levantarme y mandar a todos a la mismísima puta que los parió. Pero al final privó mi pacifismo gallináceo, escupí con disimulo y le dije parsimoniosamente a Salvador que era hora de volver a nuestros estudios.

En todas y cada una de nuestras reuniones, Salvador tocaba el tema político-antisemita que lo obsesionaba, y mi capacidad de aguante iba poco a poco disminuyendo. Pero hacía de tripas corazón y me forzaba a seguir tragando con el fastidioso energúmeno.

Un día en que estábamos estudiando en su departamento, Salvador recibió la visita de un amigo, al que presentó como Joaquinillo. Era paliducho, petiso, flaco, de gruesos anteojos de marco negro, y llevaba su cabello estirado hacia atrás con una obvia sobredosis de gomina. Me contempló largamente, interpelándome con expresión de asco:

- "Vos debés ser el famoso judío frondicista - tu cara y tu nariz no engañan a nadie".

Sonreí amargamente, pensando que el abuso estaba ya trascendiendo todo límite.

Esa noche no pude dormir; me sentía alterado, humillado, y mi odio y desprecio hacia Salvador crecían minuto a minuto.

Fue durante este insomnio, mientras daba vueltas y vueltas en la cama, que concebí mi plan de venganza. Exploré alternativas varias, hasta encontrar el escenario que mejor satisficiera mi sed de revancha.

Al día siguiente me levanté temprano, dirigiéndome ansioso a la habitación de los hermanos Villarriestra. En el marco de mi estrategia, el Pólvora jugaba un rol fundamental: necesitaba asegurarme su colaboración. Apelé a su sentido quijotesco, a su lealtad de amigote y a su expresa antipatía hacia los fachos. No tuve necesidad de insistir:

- "Contá conmigo, chochamu. Voy a estar a tu lado como un solo hombre, donde y cuando lo quierás".

Días después, durante una de nuestras sesiones de estudio y en forzado tono cordial le dije a Salvador:

- "¿Supiste que abrieron un nuevo bar en la Avenida Sarmiento, cerca del Casino? Tiene mesas al aire libre y se dice que sirven unos sanguches de novela. Y que pasan unas grabaciones espectaculares de música moderna. Es frecuentado por gente del ambiente teatral y artístico - así que nunca falta un buen surtido de hembrones. ¿Qué tal si nos encontramos allí este sábado a la noche y nos castigamos un poquito para descansar de este opio de Auditoría?"

Salvador aceptó gustoso, explayándose interminablemente sobre su supuesto éxito con las mujeres - del que yo no tenía la menor evidencia. Agregué en tono casual:

- "...y no dejés de traerlo a Joaquinillo, me cae muy simpático".

Llegó el esperado sábado. El tiempo cooperó con mis planes: era un día tibio y primaveral, de suave brisa. Diez minutos antes de lo convenido, me hice presente en el bar. Tras sentarme frente a la única mesa desocupada, pedí una cerveza Norte bien helada y repasé mentalmente mi esquema mientras la saboreaba con deleite. Luego de un rato llegaron Salvador y Joaquinillo, luciendo su habitual aire de cancheros. Nos pusimos a charlar de bueyes perdidos, al tiempo que admirábamos el entorno de minas vistosas con generosas minifaldas.

Partían del local del bar hermosas selecciones de música de jazz, temas populares de los Beatles, algún dinámico bossa nova y alegres merengues y otros sonos del Caribe. Tanto Salvador como su compinche estaban ensimismados, piropando con frecuencia a las transeúntes y dirigiendo comentarios más soeces que agudos a un grupo de jovencitas que engalanaba una mesa próxima. Ellas los ignoraban olímpicamente.

Cerca de la medianoche y tal como lo habíamos planificado, se detuvo cerca nuestro un viejo taxi, del que bajó el Pólvora Villarriestra. Lucía una ajustada remera celeste con la Estrella de David y la leyenda "Unidad Sionista" en caracteres bien patentes. Se dirigió a mí con amplia sonrisa y gesto amistoso:

- "Chango, iba pasando en el taxi por aquí en camino a casa cuando te vi y decidí sentarme a tomar un traguito con vos, si no te oponés. Te quiero contar la última..."

Contesté enfáticamente:

- "¡Con el mayor gusto, varón, dale nomás que soy todo oídos!"

Y lo presenté:

- "Un viejo amigo y compañero de andanzas, el Bigotudo Goldberg".

Salvador y Joaquinillo intercambiaron una ligera mirada, respondiendo secamente y al unísono:

- "Tanto gusto".

Con voz agitada, el Pólvora - o "el Bigotudo" - comentó que había estado en las pasadas horas junto con dos amigos "...dándole su merecido a unos boluditos de la Guardia Restauradora Nacionalista, a los que les dimos la cana pintando esvásticas y otras porquerías cerca de la Kehilá".

Tras esta introducción pasó a relatar, con sangriento lujo de detalles, los recientes eventos. Villarriestra apeló a sus indiscutibles cualidades de actor durante su descripción, para enfatizar la cual golpeaba la mesa con el puño, gesticulaba como un poseído, y usaba lenguaje colorido y picante.

En un momento dado, el Pólvora realizó una demostración práctica durante el monólogo. Precediendo su acción con un considerado "perdoname, Salvador", lo agarró del cuello de la camisa y le dio unas buenas sacudidas al tiempo que decía:

- "...uno de estos podridos se me quiso disparar y le hice así, y después así, y le di un semejante patadón en los huevos. Tendrías que sentirlo gritar, si parecía chanco en medio del degüello... ¡nunca me divertí tanto, querido!"

Mientras el Pólvora se prodigaba en su enfervorizado y violento discurso, yo asentía con frecuencia comentando "bien hecho, así se hace, estos nazis de miércoles entienden solamente ese lenguaje" y cosas por el estilo. Al mismo tiempo junaba de reojo a Salvador y Joaquinillo, que ahora permanecían incómodos y silenciosos, en marcado contraste con su jocunda verbosidad de momentos antes.

Mi compañero de pensión finalizó su oratoria añadiendo sonriente:

- "...fue algo así, más o menos, como el episodio ese del año pasado, cuando les propinamos una soberana cagada a esos pituquitos del Grupo Tacuara que andaban merodeando cerca de la Escuela Integral Hebrea. ¡Que orgía de trompadas, puntapiés y cabezazos, mi apreciado y respetado correligionario! ¿No tenés ganas de que la repitamos? Me parece que olfateo algunos pelotudos de éstos en las cercanías..."

En ese momento Salvador se dirigió a Joaquinillo, y con voz francamente timorata le dijo:

- "Bueno, se está haciendo tarde, que tal si nos vamos..."

Tras lo cual se levantaron, dejaron unos billetes sobre la mesa, nos saludaron con frialdad y se mandaron a mudar.

El Pólvora me guiñó un ojo, nos dimos un fuerte y cálido apretón de manos y nos quedamos celebrando en la zona del Casino hasta la salida del sol.

De ahí en más se cortó de raíz mi relación estudiantil con Salvador, y, sintiéndome renovado tras la performance en el bar, recuperé mis marginalmente adecuados hábitos académicos.

Capítulo XIV - Fin del Trayecto

A mediados de 1966, los Radicales del Pueblo, que venían ejerciendo el Gobierno Nacional desde hacía cosa de tres años, fueron depuestos a través de uno de los tantos golpes militares que engalanan la reciente historia argentina.

Una de las consecuencias de este golpe fue la abolición de la actividad política en las Universidades - se acabó entonces el Núcleo de Estudiantes Desarrollistas, en el que yo militaba (al principio con entusiasmo, y con el correr del tiempo en forma cada vez más casual). Y bueno, ahora tendría un pretexto menos para no tragar.

Tan solo me faltaba aprobar "Teoría y Técnica Impositiva" para finalizar con los requisitos para la obtención del título de Contador. Esta materia me aburría tremendamente, y me costaba una barbaridad ("un huevo de la cara", como decía Kififa) el arrimarme a los libros. A esta altura del partido había conseguido a medias "domar" mi tenue voluntad, por lo que mantenía la rutina de estudiar unas tres o cuatro horas al día.

Mientras tanto, las cosas en el Bocadoito seguían como siempre: mala comida, de vez en cuando algún Social Sabatino que transcurría sin pena ni gloria, la timba siempre desfavorable para la Misia y el Maestro, y por extensión para todos los pensionistas. El plantel de huéspedes se había mantenido extrañamente inmutable durante al menos un año, con la excepción del cambio del desposado Turco Amado - se decía que la Zulema lo tenía bien cortito, o "recagando", pa'decirlo en criollo - por mi nuevo compañero de pieza.

Ahora compartía la habitación con un viejo empleado público provincial, Don Goyo Gurruchaga: hombre solterón, de cabello escaso y canoso, ojeras pronunciadas, cargado de hombros, alto y de rostro enjuto e inexpresivo. Era uno de esos tipos que pueden calificarse tanto de flacos como de gordos, dependiendo de si uno los mira de frente o de perfil. Aburrido a muerte, sus intereses eran escasos y poco dignos de mención.

Don Goyo trabajaba en la Dirección de Turismo desde el tiempo de la pindonga. Se decía que lo había acomodado en su puestucho un primo suyo que fuera gobernador de la Provincia en la época inmediatamente previa al peronismo. Vivió

durante largos años con un hermano también solterón, pero más joven. Y cuando éste al fin logró casarse, Gurruchaga estableció residencia en El Bocado.

El Pólvara Villarriestra, siempre ocurrente y observador, endosó al pobre tipo el singular apodo de “El Telarañas” - denominación que usábamos estrictamente a espaldas suyas. La verdad es que el apodo le caía muy bien: era la versión humana de un mueble desvencijado, abandonado en un rincón, irrelevante, polvoriento, grisáceo y caracterizado por un penetrante, añejo olor a humedad.

Un día típico del Telarañas transcurría mas o menos así: su despertador sonaba a las seis y quince de la mañana, hora en que se levantaba entre bostezos intermitentes y vagas flatulencias. Tras una larga visita al baño, tomaba su tisanita contra el estreñimiento - él lo llamaba “estreñecimiento” - que mantenía en un viejo y semiherrumbrado termo. Luego de colocarse con desgano uno de sus dos o tres venerables trajes, se peinaba observándose como al descuido en el manchado espejo del ropero. Con una mueca de pretendida cordialidad, me decía “hasta luego, Ignacio”, daba un portazo y se iba a tomar el ómnibus en la esquina de la pensión.

Regresaba al Bocado a eso de las una y media de la tarde. La Misia le dejaba el almuerzo en un par de platos cubiertos con bolsas de plástico. Comía, siempre refunfuñando y protestando sobre lo que fuera. Tras una siesta de un par de horas, leía La Gaceta o alguna revista de leves tintes pornográficos, como “Bomba H” (el Espanto lo cargaba diciendo: “¡...oiga Don Goyo, pa'qué miércoles lee esas cosas, si a usted ya ni el almidón lo ayuda!”).

Luego de la cena, escuchaba algún programa radial y, tempranito nomás, volvía al apoliyo. Así pasaba prácticamente todos los días. Los fines de semana la rutina variaba en que el sábado dormía hasta el mediodía, y el domingo iba a misa.

Sus temas de conversación se centraban a menudo en sus múltiples problemas reales o fingidos o imaginarios de salud. En particular, tenía una obsesión patológica acerca de sus movimientos de vientre. Parecía que la preocupación mayor de su vida era el estreñimiento. Acarreaba siempre una libretita color ocre dedicada a llevar una minuciosa contabilidad de sus defecaciones y, cuando transcurría un lapso de varios días sin “producir”, se paseaba por la pensión con aire de angustia y comentaba a medio mundo sobre su tragedia. A propósito,

gustaba de comentarnos sobre las delicias de sus años mozos, que definía con añoranza como "los días de las tormentas de oro".

Características particularmente molestas de Don Goyo eran su carácter agrio y sus constantes quejas. "Ay Ignacio, el sueldo no alcanza para nada... si todo está tan caro... no puedo ni darme el lujo de comprarme un laxante". O "mi cama es tan pero tan incómoda... llego al trabajo con los huesos molidos y no puedo desempeñarme con eficacia en mis tareas". O "ustedes los jóvenes de ahora sólo piensan en divertirse... puros bailongos, mujercitas y fulbo; mientras que los de la guardia vieja nos rompemos el traste laburando... qué le vamo' a hacer".

Otro de sus temas favoritos de queja era la comida de la pensión. Si bien se mandaba al buche un cien por ciento de lo que le servían, rezongaba desde que empezaba a comer hasta que terminaba ("yo no sé como aguanto esta porquería, caracho, yo no sé..."). A veces dirigía a la Misia indirectas y sarcasmos que ella pretendía ignorar.

Las frecuentes y prolongadas excursiones al baño que efectuaba Don Goyo daban lugar a fricciones con los pensionistas y con los patronos. A veces se formaban colas de hasta cuatro o cinco personas que esperaban con evidente ansiedad la salida de Gurruchaga, tras la cual éste regresaba a la habitación en medio de las puteadas, abucheos y amenazas de los circunstantes.

Con el correr de los días, el mal carácter del Telarañas parecía irse exacerbando y se nos hacía cada vez más chocante. Criticaba a Misia Tita constantemente; si bien los bocaditenses no la "amábamos", no vacilábamos en asumir su defensa cuando Gurruchaga procedía con sus viles ataques.

En un momento dado, algunos de los maledicentes comentarios que hizo Don Goyo sobre la Misia llegaron a oídos del Maestro Pete. Desde entonces lo veíamos pasearse por la pensión con expresión de bronca y refunfuñando en voz baja, pero sin enfrentar al Telarañas directamente.

Hasta que al fin la cosa reventó. Estábamos cenando en la habitación - era una noche fría y ventosa, y el aire helado se colaba haciéndonos tiritar. De repente se abrió la puerta y el Maestro entró en forma decidida: su aroma y aspecto hacían

evidente su estado de ebriedad. Tras pedirme disculpas con su habitual gentileza, entró a sermonear a Gurruchaga con lenguaje grandilocuente, voz gruñona y manifiesta indignación.

- "Vea Don Goyo, antes de hablar de mi mujer usted se tiene que lavar bien la boca con ácido muriático. ...Así como la ve, Misia Tita es una benefactora de la humanidad y su ciencia ha salvado muchas vidas. A través de los años ha ido creando tisanas y pociones que curan desde una uña encarnada hasta una cardiopatía..., desde una hepatitis tipo B hasta los malos alientos..., desde un caso de ladillas hasta un tumor cerebral. Por supuesto que también ha brindado alivio a muchos sufrientes de mal de amores... pregúntele aquí a Don Ignacio, pídale que le cuente sobre los padecimientos del Tanito Tollotti, del Pólvora Villarriestra, del Turco Amado Ahbut - ellos ahora le están infinitamente agradecidos a la Misia y van a respetar su sabiduría hasta el fin de sus días. Y ni qué hablar del arte culinario de esa mujer, que haría poner verdes de envidia a Doña Petrona C. de Gandulfo y al mismísimo Brillat-Savarin. Si usted es hombre, que lo dudo, debe dejarse de hablar bobadas, pretendiendo ensuciar miserablemente al ser superior que es mi santa esposa. O de lo contrario, le voy a romper el alma en pedacitos - ¿me oyó?"

La Misia se había asomado, vacilante, a la puerta de la habitación y observaba con aire de admiración y afecto a su enfervorizado marido. Don Goyo no sacaba los ojos del piso y parecía estar amedrentado. El Maestro proseguía con su discurso, cuyo tono se hacía cada vez más agresivo. En un momento dado se dirigió a Misia Tita diciéndole: "...y con su permiso, Señora, le ordeno ahora a Gurruchaga que haga abandono de esta casa de pensión en el plazo perentorio e irrevocable de tres horas" - y, dirigiéndose a Don Goyo, le gritó: "Antes de la medianoche usted se me va de aquí, o me encargaré yo mismo de sacarlo a las puras patadas!"

Don Goyo preparó su equipaje atropelladamente, sin hacer comentario alguno. Antes de irse, me saludó con una leve inclinación de cabeza y salió al patio, donde exclamó en voz alta en dirección a la pieza de los patrones: "Sí, me voy de esta maldita pocilga, me voy ya mismo... pero ustedes nunca se olvidarán de mí", tras lo cual salió a la calle dando un feroz portazo que hizo vibrar las verjas del frente de la casa.

Pasaron varios días en que los pensionistas vivimos una tensión incómoda, indefinida. Los patronos evitaban hablarnos sobre el reciente episodio culminado con la súbita expulsión del Telarañas. El delicado equilibrio de mi rutina estudiantil se vio afectado por cierta intranquilidad - y faltaba menos de un mes para el examen final de Impositiva, que debía aprobar para graduarme en el turno de Julio, tal como me lo había propuesto.

Con toda casualidad, el Pólvora Villarriestra esperaba graduarse en la misma semana que yo, y estaba tragando como loco su última materia para recibirse de Ingeniero Mecánico. A veces me reunía con él, intercambiando opiniones y pronósticos y compartiendo inquietudes sobre la velada amenaza del Telarañas, de quien desconfiábamos profundamente, considerándolo un tipo desequilibrado y capaz de atrocidades.

Un inolvidable día miércoles, ventoso, gris e invernal, Don Goyo apareció temprano por el Bocado, acompañado de un grupo de individuos de aspecto fúnebre. Solicitaron hablar con los patronos, que los hicieron pasar al hall mientras los observaban con hostil curiosidad.

Con expresión formal y en lenguaje secamente leguleyo, el Telarañas anunció que venía en carácter de funcionario de la Dirección de Turismo a efectuar una inspección en la pensión. Sería secundado por los otros tipos, a los que presentó como inspectores de la Municipalidad y del Departamento Provincial de Bromatología.

Los inspectores ordenaron a la Misia que los condujera a las diversas habitaciones de la casa. Serían eso de las siete y media de la mañana, y varios de los pensionistas estaban todavía en pleno apoliyo. El Telarañas no aceptó los peros de la Misia, insistiendo en que debía despertar a todo el mundo y exigiendo el vaciado inmediato de cada dormitorio. Al rato, los bocaditenses estábamos concentrados en el patio luciendo pijamas, despeinados, bostezantes y puteando por lo bajo.

Uno de los inspectores sentó sus reales en el hall, abriendo un libraco de indudable aspecto burocrático, donde empezó a labrar un acta. El resto del grupo recorría todos los aposentos, efectuando anotaciones en sus maltrechos cuadernos.

Pude observar la inspección de mi pieza: los burócratas examinaban cada centímetro cuadrado de pared, de piso, de cielorraso, con notable atención y aire de expertos. Por ahí se consultaban en voz baja y hacían gestos de desaprobación. Uno de ellos golpeó con los nudillos el revoque, trozos del cual se desprendieron con facilidad cayendo al suelo entre nubecillas de polvo.

La inspección de la cocina fue de lo más prolija y detallada. Mientras la Misia observaba con aire preocupado, el Telarañas y un sujeto de pinta repugnante al que llamaban Capitán Cisternas abrieron las alacenas y examinaron minuciosamente su contenido. El análisis de la heladera fue lo más notable: cuando abrieron su puerta, los que nos encontrábamos en las proximidades fuimos agredidos por una penetrante mezcla de olores indefinibles. Cisternas no disimuló su asco, lanzando un ruidoso escupitajo al patio. Uno por uno, el Telarañas fue retirando del refrigerador botellones, platos, fuentes y envoltorios conteniendo sustancias amorfas de colores insólitos. El Capitán llamó a los demás inspectores, invitándolos a echar una mirada a la increíble colección de “comestibles”.

Hacia el final de la visita, el Telarañas solicitó usar el baño, donde permaneció cosa de media hora. Al salir, anotó algo en su libretita de evacuaciones intestinales, sonriendo con aire satisfecho y orgulloso.

La inspección finalizó formalmente con la firma del acta por parte de los funcionarios, la Misia y el Maestro, y dos pensionistas en carácter de testigos. Los burócratas se marcharon sin hacer comentarios, saludándonos fríamente.

Pasaron varios días en los que la atmósfera de intranquilidad se fue acentuando. La Misia, el Maestro y el Mecha realizaban frecuentes conciliábulos en la cocina, mientras ingerían taza tras taza de pociones milagrosas.

Yo me quedaba tragando hasta altas horas de la noche con ayuda de unas “pichicatas” que me había obsequiado un estudiante de medicina. Pero no podía evitar las divagaciones preocupadas, que desviaban mi atención de los tópicos impositivo-contables.

Luego de una semana desde la visita de los inspectores, un jovenzuelo llegó en bicicleta y se apersonó en El Bocadito portando un sobre de gran tamaño, que entregó al Maestro tras solicitar la firma de un recibo.

Desde ese día, los patrones mostraron una expresión angustiada, patética. La Misia lloraba con frecuencia y se la pasaba en su cuarto. Los pensionistas no nos atrevíamos a inquirir el motivo de tanta aflicción. Finalmente el Maestro convocó a los huéspedes a una reunión en el hall, donde anunció que había recibido una comunicación de la Municipalidad intimándolo a cerrar El Bocadito en el plazo máximo de ocho días. Nos confesó que el documento citaba violaciones a cuarenta y siete ordenanzas municipales, verificadas durante la reciente inspección. Tras putear y maldecir al Telarañas por haber provocado este triste estado de cosas, dijo que la Misia y él no tenían recursos para pagar las múltiples reparaciones a la casa que se exigían para rehabilitarla como pensión, por lo que la clausuraban en forma definitiva.

Si bien el momento no era apropiado para una mudanza, dada la proximidad de mi último examen, me movilicé de inmediato para conseguir un nuevo alojamiento. Un amigo me hizo lugar en su microscópico departamento céntrico. Faltaban cinco días para el examen de Impositiva y mis lagunas mentales cubrían vastas áreas del programa. La tensión reciente había sido un factor complicante que desorganizó mi rutina de estudio. Pero mi decisión de graduarme en Julio era firme, y me puse a tragar como un maniático.

Mis últimos momentos de estudiante pasaron febrilmente, como en un sueño. No recuerdo detalles de mi examen, que logré aprobar. Al terminar de rendir, salí al patio de la Facultad donde un grupo de condiscípulos cumplió con el célebre ritual de cortarme un trozo de la corbata. Culminamos la celebración con un estrepitoso brindis en el Bar Central. Días después, el Decano me entregó el tan esperado diploma de Contador Público, al tiempo que me decía con su santiagueñísimo acento: "Felicitaciones, Isacovitz, felicitaciones!"

Como lo había planeado desde hacía mucho tiempo, iba a instalarme pronto en mi ciudad natal de Salta. Un tibio y soleado sábado a la mañana tomé un taxi para ir al Aeropuerto. En el camino le pedí al chófer que hiciera un pequeño desvío por

calle Monteagudo, de modo de pasar por El Bocado. Vi en el frente una bandera roja y un cartel invitando a un “Remate por Demolición”. No pude evitar que se me humedecieran los ojos y que se me hiciera un nudo en la garganta.

Mientras esperaba la salida del avión, me sentía nervioso e inquieto: estaba iniciando una nueva etapa en mi vida, ¡eran mis últimos minutos en Tucumán! De pronto, cruzó mi mente el lema de su Universidad Nacional: “Pedes in Terra, ad Sidera Visus” ...

Glosario

En donde se aclaran argentinismos y tucumanismos varios para facilitar al estimado lector el disfrute pleno de esta obra

APOLIYAR	Dormir, darle al ojo.
ARRECHERA	Estado de efervescencia sexual; calentura.
ATORRANTE	Un individuo sinvergüenza, cuyas pautas de conducta social dejan bastante que desear.
BOLILLA	(como en "dar bolilla"): tener en cuenta a alguien, pero en sentido positivo.
BARSATERO	Un tipo que habla mucho y dice poco. También se usa "guitarrero" en sentido similar.
BOLUDO	Calificativo basado en la hipotética correlación negativa entre el tamaño de los testículos de un hombre y su cociente intelectual [se dice también "huevón" o "pelotudo"]. En el caso de una mujer, por extensión, se dice también boluda, aunque las bases fisiológicas del adjetivo son, por lo menos, cuestionables.
BUSCA	Persona que primaria o secundariamente se gana el sustento a través de actividades poco ortodoxas generalmente dirigidas a aprovecharse de sus congéneres.
CANA	La policía, o un miembro de la misma.
CANCHERO	Persona hábil, lista, experimentada. Alguien que "se las sabe todas".
CARGADA	Broma de naturaleza verbal que involucra alguna característica o acontecimiento relativo a la víctima.
CHAMUYAR	Usar con habilidad y a veces con malevolencia la labia y el poder de convicción.
CHANCHULLO	Acuerdo dirigido a engañar o trampear a otra persona.
CHANTAPUFI	Persona cuya habilidad como estudiante, trabajador, artista o profesional es marcadamente limitada (se abrevia como "Chanta").
CHAPAR	Toquetearse y abrazarse eróticamente. En particular, bailar muy apretado, enfatizando los aspectos sexuales de la danza.
COGER	En Argentina (únicamente), significa fornicar.
COLEAR	Solicitar la "donación" de un objeto, particularmente un cigarrillo.

ENCAMARSE	Acostarse con otra persona con fines sexuales.
ENGRANAR	Enojarse visiblemente al ser objeto de bromas, provocando la satisfacción sádica del bromista.
FRANELEAR	Toquetear las zonas erógenas de una persona del sexo opuesto.
GUITA	Dinero. "Estar podrido en guita" es tener mucho dinero. En plural, significa centavos (por ejemplo, "cinco guitas").
HINCHA	Persona con pronunciadas preferencias por un equipo deportivo, a menudo fanática del mismo. También se usa como abreviatura de "hinchabolas".
HINCHABOLAS	Alguien que molesta o cargosea a su prójimo. También se usa "hinchapelotas" o "inflabolas".
JODER	Incurrir en actividades de diversión (en España denota específicamente la actividad sexual primaria).
LABURAR	Trabajar.
LEVANTE	(como en "hacer un levante"). Conseguir la aquiescencia inicial de una dama en los prolegómenos de una aventura sexual.
MANGO	Nombre popular de la unidad monetaria argentina, el Peso.
MANGUEAR	Pedir dinero a alguien. También se utiliza "tirar la manga".
METER LA GOMA	Aplazar a un estudiante.
MINA	Una dama, particularmente si posee "sex appeal".
MORFAR	Comer. La "morfe" o "morfi" es la comida en general.
MUEBLE	Amueblado. Hotel "por horas" para parejas.
ORTO	El trasero de una persona.
PALMERA	(como en "estar en la palmera"). Carecer temporarily o permanentemente de alguien con quien hacer el amor.
PARTIDA	Tener cita con una dama, particularmente con fines sexuales.
PAVA	Individuo ingenuo y crédulo, terreno fácil para el engaño.
PIERNA	Persona cooperativa, un buen amigo, un compañero de andanzas y/o de estudios. "Hacer pierna" significa colaborar con alguien en algo, o acompañarlo a algún lugar.
PINTUDO	Persona que tiene "pinta", es decir aspecto atractivo.

PIOLA	Individuo simpático y agradable. También, persona que se mantiene calma en situaciones difíciles.
PIROVAR	Efectuar el coito. Verbo equivalente a "coger" pero menos usado.
PUNTO	Persona que tiende a ser victimizada por sus congéneres.
REBOTAR	Fracasar en una intentona amorosa o sexual.
SIERVERO	Hombre proclive a perseguir con fines sexuales a las empleadas domésticas.
TEJEMANEJE	Acuerdo de conveniencia mutua y características generalmente malévolas.
TIMBA	Juego de azar. Por extensión, lugar donde se realizan tales actividades.
TRAGAR	Estudiar intensamente. Se denomina "traga" en forma levemente despectiva a quien estudia con demasiada dedicación.
TIRAR LA BRONCA	Molestar al prójimo tratando de provocar una pelea.

Indice

I -	Y Ahora con Ustedes, ... El Bocado	1
II -	Aparición y Desaparición del Mago	5
III -	La Primavera del Pelado	12
IV -	Romeo y Julieta de la Plaza Urquiza	21
V -	Misia Tita: Genio y Figura	29
VI -	De Tertulia en lo del Gordo Arturo	36
VII -	Duelo Criollo en el Alto de la Lechuza	43
VIII -	Las Estrellas de L'Etoile	50
IX -	Motín en el Bastión de la Gorda	58
X -	La Leyenda del Cobrador y el Fugitivo	67
XI -	Las Desventuras de un Cosaco	76
XII -	Había una Vez un Neurótico	85
XIII -	Salvador de la Patria	94
XIV -	Fin del Trayecto	103
	Glosario	111